

CRÓNICAS MALDITAS III

José Carlos Canalda



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
EL HOMBRE QUE SE BURLABA DEL TIEMPO	3
CARA Y CRUZ	15
EN EL TREN	18
LITERATURA MALDITA	28
ANIMULA VAGULA	36
EL POSTRER CASTIGO	42
REENCUENTRO	45
EL LADRÓN DE PUERTAS	48
DOMINUS DOMUS	49
CRIMEN ¿Y CASTIGO?	60
LA ÚLTIMA TRIBU PERDIDA	69
LA SOLEDAD DE LOS ÁNGELES	75
EL CASO DEL TREN FANTASMA	91
PESADILLA	111

PRESENTACIÓN

Aunque el grueso de mi producción literaria puede ser encuadrado con mayor o menor precisión dentro de la ciencia ficción, siempre me ha gustado hacer incursiones en el género hermano de la fantasía, entendiendo como tal aquellos relatos en los que la narración responde a planteamientos sobrenaturales que no pueden ser explicados de forma racional. Sí, en la ciencia ficción ocurre algo parecido, se me podrá objetar, pero yo entiendo que en ésta, al menos en la que yo escribo, siempre ha de procurarse recurrir a esquemas cuanto menos verosímiles desde un punto de vista científico, aunque se trate de una ciencia fuera del alcance de nuestra tecnología actual.

La fantasía, por el contrario, queda por definición fuera de toda lógica. Esto nos proporciona una poderosa herramienta, pero al mismo tiempo supone una puerta abierta para que se nos cuele literalmente todo... desde obras magníficas como *El Señor de los Anillos* hasta petardos infumables como la inmensa mayoría de las malas imitaciones suyas que inundan actualmente el mercado.

Ocurre además que la fantasía es a su vez tremendamente diversa, con varias subdivisiones que abarcan desde el terror hasta la fantasía heroica pasando por infinidad de categorías diferentes. Por esta razón me veo obligado a advertir que el tipo de fantasía que a mí me interesa -como lector y como autor- nada tiene que ver con dragones, elfos, magos, forzudos y similares, ni tampoco con reinos maravillosos, princesas encantadas y demás tópicos al uso. Mis fuentes de inspiración hay que buscarlas más bien en obras literarias tales como las *Narraciones extraordinarias* de Poe, las *Leyendas* de Bécquer o los inquietantes relatos de Lovecraft. En esencia, lo que a mí me interesa no es otra cosa que plantear la indefensión de una persona cualquiera -podríamos ser perfectamente ustedes o yo- frente a situaciones insólitas e inesperadas ante las cuales nos encontraríamos inermes. De ahí el título de la antología. Si lo he conseguido, me daré por satisfecho.

Dada su extensión, para una mayor comodidad de lectura los he dividido en tres volúmenes, siendo éste el tercero

José Carlos Canalda

EL HOMBRE QUE SE BURLABA DEL TIEMPO

Tendría Juan P. unos quince años de edad cuando descubrió, por vez primera, su capacidad innata para sortear el inmutable discurrir del tiempo. Una noche se despertó con unos agudos dolores en la base del estómago acompañados de fuertes vómitos y, tras ser llevado por sus padres a urgencias, supo que era víctima de un violento ataque de apendicitis.

Los médicos que lo atendieron decidieron extirpar inmediatamente el órgano enfermo, y Juan, que nunca había sido precisamente valiente en cuestión de enfermedades, sintió que la tierra se le abría de repente bajo sus pies. Tal fue su pánico que, aterrado, deseó fervientemente que el tiempo se acelerara lo suficiente para evitarle pasar por tan mal trago.

¿Quién de nosotros, en algún momento de su vida, no ha deseado cerrar los ojos frente a un problema desagradable, en la esperanza de que, al abrirlos, éste haya sido dejado felizmente atrás sin trastornos de ningún tipo? Sin obtener jamás el menor resultado, por supuesto. Lo insólito fue que Juan, sin saber cómo, sí lo consiguió y, cual un nuevo Josué redivivo, logró no que el Sol se parara sino, justo al contrario, que éste acelerara su camino de modo que los días se sucedieran con velocidad de vértigo, de forma que no sólo la operación inmediata, sino también la molesta convalecencia posterior, fueron para el perplejo muchacho tan sólo el mal recuerdo de algo pasado, pero no sufrido.

Cuando, inocentemente, contó a sus padres lo que le había sucedido, éstos sonrieron y le dijeron que no se preocupara, que era de esperar que sintiera cierta confusión mental después del mal trago sufrido. Juan alegó con tozudez que recordaba perfectamente todo lo que le había sucedido en esos días, e incluso esgrimió ciertas anécdotas ocurridas entonces como prueba de que su memoria se encontraba en perfecto estado de revista; pero insistió una y otra vez en afirmar que se sentía como si su alma hubiera abandonado temporalmente su cuerpo a la espera de que el proceso terminara, pasado lo cual habría vuelto a *casa* encontrándose con un informe completo de lo acontecido.

Ante su tozuda insistencia sus padres, que habían estado al pie del cañón durante todo ese tiempo sin constatar en el comportamiento de su hijo nada susceptible de corroborar tan esotéricas teorías transmigratorias, acabaron por dudar de la integridad mental del adolescente, planteándole la posibilidad de acudir a la consulta de un psiquiatra... Amenaza que fue mano de santo para hacerle olvidar, como por ensalmo, tan extravagantes ideas. Así pues, Juan se *normalizó* sin necesidad de psiquiatra alguno, volviendo con docilidad a su rutina habitual. Aparentemente el problema había sido solucionado... Pero sólo aparentemente.

La ocasión no tardó en presentársele de nuevo. Aunque era buen estudiante, o quizá precisamente a causa de ello, a Juan siempre se le había atravesado la gimnasia, y de hecho las clases de esta asignatura eran para él un auténtico calvario. Así pues, no hubo de pasar mucho tiempo antes de que, camino del vestuario, pensara enfurruñado que ojalá hubiera pasado ya la maldita clase.

Dicho y hecho; sin la menor solución de continuidad se encontró de pronto en su pupitre, atendiendo a las explicaciones del profesor de matemáticas, siguiente clase a la de gimnasia. Había ocurrido de nuevo y, al igual que en la ocasión anterior, recordaba a la perfección todas sus peripecias gimnásticas, incluyendo la bronca que, por variar, le había echado el cerdo del profesor -demasiados músculos para tan pocas neuronas- a costa de su bien merecida fama de torpe.

A su lado se sentaba su mejor amigo, perdido en el universo de las matemáticas intentando seguir, al parecer sin demasiado éxito, el desarrollo del problema de la pizarra. Conteniendo su impaciencia, decidió aguardar a que terminara la clase para relatarle lo sucedido. La espera se le hizo eterna, y aun dudó mucho sobre la conveniencia de desvelar el secreto; el reciente fiasco con sus padres aún le escocía, y no quería correr el riesgo de repetir la experiencia. Pero por otro lado, necesitaba averiguar lo que le estaba pasando.

Finalmente se decidió. Para su sorpresa, su amigo no le miró como si fuera un lunático, aunque posiblemente ello se debiera a que el muchacho era un devorador impenitente de todo cuando oliera a ciencia ficción, limitándose a hacerle una pregunta jocosa:

-Oye Juan, ¿no resultará que eres un mutante?

-¿Mutante yo? ¡Como te dé un mamporro...!

-¿Con tus superpoderes?

Bromas aparte, lo cierto fue que su amigo se lo tomó bastante en serio. Le interrogó minuciosamente sobre ambas experiencias y, tras concluir que algo raro estaba pasando, le propuso provocar un nuevo *salto* -así lo denominaron- de forma voluntaria. Juan aceptó la sugerencia, eligiendo para llevarla a cabo la media hora del recreo.

Y no resultó, a pesar de todo su empeño. Desconcertado intentó tirar la toalla, pero su amigo, más imaginativo que él, creyó dar con la clave de lo sucedido.

-Al parecer, sólo ocurre cuando de forma inconsciente intentas evitar algo que te resulta desagradable; por eso no funcionó con el recreo. Por lo que se ve, has desarrollado una especie de instinto de conservación que te permite evitar todo lo que no te gusta.

-Puede ser. -gruñó el muchacho no demasiado convencido- En fin, habrá que esperar a la próxima clase de gimnasia... Si no me da otro retortijón de tripas antes.

Como era de esperar, no sufrió ningún percance. Dos días más tarde, bajo la atenta vigilancia de su amigo, Juan intentó burlar de nuevo la temida clase de educación física, consiguiéndolo esta vez sin el menor esfuerzo.

-¿Qué tal? -preguntó ansiosamente nada más *retornar* al mundo real- ¿Notaste algo raro?

-En absoluto. Tu comportamiento fue de lo más normal. De no saberlo por ti, no habría sido consciente de que te hubieras ido.

-Pero... ¿No me hablaste? ¿No me preguntaste?

-¡Claro que te hablé! Demasiado, quizá. ¿No recuerdas la bronca que nos echó el *Musculitos* -ése era el apodo del profesor- por distraernos en plena sesión de abdominales?

-Pues ahora que lo dices... Sí. -gimió Juan, sintiendo las punzadas de las agujetas en la barriga- Es increíble; recuerdo todo lo que pasó en la clase como si hubiera estado allí... Pero me consta que no estaba; es como si hubiera desconectado la mente de mi cuerpo durante todo ese tiempo y, al volver, me encontrara con las cartas atrasadas.

-Eso ya lo sé. -suspiró, un tanto amoscado, su interlocutor- No hace falta que lo repitas.

-Perdona... Pero es que no sé por donde cogerlo. Mucho me temo que esto es algo demasiado complicado para mí.

-¿Y por qué empeñarse en intentar comprenderlo? -la pregunta no podía ser más pragmática- Limitate a disfrutarlo.

-Pues también tienes razón.

Y así quedó la cosa... Por el momento.

* * *

En un principio Juan hizo caso a su amigo, limitándose a escabullirse de los episodios desagradables con los que tropezaba en su rutinaria vida de estudiante, sin volver a plantearse pregunta alguna sobre la metafísica del proceso. No sólo las repulsivas clases de gimnasia fueron víctima de su particular censura; los lunes por la mañana, siempre cuesta arriba y más con clase de lengua a primera hora; el empaste de una muela, y hasta las exasperantes visitas a la tía solterona de su madre, sufrieron entre otras las consecuencias de su peculiar habilidad mantenida, eso sí, en riguroso secreto para todo el mundo excepto para su confidente y amigo, el cual con el tiempo dejó de mostrar interés sospechando, quizá, que pudiera tratarse de una invención de Juan, al ser incapaz de descubrir el menor

cambio en éste durante sus pretendidas *ausencias*... Lo cual, lejos de incomodarle, acabó convirtiéndose en una ventaja.

Acostumbrado a practicar este escapismo cada vez con mayor frecuencia -en realidad surgía de forma espontánea cada vez que barruntaba la inmediata aparición de algo desagradable en su vida-, Juan acabó aficionándose a él. En consecuencia, comenzó a usar - y abusar- del mismo de forma habitual, perfeccionándolo cada vez más. La prueba de fuego llegó cuando, meses más tarde, terminó el curso, con los consiguientes e inevitables exámenes de junio. Juan era buen estudiante y nunca había tenido problemas para salir adelante, pero le aburría estudiar, sobre todo las asignaturas que no eran de su agrado. Así pues, pronto convirtió las horas de estudio en sesiones de placentero nirvana, aderezando todo ello con la traca final de unos exámenes de los que estuvo ausente... Lo que no le impidió aprobarlos con buenas notas, mejores incluso de lo esperado, gracias a que su habilidad le permitió estar más tiempo pegado a los libros de lo que hubiera estado en condiciones normales. Este éxito, conseguido además sin el menor esfuerzo, le indicó claramente el camino a seguir. El melón estaba y abierto, y tan sólo quedaba comenzar a cortarlo.

Y lo cortó, vaya si lo cortó. Llegadas las vacaciones, sus padres decidieron premiarles a él y a su hermana menor, que también había aprobado el curso, con unas magníficas vacaciones... En la playa, algo que él odiaba especialmente. De nada sirvieron sus encendidas protestas, ni su pregonado deseo de ir a cualquier parte que no fuera el sofocante y agobiante literal mediterráneo; en ese tema estaba en franca minoría y, tal como ocurriera en años anteriores, muy a pesar suyo se vio obligado a resignarse... Aunque ahora disponía de una poderosa arma para evitarlo.

Las vacaciones no fueron demasiado largas, apenas dos semanas, pero Juan se las pasó cómodamente *desconectado* en su particular e inexpugnable refugio. Cuando volvió a la vida real se encontró, tal como temía, con un conjunto de poco agradables recuerdos -calor, multitudes, paella casi como plato único- rematados por las secuelas de unas molestas quemaduras solares... Pero se había librado de lo peor y, lo más importante, su familia no se había dado la menor cuenta de ello.

Con el tiempo, Juan se convirtió en un auténtico virtuoso de tan peculiar habilidad, lo cual le resultó extremadamente útil durante sus años de universidad. Paralelamente a ello comenzó a interrogarse sobre las implicaciones metafísicas de este fenómeno, en un intento de ir más allá de su simple disfrute buscando asimismo una posible explicación para el mismo. Esto le condujo, de forma irremisible, a zambullirse de lleno en el variopinto mundillo del esoterismo y la parapsicología, únicas *disciplinas* que se atrevían a abordar estos temas.

Curioso por naturaleza, y auténtico devorador de cuanto libro cayera en sus manos, Juan estudió tanto a los clásicos de la materia, desde Madame Blavatsky, Charles Fort o Edgard Cayce hasta Louis Pauwels y Jacques Bergier, como a sus modernos y cada vez más pintorescos epígonos, confundidos ya con toda la pléyade de charlatanes baratos, adivinadores sin escrúpulos y chalados de toda laya que pululaban impunemente, y al parecer de forma harto pingüe, por los dominios de la telebasura y los negocios con teléfonos de tarifas especiales. Evidentemente separar el grano, si es que siquiera existía, de la paja se revelaba como una misión eventualmente imposible, pero Juan no cejó en su empeño ni se arredró ante las previsibles dificultades; su don era perfectamente real, y confiaba en encontrar datos fidedignos sobre el mismo por muy perdidos que pudieran entrar entre la hojarasca y los detritus de las mal llamadas *ciencias ocultas*, que solían tener bien poco de lo último y absolutamente nada de lo primero.

No tardaría demasiado en encontrar datos presuntamente interesantes; en realidad, y aun realizando todas las depuraciones previas que el sentido común imponía, pronto llegó a encontrarse completamente desbordado por el ingente volumen de información acumulado. Dada la extrema complejidad del mundillo esotérico, optó por ceñirse tan sólo a todo cuanto tuviera que ver con la existencia del alma y, más concretamente, con las posibles e hipotéticas transmigraciones de la misma. Topó inevitablemente con el clásico *Vida después de la vida* de Raymond A. Moody, pero le parecieron mucho más interesantes las teorías orientales sobre la reencarnación por encontrarlas más similares, al menos en apariencia, a sus propias experiencias, en especial en lo relativo al concepto de cuerpo astral o viaje astral. Por desgracia, toda la parafernalia de seudobudismo y pseudohinduismo, cuando no de espiritismo, que fue capaz de descubrir, no eran sino burdos pastiches creados específicamente para el consumo de los países occidentales, incluyendo claro está el escandaloso *bluff* del falso lama T. Lobsang Rampa.

Probó suerte entonces con los sesudos tratados teológicos que cayeron en sus manos, sin lograr sacar nada en limpio de ellos; amén de su extrema profundidad, imposible de digerir para un estudiante de ciencias en sus primeros años de carrera, se encontró con el problema añadido de la dificultad de comprensión, incluso para los más eruditos teólogos y filósofos occidentales, de las sutilezas metafísicas del hermético pensamiento oriental. Sí, evidentemente hablaban de temas tales como la reencarnación, el karma o el nirvana, pero en la práctica de poco o nada le sirvieron.

Además, y eso era evidente, su caso particular no encajaba en modo alguno con las reencarnaciones postuladas por estas religiones: Para un hindú o un budista, su alma sólo abandonaba el cuerpo a raíz de la muerte, y en modo alguno a voluntad y de forma reversible. Era posible que algunas escuelas filosóficas tibetanas, o de vete a saber donde dentro del vasto continente asiático, sí contemplaran esta posibilidad, pero Juan fue incapaz de encontrarlo de una manera lo suficientemente inteligible como para entenderlo.

Así pues, descartados por un lado los charlatanes, que incluso ofrecían sencillas recetas para realizar viajes astrales a voluntad -algo que además no le ocurría a él, incapaz de recordar las peripecias de su alma durante la *desconexión*-, y por otro los ininteligibles arcanos de las religiones orientales, Juan se quedó exactamente igual que estaba antes de embarcarse en tan ardua tarea.... Lo que probablemente fuera una suerte para él, puesto que le permitió librarse de influencias extrañas previsiblemente perniciosas.

Claro está que esto no le impidió seguir aprovechándose, cada vez con mayor frecuencia, de tan práctica habilidad; hubiera sido estúpido no aprovecharse de ello, aun sin conseguir entenderlo, máxime cuando la complicada vida de estudiante universitario le brindaba continuas oportunidades para hacerlo.

Sin embargo, siempre había existido una limitación clara y tajante en la duración de sus *saltos*, todos ellos caracterizados por su brevedad ya que no solían exceder, por lo general, de un par de semanas, siendo lo más habitual que se limitaran a tan sólo unas pocas horas, justo lo necesario para eludir todo cuanto había de desagradable en la vida cotidiana. Pero las cosas habrían de cambiar de forma radical cuando, apenas recién licenciado, Juan se vio ante la perspectiva de tener que cumplir el servicio militar, algo que le llevaba aterrizando desde mucho tiempo atrás... Ahora no se trataba de escabullirse de un examen o de evitar un catarro, sino de una situación infinitamente más desagradable y, sobre todo, mucho más larga, ya que habría de prolongarse durante más de un año. La tentación era grande, pero a Juan le preocupaban las posibles consecuencias negativas que pudiera acarrear una ausencia tan prolongada, algo que jamás se había atrevido a hacer hasta entonces.

Pero tampoco era cuestión de padecer innecesariamente por algo que se podía evitar. Así pues, optó por una solución intermedia: *saltar* tan sólo hasta que llegara el primer permiso, justo después de la jura de bandera. Se trataba tan sólo de un mes y medio, un tiempo razonable que le permitiría calibrar asimismo la posibilidad de dar nuevos *saltos*, esta vez más prolongados.

Dicho y hecho. Con la experiencia adquirida fruto de una prolongada práctica, Juan calculó cuidadosamente el tiempo que debería estar *desconectado* y, la víspera misma de su incorporación al cuartel, huyó a su inaccesible refugio mental. A su vuelta, ocurrida tal como era habitual sin la menor solución de continuidad, se encontró de nuevo en casa, con el pelo rapado y un monumental catarro encima a modo de inesperado *efecto colateral* de su experiencia castrense, tal como pudo comprobar tras tomar *posesión* de sus poco agradables recuerdos cuarteleros.

Profundamente irritado por la molesta e imprevista enfermedad, sin pensárselo dos veces deseó largarse inmediatamente de allí y no volver hasta que todo hubiera terminado ya de forma definitiva. Cuando cayó en la cuenta de su error era demasiado tarde, y no le

fue posible dar marcha atrás en su furioso arrebató; tras un nuevo y fugaz paso por el desconocido limbo que servía de residencia a su liberada mente, volvió a encontrarse en el interior de su cuerpo... Casi un año después y ya con la ansiada licencia del servicio militar en el bolsillo.

El gran *salto* había tenido éxito, pero su memoria se encontraba repleta de recuerdos desagradables... Y no todos relacionados con la *mili*. Su novia -bueno, su medio novia- había aprovechado la ocasión para darle esquinazo, cambiándolo por un pijo con cara de idiota pero con suficiente dinero y prestigio social, mientras en su propia casa las cosas tampoco marchaban como hubiera sido de desear. El matrimonio de sus padres, que nunca había sido demasiado sólido, se tambaleaba peligrosamente, y apenas un par de semanas después del *retorno* su padre les comunicó que se iba a vivir con una mujer que, por su edad, bien podría haber sido su hija. A la profunda depresión de su madre, refugiada en el consumo masivo de tranquilizantes, se unió la reclamación paterna de la mayor parte del patrimonio familiar, lo que dio pie a un largo y desagradable vía crucis judicial.

Aterrorizado por una situación que desbordaba por completo su capacidad de resistencia, Juan optó por la fuga hacia delante como única forma de eludir lo que se le venía encima... Sin molestarse siquiera en prever el tiempo que necesitaría para ello, limitándose a huir de allí hasta que la crisis hubiera pasado.

Ésta duró dos años largos, tal como descubrió con sorpresa a su *retorno*. Aunque básicamente la situación familiar seguía siendo la misma, con su padre conviviendo con su nueva pareja y su madre ausente en su propio mundo interior -bueno, además su hermana se había ido a vivir con su novio, pero esto no le importaba demasiado-, Juan descubrió con alivio que la pesadilla de los juicios había acabado y él llevaba ahora una vida no demasiado incómoda, aunque tampoco excesivamente satisfactoria, como profesor en una academia.

Durante algunos meses aguantó mejor o peor de esta manera, pero llegó un momento en el que acabó hartándose. Sus alumnos le sacaban de quicio, los dueños de la academia lo explotaban pagándole una miseria por un montón de horas de trabajo, seguía sin novia pese a todos sus esfuerzos y cada vez estaba más harto de convivir con su madre... Al tiempo que no podía ni soñar siquiera con emanciparse, puesto que el sueldo que ganaba apenas si le daba para sobrevivir y, a diferencia de su hermana, él no podía contar con nadie que lo mantuviera.

Así pues, no fue de extrañar que acabara hartándose. Teniendo en cuenta que, con su formación, era de esperar que en un futuro las cosas le fueran mejor, ¿para qué esperar innecesariamente pudiendo evitarlo?

En esta ocasión su ausencia duró casi tres años; pero había merecido la pena. Tras una etapa bastante difícil durante la cual alternó períodos de desempleo con trabajos basura,

finalmente había logrado colocarse en los laboratorios de una empresa fabricante de cosméticos y, sin ser para lanzar las campanas al vuelo, al menos disponía de un sueldo decente que le había permitido alquilar un pequeño apartamento, marchándose del domicilio familiar justo antes de que su padre, mitad arrepentido mitad desplumado, hubiera vuelto con el rabo entre las piernas reconciliándose mejor o peor con su madre. Allá ellos. En cuanto a su hermana, se había ido a vivir a Canarias perdiendo todo contacto con ella, así que otra preocupación menos. Y lo más importante de todo, era que volvía a tener novia.

Durante algún tiempo las cosas le fueron razonablemente bien. Desentendido de los problemas familiares y sin demasiadas discusiones con su novia, aunque le fastidiaba que fuera tan estrecha, su trabajo en los laboratorios no le complicaba la vida en exceso. Pero como suele ocurrir a menudo, llegó un momento en el que eso le supo a poco... Sobre todo, después de encontrarse con un antiguo compañero de facultad que, pese a haber sacado la carrera a trancas y barrancas repitiendo incluso algún curso, ahora presumía de ser un alto ejecutivo de una importante multinacional, con un sueldo varias veces superior al suyo... Ciertamente el fulano siempre había sido un fantasma y, según todas las apariencias, seguía siéndolo, pero el Rolex de oro que llevaba en la muñeca, el BMW en el que le montó y la Visa Oro con la que pagó la cuenta en el exclusivo restaurante donde le invitó a comer, eran cosas que quedaban todas ellas fuera del alcance de su magro sueldo, devorado en su práctica totalidad por el alquiler usurero de la caja de cerillas donde vivía y los *gastos de representación*, como él denominaba en un arranque de ironía a las profundas dentelladas al presupuesto que le infligían las salidas de fin de semana con su caprichosa novia. Esa noche llegó echando chispas a casa, prometiéndose solemnemente que del día siguiente no pasaría la tanto tiempo aplazada petición de aumento de sueldo.

En realidad fueron casi tres semanas el tiempo que tardó en decidirse, con nulos resultados puesto que su jefe se negó en redondo a subirle un solo céntimo el sueldo, llegando a insinuar incluso que para lo que trabajaba incluso le estaban pagando de más. Eso sí, si no estaba conforme... Ya le buscarían un sustituto entre los cientos de jóvenes recién licenciados dispuestos a trabajar más que él por bastante menos dinero. Como es de suponer, salió de la entrevista con el rabo entre las piernas y un monumental cabreo en el cuerpo.

Pero lo peor de todo no fue eso, sino la airada reacción de su novia cuando, ingenuamente, le contó el fracaso de su iniciativa. Ella le quería, pero... le gustaban los hombres decididos y ambiciosos, con madera de triunfador. Vamos, que en realidad a quien quería era al dinero y al estatus social. Harto de todo, y de todos, no se lo pensó dos veces y dio un nuevo salto, esta vez con la ambigua condición de no volver al mundo hasta que no estuviera casado y bien asentado económicamente.

El desconocido mecanismo, o lo que fuese, responsable de sus enigmáticos saltos temporales cumplió la orden a rajatabla, aunque le costó bastante tiempo llevarla a cabo de forma satisfactoria: A su vuelta a la realidad, a su nueva realidad, Juan se encontró frisando la cuarentena, amén de calvo y barrigudo para disgusto suyo. Según pudo averiguar buceando en sus recuerdos, llevaba casado varios años, pero sólo hasta fechas recientes no había conseguido la estabilidad laboral que tanto ansiara, razón por la cual se había demorado tanto su regreso. Para sorpresa suya no estaba casado con su antigua novia, encontrándose además con la inesperada *propina* de dos retoños que, con dos y cuatro años respectivamente, estaban en plena edad de hacer trizas la paciencia del más calmado.

Por si fuera poco, no se llevaba precisamente bien con su mujer; en realidad nunca había llegado a estar enamorado de ella, pero los años apremiaban y, tras la ruptura con su anterior novia, le habían entrado prisas por abandonar la soltería, agarrándose, como vulgarmente se dice, a un clavo ardiendo. Después de casi seis años de matrimonio, si bien no podía hablarse de hostilidad, tampoco su relación llegaba más allá de la mutua e indiferente tolerancia, con los dos niños como único vínculo común.

En cuanto a su trabajo... No podía negar que estuviera bien pagado; de hecho, se habían mudado a un adosado sito en uno de esos nuevos barrios residenciales que habían crecido a modo de excrecencias cancerosas en la periferia de la ciudad, y su nivel de vida le permitía disfrutar de vacaciones, salidas en fin de semana y esos otros pequeños placeres típicos de la clase burguesa; o, por hablar con mayor propiedad, se lo hubiera permitido de no mediar su rotunda incompatibilidad con los gustos y aficiones de su esposa, limitándose en la práctica -y ya era suficiente- a los inevitables quince días anuales en la odiosa playa mediterránea que tanto detestaba, sufriendo el calor, la gente y los clónicos centros comerciales y de ocio a los que tan aficionada era su cónyuge. Claro está que esta prosperidad material tenía su precio, ya que el ambiente laboral en el que se movía era lo más parecido a una pecera repleta de tiburones y pirañas dispuestos a devorarte a dentelladas a poco que te descuidaras. Y no era que él tuviera muchos escrúpulos, que nunca había tenido demasiados, sino que algunos de sus rivales tenían todavía menos... Amén de contactos con los de arriba más efectivos que los suyos.

Claro está que contaba con el desahogo de los amigotes, pero le hastiaba tener que soportar sermones al llegar a casa, así como reproches por su despego a todo cuanto oliera a tareas domésticas; por no hablar ya de aguantar la tabarra de los niños... ¡para eso estaban las mujeres! Bastante tenía él con traer dinero a casa, que buen sacrificio le costaba hacerlo.

Entre unas cosas y otras, lo cierto fue que no aguantó demasiado. La gota que colmó el vaso habían sido, ¡cómo no!, las fiestas de navidad, que le volvieron a recordar una vez más lo insoportable que podía llegar a ser soportar a su familia política. Por si fuera poco, el enésimo intento de convencer a su mujer de que, si no mantenían relaciones con su familia, tampoco veía el motivo por el cual tuvieran que mantenerlas con la de ella, acabó

inevitablemente como el rosario de la aurora. Probablemente cualquier otro, en su misma situación, se hubiera planteado seriamente la posibilidad de una separación, o incluso el divorcio; él prefirió *desconectarse* de nuevo, a la espera de que amainara el chaparrón.

A su retorno sus hijos eran ya adolescentes, siguiendo la tradición paterna se había divorciado de la bruja de su mujer y convivía -no estaba dispuesto a tropezar de nuevo en la misma piedra- con una treintañera quince años menor que él y bastante menos insoportable que su ex... Al menos durante el año largo que llevaban de convivencia. Además, le daba muchas más satisfacciones de índole... material de las que hubiera disfrutado durante todos sus años de matrimonio. Ciertamente el hijo de su compañera -era madre soltera- resultaba ser, a sus cinco años, bastante incordio, pero qué se le iba a hacer; nadie es perfecto.

Ahora vivía en un pequeño piso comprado por él en un municipio del área metropolitana -el adosado se lo había quedado la arpa- ya que, tras un largo rosario de juicios felizmente eludidos, tan sólo había conseguido rebañar una pequeña parte del antiguo patrimonio familiar, por culpa de la estupidez de haber optado en su día por el régimen de gananciales. En cuanto al trabajo... Bien, después de un trabajoso traslado de departamento había conseguido que las cosas mejoraran o, cuanto menos, que no empeoraran, lo que ya era bastante; pero seguía sin estar a gusto. De hecho, la incomodidad no había desaparecido y las veladas amenazas de despido rondaban sobre su cabeza, lo cual, dada su edad, suponía un nada desdeñable motivo de preocupación, máxime cuando su compañera se estaba volviendo cada vez más caprichosa.

Pero lo peor de todo vino cuando le diagnosticaron el tumor. Aunque los médicos le garantizaron unas buenas posibilidades de curación, nada ni nadie podrían librarlo de una operación seguida de un penoso tratamiento con quimioterapia... Seguramente quedaría bien, le aseguraron, pero no antes de un año de padecimientos. La alternativa a ello... Mejor ni pensarlo siquiera.

Aceptó la propuesta de los médicos, qué remedio le quedaba, pero huelga decir que decidió recurrir a su particular modo de evasión, no era cuestión de pasar por el mal trago pudiendo evitarlo. También era mala pata que nunca consiguiera permanecer quieto más de unos pocos meses seguidos... Pero lo primero era lo primero.

Un año después se encontró curado del cáncer a cambio de varios molestos achaques provocados, o agravados, por la agresiva quimioterapia. Parecía como si le hubieran echado diez años encima, pero por lo menos estaba curado, y esto era lo más importante.

Claro está que no todo era tan positivo. En su empresa habían aprovechado la larga baja médica para prescindir de sus servicios y, a sus cincuenta años, se encontraba repentinamente en la calle. Ciertamente era que disponía del colchón del seguro de desempleo, pero era plenamente consciente de que éste se acabaría tarde o temprano y, a su edad, las posibilidades de encontrar un nuevo empleo equivalente al perdido serían bastante remotas.

Si mala era su situación laboral, la personal no le iba a la zaga. Su compañera sentimental, acabado el maná del sueldo, le había echado con cajas destempladas poniéndole literalmente de patas en la calle, ya que, estúpido él, había puesto a su nombre el piso que comprara para convertirlo en nidito de amor. Para mayor escarnio, supo entonces que la fulana le venía engañando desde hacía tiempo con un tipejo de dudosa catadura y sin oficio conocido, pero mucho más joven que él y, por supuesto, asimismo más atractivo.

Sin trabajo, sin dinero y sin vivienda, Juan se encontró sin saber a donde ir. Intentó sondear a su antigua esposa, pero ésta se había casado de nuevo y, evidentemente, no quiso saber nada de él. En cuanto a sus hijos, ni siquiera le miraban a la cara. Sus amigos, los pocos que le quedaban después de las sucesivas catástrofes, le dieron también la espalda. No tenía a quien recurrir, y sus escasos medios de vida, una vez descontada la asignación que seguía teniendo que pasar a sus hijos, apenas le llegaban para comer y para pagar una pensión donde refugiarse por las noches. Todos sus esfuerzos tendentes a conseguir un nuevo trabajo, huelga decirlo, resultaron infructuosos.

Convertido en la viva imagen de un fracasado, Juan optó una vez más por lo único que realmente había sabido hacer bien en la vida: Huir hacia adelante.

Volvió una década después, frisando los sesenta, para descubrir con espanto que habían sido unos años difíciles en los cuales llegó a bordear peligrosamente el alcoholismo y la marginación. Por fortuna las cosas se habían, si no solucionado, que difícilmente no tenían ya solución alguna, sí al menos asentado de mejor o peor manera. Tras empalmar de forma agónica subsidio tras subsidio, siempre en cantidades decrecientes, había acabado acogiéndose a los beneficios de la jubilación anticipada y, aunque exigua, su pensión le daba al menos para sobrevivir con cierta dignidad.

Ahora convivía con una viuda de su misma edad víctima también de los zarpazos de la vida. No había amor entre ellos, no podía haberlo entre seres lacerados por tan profundas heridas; pero sí existía algo parecido al cariño, fruto de la necesidad común de dos naufragos aferrados al último bote salvavidas. Ella aportaba su piso y su minúscula pensión de viudedad, él colaboraba con la suya y ambos se auxiliaban mutuamente intentando combatir la pavorosa soledad en la que hasta entonces habían estado sumidos.

Para Juan éste era el momento, quizá por vez primera en su vida, en el que se pudo sentir, si no feliz, sí al menos razonablemente satisfecho, alejando de sí la peligrosa tentación de refugiarse una vez más en su *nirvana*. De vuelta ya a la cruda realidad, el cúmulo de recuerdos que atesoraba en su mente estaba compuesto, en su práctica totalidad, por episodios extraños que nunca había llegado en realidad a vivir, recordándolos como se recuerda una película. Pero se sentía cansado, muy cansado, y tan sólo ansiaba poder disfrutar en paz los años que le quedarán de vida. Su compañera, la pobre, no podía

ofrecerle demasiado, pero tampoco le pedía más de lo que él era capaz de darle. En consecuencia, gozaba de una tranquilidad emocional de la que siempre hasta entonces había carecido.

Pero la desgracia, siempre acechante en su existencia, se cebó de nuevo en él arrebatándole la compañera, apenas tras cinco años de convivencia, víctima de una cruel enfermedad. De nuevo se encontraba solo, pavorosamente solo, y sin saber donde ir puesto que la familia de ella, que poco o ningún interés había mostrado hasta entonces por sus problemas, se apresuró a expulsarlo de la modesta vivienda que compartían, único patrimonio que había dejado la pobre mujer. Desamparado y desvalido, se vio obligado, esta vez en contra de su voluntad, a ir en busca de tiempos mejores... O, cuanto menos, que le permitieran morir en paz. Tan sólo con eso se conformaba.

Despertó en una residencia de ancianos, en la que le habían internado sus hijos cuando descubrieron que se encontraba al borde mismo de la indigencia. Y, aunque ellos corrían con todos los gastos, descubrió con amargura que jamás habían ido, ni por supuesto irían, a visitarlo... Lo cual, en justicia, no les podía reprochar después de lo mal que se había portado con ellos cuando eran apenas unos niños.

En la residencia lo atendían bien, pero carecía de ese mínimo afecto que tan sólo te pueden proporcionar los seres queridos. Tenía, además, tiempo sobrado para hacer balance de su desperdiciada vida, lo cual le llevó a la desoladora conclusión de que la había malgastado totalmente por culpa de su enfermiza cobardía, una cobardía que le había empujado a huir de cualquier situación desagradable en lugar de afrontarla como hubiera sido deseable... Pero ya era demasiado tarde para los arrepentimientos. Su *poder* era unidireccional, y no le permitía recuperar el tiempo perdido.

Tras meditarlo calmadamente, llegó a la única conclusión factible en sus circunstancias: Puesto que ya nada le ataba y nada podía ya esperar, daría un nuevo *salto*, pero éste sería el último puesto que su final estaría vinculado a su propia muerte. No deseaba seguir viviendo, ni merecía la pena hacerlo en esas condiciones. Él, que jamás había sido religioso, ignoraba si tras el postrer tránsito no habría nada o si, por el contrario, se trataría del umbral de una nueva e insospechada existencia; en cualquier caso, y pasara lo que pasara, estaba convencido de que su malograda experiencia vital no tendría ya la menor importancia.

No se equivocó.

CARA Y CRUZ

Todos nosotros, a lo largo de nuestra vida, hemos cometido errores. A veces éstos no revisten especial trascendencia, o bien acaban solucionándose con el tiempo, pero otros, los peores, pueden acarrear consecuencias irreversibles... y generalmente negativas.

Esto último, para mi desgracia, es lo que me ocurrió a mí hace ya demasiado tiempo, con el agravante de que sé que estoy condenado a purgar por ello durante toda la eternidad. Fue culpa mía, por supuesto, y ahora soy plenamente consciente de que me cegó la ambición, pero ya es demasiado tarde para el arrepentimiento.

Todo empezó el maldito día en que tropecé con el demonio. Le llamo así debido a que él fue el responsable de mi desgracia, aunque la verdad es que desconozco si su naturaleza era diabólica, angelical o simplemente mortal, aunque me consta que era ajeno a nuestro planeta y, quizá, también a nuestro universo. En realidad nunca lo llegué a saber, ni creo que ahora esto importe demasiado.

Hasta ese momento yo había sido una persona normal, perdida en el mar de la tranquila y acogedora mediocridad. Mi vida transcurría sin sobresaltos, lo cual no me satisfacía ya que ambicionaba más, mucho más, pese a sentirme incapaz de conseguirlo, lo cual había acabado sumiéndome en una profunda frustración. Y entonces apareció él, ofreciéndome justo aquello que anhelaba: la fama, el dinero, el reconocimiento social, el éxito con las mujeres, una salud a prueba de enfermedades y de los achaques de la edad... y cegado por tamaños oropeles, le vendí mi alma.

Bueno, en realidad lo de vender el alma no debe interpretarse de forma literal, ya que no fue un pacto diabólico en el sentido tradicional del término. El culpable de todos mis males se me presentó como un científico procedente de una remota y avanzadísima civilización galáctica, llegado a nuestro planeta en misión investigadora. Nuestro encuentro fue casual, tropezó conmigo al igual que podría haberlo hecho con otro cualquiera de los miles de millones de habitantes de la Tierra, pero en mala hora me tocó a mí...

Él me ofreció lo que a mí me parecieron unos dones maravillosos aunque, según afirmó, se trataba de simples aplicaciones de su desarrollada tecnología natal que nada tenían de mágico, aunque a mí me lo parecieran. Qué más da. El caso fue que, gracias a su ayuda, y cuando ya me había resignado a dejar que lo que me quedaba de vida se fuera desgranando con languidez, vi abrirse ante mis ojos la posibilidad de alcanzar todo aquello que tantas veces había ambicionado en vano. Fui débil, y sucumbí a la tentación.

Claro está que tenía un precio, y en honor a la verdad he de reconocer que no me engañó. Me engañé yo solo. Aparentemente, lo que me pidió a cambio de su ayuda no era

demasiado, ni aparentaba exigir un esfuerzo inasumible; al contrario, parecía ser tentadoramente fácil.

Lo que mi interlocutor deseaba era una copia de mi *espíritu*, como decía él, o de mi mente, por utilizar un término más científico. No, no se trataba de entregarle mi alma, puesto que yo la conservaría intacta; según afirmaba yo no sufriría el menor daño durante el proceso, ni me quedaría la más mínima secuela de ello... y a cambio de tan mínimo sacrificio, tendría todo lo que ambicionaba.

No lo dudé un solo instante aunque, eso sí, movido por la curiosidad le pregunté para qué quería esa copia. Su reticencia en responderme debería haberme alertado sobre de sus verdaderas intenciones, pero estaba tan obnubilado que no quise verlo. Finalmente, y a regañadientes, me dijo algo así como que formaba parte de un vasto experimento de sus congéneres para recrear una especie de universo virtual, el cual pretendían poblar con muestras -es decir, copias de mentes de seres reales- tomadas en multitud de mundos distintos.

En qué consistía el experimento, y qué les iba a ocurrir a esos fantasmas fue algo que rehusó explicarme, alegando que no lo entendería. Pero, añadió, no tenía por qué preocuparme, puesto que yo continuaría siendo el mismo... aunque, eso sí, sensiblemente mejorado en mis expectativas sociales. Eso acabó de disipar mis dudas.

Y la tragedia se consumó. El duplicado se realizó con total éxito, y los hechos discurrieron exactamente tal como el visitante me había explicado. Con lo que no contaba, era con que la copia virtual tendría no sólo los mismos recuerdos que el original hasta el instante mismo de su desdoblamiento, sino también idéntica personalidad. Es decir, sería otro *yo* exactamente igual en todo al primero excepto en su inmaterialidad, por otro lado innecesaria en un entorno virtual, pero tan *real* a su modo como el modelo del que había sido copiado a imagen y semejanza suya... y por supuesto, compartiría con éste las mismas inquietudes y los mismos sentimientos que lo singularizaban como un ser humano.

Eran, pues, dos individuos desdoblados, pero cada uno de ellos estaba *vivo* en su correspondiente entorno; la cara y la cruz de una misma moneda, ahora separadas y condenadas a llevar una vida independiente. Y sí, a mí me tocó la cruz, tuve la mala suerte de ser la copia inmaterial, pero no por ello menos real, entregada a mi inhumano carcelero a cambio de que mi egoísta hermano pudiera disfrutar de los beneficios de su traición sin importarle lo más mínimo las desgracias que con ello me acarreó. Me consta que es así, puesto que él fui yo hasta el mismo momento en el que nuestras almas se desdoblaron, razón por la que los reproches que le pueda hacer a él no tengo otro remedio que hacérmelos también a mí... y bien cara he pagado mi avaricia.

Pero no es él, sino yo, quien está purgando sus penas en este lúgubre lugar, compendio de todos los infiernos surgidos de las mentes más tortuosas del universo, víctima inocente,

junto con mis desdichados compañeros de infortunio, de la perversidad de unos seres crueles que, pretendiendo jugar a ser dioses, tan sólo consiguieron ser diablos, los cuales nos mantienen recluidos en un mundo infernal fruto de su sádica imaginación que no por virtual deja de ser menos real para nosotros, puesto que los padecimientos que nos infligen los sufrimos de forma tangible en nuestros inmateriales cuerpos.

Y así será para siempre, ya que entre nosotros no existe la muerte salvo que algún día nuestros torturadores decidieran concedernos el don de la desaparición, algo que al parecer no entra en sus planes dado que constituimos, o al menos eso creemos, una especie de circo macabro cuyo único fin parece ser la diversión de estos malditos, que gozan recreándose en nuestros infortunios, e incluso hay quien afirma que puede que no seamos sino una única variante de un sinfín de infiernos virtuales, cada uno de ellos con una copia de todos nosotros, los cuales servirían de recreación particular para cada uno de estos miserables demonios. Puede que sea así, aunque carecemos de pruebas para demostrarlo.

Ojalá la moneda hubiera caído del otro lado y fuera el otro quien estuviera en mi lugar, ya que se merecía sobradamente este castigo.

EN EL TREN

Le despertó la luz que atravesaba el cristal de la ventanilla. Este hecho, aparentemente trivial, tuvo la virtud de sobresaltarle, haciéndole incorporarse con brusquedad, casi con pavor, del asiento donde yacía dormido.

Tardó varios segundos en coordinar sus pensamientos, recordando al cabo que se encontraba viajando en el tren. No en cualquier tren, sino en el TREN, así con mayúsculas. Y por enésima vez se sumió en una profunda depresión al tiempo que miraba con desconsuelo el inalcanzable paisaje que de forma tentadora se abría ante sus ojos.

Éste suponía una notoria variación sobre la gris monotonía que le acompañara en el viaje durante los anteriores días. El sol lucía esplendoroso campeando sin oposición en un terso cielo azul huérfano de nubes, alumbrando con sus todavía tibios rayos matutinos un terreno suavemente ondulado y repleto de verdes árboles hasta un horizonte marcado por la línea grisácea de unas distantes montañas, quizá encinas o algún tipo de robles o alcornoques. Tan idílico cuadro, comparado con la triste desolación del pedregoso desierto cubierto por un sombrío firmamento permanentemente encapotado a la que ya se había resignado, casi le parecía un regalo.

Pero se trataba de algo que no solucionaba su problema, se dijo con amargura. Seguía estando atrapado en el tren sin poder abandonar lo que se había convertido en su prisión, y allí permanecería con toda probabilidad durante el resto de su vida... o incluso hasta mucho más, a juzgar por las sombras espectrales que acostumbraban a cruzarse en su camino, infortunadas compañeras suyas en este delirante viaje sin fin.

Suspirando con tristeza se retrepó en el asiento. No tenía prisa; de hecho, disponía de todo el tiempo del mundo... de forma literal. Así pues, mientras miraba distraído el paisaje que desfilaba ante él, se dedicó a recordar una vez más la sorprendente cadena de acontecimientos que le había conducido hasta aquella situación.

En un principio, nada parecía indicar que esa mañana fuera a ser diferente de cualquier otra en su rutina diaria. Tal como hacía siempre se levantó somnoliento al compás que le marcaba el aborrecido despertador, se duchó, se vistió, engulló el frugal desayuno y salió disparado dejando para la vuelta, como hacía casi siempre, la molesta tarea de hacer la cama.

Llegó a la estación -por fortuna cercana a su domicilio, algo que había tenido muy en cuenta a la hora de mudarse-, montó en el tren de cercanías y se dejó llevar camino del trabajo. Adormilado como estaba -acababan de adelantar una vez más la hora por exigencias del maldito horario de verano-, apartó el mazo de periódicos gratuitos -todos

diferentes, todos iguales- que le habían endosado a la entrada, decidido a echar una cabezada durante los tres cuartos de hora que duraba el trayecto.

Debió de quedarse dormido más profundamente de lo habitual ya que, a diferencia de otras veces, no fue consciente del monótono desgranar de las estaciones intermedias. Despertó sobresaltado, temiendo haberse pasado de largo; no sería la primera vez que le ocurría y, aunque nunca le habían puesto pegatas en la oficina por llegar con retraso, algo por lo demás habitual en muchos de sus compañeros por culpa del crónico colapso de las vías de acceso a la gran urbe, siempre había tenido muy a gala llegar a su hora, quizá a modo de defensa mitad inconsciente, mitad voluntaria, de su apuesta por el transporte público en un lugar donde la mayor parte de la gente se jactaba de utilizar su propio vehículo.

Su sorpresa fue mayúscula al descubrir que no se encontraba en el lugar esperado. Sí, se trataba de un tren, de eso no cabía duda, pero ahí acababa toda posible coincidencia. En lugar de un aséptico vagón de cercanías se descubrió sentado en el vetusto compartimento de uno de esos antiguos expresos que tan asociados tenía a los recuerdos de su ya lejana infancia, mientras el paisaje que se vislumbraba por la ventanilla le resultaba ser completamente extraño, sin nada que ver con el familiar y feo entorno suburbano que tan acostumbrado estaba a recorrer dos veces al día.

Pero lo peor no era, ni mucho menos, eso. Al fijar la vista en el asiento que tenía enfrente, descubrió con espanto la presencia en él de un esqueleto sentado, ridículamente erguido tal como si correspondiera a una persona viva cuya carne y vísceras se hubieran trocado de repente en invisibles, y absurdamente ataviado con unas vestimentas femeninas que habrían estado de moda varias décadas atrás. Y él, que ya desde niño había experimentado una morbosa repulsión por este tipo de despojos, huyó despavorido de tan macabro lugar, no sin antes vislumbrar de reojo cómo la huera calavera parecía girar hacia él el descarnado rostro en un gesto que, pese a su absoluta incongruencia, no dejaba de tener mucho de humano.

El compartimento se abría, tal como cabía esperar, a un estrecho pasillo que atravesaba el vagón en toda su longitud. Con el corazón desbocado, latiéndole tan furiosamente que parecía querer arrancarse del pecho, no se detuvo hasta tropezar, ya en la plataforma, con la puerta que comunicaba con el vagón contiguo. Intentando tranquilizarse, se derrumbó contra la pared cerrando los ojos, al tiempo que se repetía una y otra vez que lo que había visto no podía ser real, sino fruto de una cruel pesadilla.

Tras calmarse un tanto, pero sin atreverse todavía a abrir los párpados, trató de convencerse diciéndose que al hacerlo se encontraría de nuevo en el familiar interior del cercanías. Contó hasta diez, se armó de valor y...

Seguía estando en el vagón de compartimentos, pero algo había cambiado, algo sutil y difícil de aprehender pero sin embargo embarazosamente incómodo. ¿Qué podía ser?

De repente cayó en la cuenta. Conforme a su posición, que no había variado en ningún momento, tal como estaba apoyado en la pared el pasillo por el que había venido quedaba a su izquierda. Y ahora, por el contrario, se abría a la derecha.

Durante unos instantes quedó todavía más desconcertado, pero por una de esas extrañas reacciones mentales que a veces surgen de forma espontánea desafiando toda lógica, en vez de preguntarse que podía estar pasando recordó que había dejado olvidadas la cartera y la cazadora en la bandeja situada sobre su asiento... y no era cuestión de perderlas, se sorprendió diciéndose a sí mismo.

Claro está que para ello debería volver al compartimento donde despertara, lo cual supondría tener que cruzarse de nuevo con su espantoso compañero de viaje... aunque bien mirado, dada la surrealista sucesión de acontecimientos en los que se había visto involucrado en los últimos minutos, todo podía ser posible... hasta lo racionalmente imposible.

Por supuesto no sabía cual podía ser el compartimento del que había salido de forma tan precipitada, aunque creía recordar que era uno de los centrales. Pero puesto que el número de los mismos era limitado, prefirió mirar en todos ellos empezando por el más cercano a la plataforma donde se encontraba en esos momentos. Así lo hizo, con el anterior ataque de pánico convertido ahora en una paradójica excitación fruto probable de sus más atávicos instintos animales. Quería recuperar lo que era suyo, y estaba dispuesto a luchar por ello incluso si toda una legión de esqueletos intentaba impedirselo.

Pero no tuvo ninguna necesidad de ello. Al llegar a la plataforma situada en el extremo opuesto del vagón, se detuvo perplejo. Tras inspeccionar la totalidad de los compartimentos no sólo no se había topado con ninguno de esos temidos engendros, ya que incluso el que descubriera frente a él al despertar se había esfumado como si nunca hubiera existido, sino que sus pertenencias habían desaparecido asimismo sin dejar el menor rastro.

Sin arredrarse ante el fracaso repitió minuciosamente la totalidad del recorrido, esta vez en sentido contrario, encontrándose poco después de nuevo en su lugar de partida; en esta segunda ocasión tampoco había logrado encontrar nada. El vagón no podía estar más vacío. Evidentemente algo raro estaba ocurriendo, algo que desafiaba a las más elementales reglas de la lógica. Todo lo que había experimentado desde el momento en que despertara no podía ocurrir bajo ningún concepto... y sin embargo, contra todo pronóstico, había ocurrido.

Sentándose en la butaca de uno de los desiertos compartimentos, dejó que su vista vagar por el incongruente paisaje que se deslizaba tras el cristal, un extraño desierto sin parangón alguno con todo cuanto él conociera que parecía haber surgido de la mente delirante de un pintor surrealista, al tiempo que intentaba poner un poco de orden en el caos que sacudía a su desconcertado cerebro. Dos veces había cambiado ya, en ocasiones de

forma radical, el escenario en el que se encontraba inmerso, y las dos habían tenido lugar a raíz de que le venciera el sueño... falso, se corrigió, eso sólo había ocurrido la primera vez, puesto que la segunda tan sólo había llegado a cerrar los ojos durante apenas unos segundos.

Era absurdo, se dijo, pero no menos absurdo resultaba ser también cuanto le rodeaba, y sin embargo no por ello dejaba de ser dolorosamente real. Además, ¿qué perdía con probarlo? Así pues, cerró los ojos con decisión abriéndolos al cabo de un instante.

Y funcionó de nuevo. Ahora se encontraba en el interior de un moderno tren de alta velocidad y más concretamente, a juzgar por la amplitud de los asientos, en el vagón de primera clase. El paisaje que se deslizaba veloz ante su mirada mostraba una campiña completamente nevada que se confundía en lejanía con el gris horizonte sin la menor solución de continuidad y sin el menor accidente que alterara su tersa horizontalidad.

En cuanto al interior del vagón, éste resultó estar repleto de viajeros... convenientemente vivos en esta ocasión, por fortuna, nada de sustos macabros como el experimentado poco antes. Además sus vestimentas eran mucho más normales y bastante similares a las suyas propias. Así pues se sintió casi como en su propia casa, a pesar de que poco tenía que ver ese lujoso vagón con el espartano tren de cercanías en el que iniciara su accidentado viaje, amén de que el monótono paisaje exterior le resultaba cualquier cosa menos conocido. Pero comparado con todo lo anterior, esto no era nada.

Armándose de valor se incorporó de su asiento con la intención de dirigirse a la atractiva joven que se encontraba sentada al otro lado del pasillo, para preguntarle el destino del tren en el que viajaban. Sin embargo, a mitad de camino se detuvo de forma instintiva; algo iba mal, aunque no era capaz de descubrir el qué.

De repente cayó en la cuenta de aquello sobre lo que su subconsciente le había estado advirtiéndole: se trataba del silencio, un silencio absoluto, y por ello completamente irreal, que se cernía sobre el abarrotado vagón. Lo sorprendente del caso era que veía a la gente hablar pero era incapaz de oírlos, lo que le provocaba la incómoda sensación de encontrarse contemplando una antigua película muda... de la que él también formaba parte.

Tenía que decidirse, y se decidió.

-Disculpe, señorita, ¿sería tan amable de decirme...?

No llegó a concluir la frase al percatarse de la inutilidad de la misma; aunque él se oyó perfectamente, su fallida interlocutora pareció no percatarse siquiera de su presencia. Irritado por el percance intentó llamar su atención tocándole levemente en el hombro, descubriendo con espanto que su mano tan sólo así el vacío.

De repente comprendió la razón de la aparente paradoja: los viajeros que ocupaban el vagón no eran para él sino meros fantasmas incorpóreos, a los cuales podía ver pero en modo alguno tocar... y viceversa, como pudo constatar instantes después cuando, encontrándose todavía en el pasillo central, un hombre de mediana edad pasó a través suyo sin experimentar por ello el menor trastorno.

Sin embargo, a excepción de sus ocupantes el resto del vagón era para él tan tangible como real, como pudo constatar al desplomarse abatido sobre uno de los asientos vacíos. ¿Qué estaba ocurriendo? Era para volverse loco.

Por supuesto, le bastaría con cerrar los ojos, o al menos eso pensaba, para que este escenario se borrara de su vista, pero le disgustaba huir de allí sin indagar en busca de una posible explicación. Así pues, venciendo la tentación decidió recorrer el tren de uno a otro extremo.

No le llevó mucho tiempo hacerlo, puesto que el convoy no era demasiado largo. Al finalizar la conclusión seguía siendo la misma: tanto los inmateriales viajeros como él mismo se desenvolvían con toda naturalidad por el tren, pero sin poder interaccionar entre ellos. No obstante, lo más perturbador de todo era que, mientras él podía verlos, aunque no pudiera tocarlos ni hablarlos, ellos parecían no ser conscientes en absoluto de su presencia.

Incapaz de comprender lo que estaba sucediendo, optó por cerrar de nuevo los ojos.

* * *

Desde entonces había perdido la cuenta de todos los *saltos* -así denominaba a los bruscos cambios de escenario- que le habían llevado a recorrer infinidad de trenes distintos, algunos de los cuales parecían sacados de un museo del ferrocarril mientras otros, por el contrario, mostraban imposibles diseños futuristas que le resultaban desconocidos por completo.

Incluso en una ocasión había aparecido en la plataforma abierta de un vagón de mercancías que atravesaba calmosamente una tupida selva tropical; impelido por un impulso irrefrenable había saltado fuera, sin pararse a pensar que lo más probable sería que se partiera el cuello o poco menos, aparte de que, en caso de salir bien librado de la caída, nada le garantizaba que pudiera sobrevivir en tan inhóspita región. Tal era su desesperación, que prefería la muerte, bien fuera rápida o lenta, antes que continuar en su actual situación.

Pero no tuvo ocasión de comprobarlo, puesto que en vez de estrellarse contra el suelo, tal como esperaba, se descubrió repentinamente en el interior de otro vagón, en esta ocasión cerrado, viendo pasar por la ventanilla un paisaje diametralmente opuesto al anterior, en apariencia similar al reflejado en las fotografías de las sondas enviadas por la

NASA al planeta Marte. Fuera lo que fuera aquello que lo tenía atrapado, era evidente que no estaba dispuesto a soltar su presa, ni tan siquiera al precio de su propia vida.

Porque ni tan siquiera le estaba permitida la vía de escape del suicidio. Las puertas exteriores de los trenes, cuando las había, se negaban tercamente a abrirse, y en cuanto a recurrir a otros métodos... cuando intentó ahorcarse con su propio cinturón del borde de una bandeja portaequipajes, volvió a encontrarse de forma instantánea en otro tren diferente.

Tampoco le habría servido de nada dejarse morir de hambre y sed, porque ya desde que empezara su cautiverio había descubierto, al principio con sorpresa y posteriormente con indiferencia, que sus necesidades fisiológicas más elementales habían desaparecido sin que ello pareciera afectar en lo más mínimo ni a su salud ni a su vitalidad. Si se había convertido en un fantasma, como sospechaba, era normal que no sintiera la menor necesidad de comer o beber.

En cuanto al resto de los pasajeros o, mejor dicho, compañeros suyos de infortunio, éstos parecían ser tan fantasmagóricos como él mismo. Por supuesto ya se había acostumbrado a cruzarse con ellos sin prestarles la menor atención, toda vez que estaba comprobado que no podían verle. Aunque inicialmente le había sorprendido que él sí pudiera verlos, había acabado por llegar a la conclusión de que era muy probable que otros le estuvieran viendo también a él cuando creía estar solo en un vagón vacío. En cualquier caso, dado que la comunicación entre ambos era aparentemente imposible, no tenía demasiado sentido preocuparse por ello.

No obstante, la galería de personajes que desfilaban ante sus ojos no dejaba de ser llamativa, puesto que en ellos estaban representadas todas las modas, de todas las razas y culturas conocidas desde que tuviera lugar la ya lejana invención del ferrocarril, en la Inglaterra de principios del siglo XIX... y bastante más, puesto que ocasionalmente se encontraba frente a viajeros con unos atavíos, e incluso con sus propios rasgos físicos, completamente inidentificables para él.

La sorpresa se trocaría en pasmo al descubrir, en uno de sus fugaces tránsitos, que los pasajeros que abarrotaban un extraño vagón de diseño desconocido ni tan siquiera eran humanos.

Aunque su cultura científica no pasaba de ser mediana, era plenamente consciente del cúmulo de imposibilidades lógicas que se habían cruzado en su vida, si es que se podía definir como tal su actual existencia. Convertido en un fantasma que a su vez se entremezclaba con otros muchos fantasmas similares sin que aparentemente fuera posible ningún tipo de interacción entre ellos, encontrar seres que racionalmente no podían existir, tales como esos extraños humanoides de anatomía imposible, no era en realidad mucho más ilógico que hacerlo con damas victorianas fallecidas muchos años antes de que él naciera. Al fin y al cabo, ¿tanta diferencia había?

Pese a todo, no se resignó. Y, puesto que poco era lo que podía hacer por librarse de su situación, intentó al menos comprenderla. Hacía tiempo que había descubierto que, si así un objeto que encontrara en uno de sus múltiples escenarios, lo podría conservar a lo largo de sucesivos *saltos* siempre y cuando lo conservara consigo, al igual que si lo abandonaba lo perdería para siempre. De hecho, había jugado en más de una ocasión a retener diferentes cachivaches sin mayor valor hasta que se cansaba de ellos, especulando infantilmente con la posibilidad de que algún otro de sus forzados compañeros pudiera sentirse sorprendido por su brusca desaparición de forma aparentemente inexplicable.

En una ocasión apareció en un extraño vagón biblioteca repleto de libros, y se puso a hojear con curiosidad algunos de ellos. Éstos estaban escritos en idiomas que no le fue posible identificar pero que, pese a no corresponderse con ninguno de los que conocía, parecían ser versiones deformadas de los mismos. Los había en varias lenguas diferentes, entre ellas una que aparentaba ser un extraño español arcaico, o bien un latín evolucionado, aderezado con términos desconocidos, quizá germánicos, al tiempo que faltaban los familiares términos de origen árabe. Tampoco la gramática le resultaba familiar, ya que al parecer en ese idioma seguían existiendo las declinaciones...

Pese a lo cual, era relativamente capaz de entenderlo. Y desde luego de arcaico no tenía nada, se dijo tras comprobar que uno de los volúmenes trataba sobre la física nuclear en términos no demasiado distintos de los que él recordaba.

Rebuscando por acá y por allá encontró finalmente un libro que, desde la primera página, le llamó la atención, puesto que parecía contener la explicación de todas sus tribulaciones. Aparentemente se trataba de uno de tantos que se presentan con ínfulas de obra de divulgación científica apta para todos los públicos, cuando que en realidad tan sólo están un paso por delante de la mera charlatanería barata entreverada frecuentemente con salpicaduras esotéricas o, cuanto menos, científicamente heterodoxas; era consciente de ello, y en circunstancias normales lo había rechazado sin dudarle un solo instante... pero sus circunstancias distaban mucho de ser normales. Además, parecía ceñirse a su situación actual como un auténtico guante. Así pues, lo leyó con fruición.

En esencia, el autor defendía la teoría de la existencia de múltiples, quizá incluso infinitos, universos paralelos, contiguos entre sí pero mutuamente estancos, de forma que los habitantes de uno cualquiera vivirían ignorantes de la presencia de los otros, creyendo ser los únicos de todos ellos. En realidad no se trataba de ninguna teoría original, puesto que los escritores de ciencia ficción habían hecho uso frecuente de ella; la diferencia estribaba en que, mientras éstos se limitaban a novelar una especulación intelectualmente atractiva, aquél pretendía hacerla pasar como una verdad científica presuntamente demostrada, utilizando para ello una jerga pseudoacadémica susceptible de confundir a más de uno.

Defendía el libro que el aislamiento interuniversal no era del todo perfecto, ya que había suficientes indicios que permitían demostrar la existencia de determinadas perturbaciones provocadas por fenómenos tales como profundas distorsiones gravitatorias, titánicas emisiones de energía u otros fenómenos todavía más incomprensibles para la ciencia, producto de las cuales sería la aparición, de forma esporádica e impredecible, de “*cortocircuitos*” en forma de interconexiones incontroladas entre universos contiguos... algo similar a un cuchillo intentando cortar un hojaladre, según el gráfico ejemplo utilizado por el divulgador.

Estos vórtices metadimensionales, tal como los definía éste no sin una pizca de pedantería, aunque siempre limitados en su extensión espacial y asimismo en la temporal, podrían llegar a ser bastante intensos, o profundos, afectando a una gran cantidad de universos. En su radio de acción, postulaba, las leyes físicas más fundamentales se verían trastocadas de una forma muy peculiar y difícil de predecir, y probablemente habría intercambios aleatorios de materia y energía entre los diferentes universos implicados.

Huelga decir que su identificación con esa “*materia intercambiada aleatoriamente entre universos paralelos*” fue inmediata. Eso explicaba su extraña experiencia, sin duda... ¿o no?

Su euforia inicial, puramente intelectual puesto que el conocimiento del problema no le ayudaba en modo alguno a solucionarlo, dio paso poco después a una nueva etapa de escepticismo. Según creía entender -el distorsionado español del libro no ayudaba demasiado-, en el caso de un tránsito a otro universo simplemente se habría encontrado en un lugar extraño, pero tan real como el suyo de procedencia; lo cual no servía para explicar la existencia fantasmal y fluctuante en la que se veía atrapado.

El autor, como era de esperar, tras postular con mayor o menor fortuna su hipótesis acababa sumiéndose en divagaciones que tenían más de esoterismo que de verdadera deducción científica, ya que en realidad se limitaba a proponer distintos escenarios posibles acerca de las hipotéticas consecuencias provocadas por la acción de los famosos vórtices metadimensionales descritos con anterioridad. Y, puesto que en realidad carecía de la suficiente base científica para razonarlo de forma rigurosa, optaba por elucubrar libremente sin caer en la cuenta de que con ello incurría en una serie de severas contradicciones consigo mismo.

Aunque al parecer, esto no le importaba demasiado... y en realidad a él tampoco, máxime teniendo en cuenta que el libro le ofrecía todo un abanico de posibles *explicaciones* entre las cuales podría elegir aquella que mejor le pareciese. Y así lo hizo sin mayores problemas, máxime teniendo en cuenta que las conclusiones a las que llegaba el autor, si es que podía denominárselas de esta manera, eran lo suficientemente vagas como para permitirle moldearlas poco menos que a su antojo.

De esta manera, y gracias a la ayuda aportada por la lectura, pudo contar finalmente con su propia teoría que, si bien no tenía manera alguna de calibrar para corroborar su certeza, al menos le servía para explicar razonablemente bien su situación actual. Ciertamente no ignoraba que la historia de la ciencia estaba plagada de teorías que, pese a ceñirse a la perfección a los datos experimentales, habían acabado por revelarse erróneas, tal como ocurriera con el modelo geocéntrico de Claudio Ptolomeo, canónico durante más de mil años; pero dadas sus circunstancias, era muy poco probable que apareciera el equivalente a un nuevo Copérnico para enmendarle, así que a él le bastaba con lo que tenía.

Aparentemente, las interacciones entre los distintos universos podrían no ser tan nítidas como en un principio hubiera podido suponer, de modo que en las zonas de contacto se formarían unas fronteras difusas de cierto espesor, tanto espacial como temporal; aunque hablar de “*espesores*” en este contexto implicaba aplicar un concepto erróneo a algo cuya naturaleza le resultaba desconocida por completo.

Estas fronteras a modo de rebabas, provocarían un estancamiento de parte del flujo de materia y energía intercambiadas, las cuales, en vez de realizar limpiamente el tránsito, podrían quedar atascadas en tierra de nadie. Por supuesto, en este hiato las leyes físicas no sólo se verían perturbadas sino que, muy probablemente, colapsarían por completo, persistiendo tan sólo algún tipo de “*memoria*” momentánea como única urdimbre capaz de soportar esta fantasmagórica realidad.

Existía un símil, inspirado no en el libro, sino en sus lejanos recuerdos del bachillerato, que le hacía sentirse incómodo, por encontrarlo especialmente adecuado a su situación: el de un péndulo oscilando sin descanso de un extremo a otro de su trayectoria, siempre confinado en ella y obligado a volver una y otra vez sobre sus propios pasos; sombrío horizonte que le equiparaba a personajes mitológicos como Tántalo o Sísifo, víctimas de una maldición eterna y sin fin. O, por decirlo con mayor precisión, saltando aleatoriamente de una trayectoria a otra, describiendo un movimiento caótico que, pese a su imprevisibilidad, se hallaba constreñido dentro de unos límites a los que era incapaz de rebasar.

Pero lo más espantoso de todo, era no poder saber cuando esa tortura pudiera llegar a su fin, aunque fuera al precio de su propia desaparición; una desaparición cada vez más anhelada, por cuanto nunca podría ser peor que su actual muerte en vida. Pero si la distorsión afectaba, tal como indicaban todos los indicios, no sólo al espacio sino también al tiempo, pudiera ser que este último estuviera para él congelado, convirtiendo una simple fracción de segundo en toda una eternidad... lo que le privaría de poderse librar de tan cruel condena.

Su mente era un hervidero de pensamientos contrapuestos, y sus cambios de humor constantes. Días después -¿o habían sido años?- de concluir su teoría, en un arrebato

repentino arrojó contra el suelo el libro que con tanto cuidado había preservado consigo hasta entonces, convencido repentinamente de que todas sus elucubraciones habían sido en realidad espurias. Instantes después el libro, o quizá él, había cambiado de plano dimensional desapareciendo de su existencia para siempre... mas, ¿qué importancia tenía eso ya?

El tiempo, o mejor dicho, el no-tiempo, seguiría desgranándose inflexible e indiferente ante su tragedia. A él, desdichado émulo del Holandés Errante, tan sólo le quedaba el recurso de resignarse aguardando pacientemente la irrupción de un milagro que, de sobra sabía, no llegaría a producirse jamás.

LITERATURA MALDITA

Desde hacía muchos años, Miguel había sido uno de mis mejores amigos. Nos conocimos en el instituto, continuamos juntos en la universidad y, aunque tras licenciarnos nuestras carreras profesionales divergieron -yo me dediqué a la enseñanza y él a la investigación-, nuestra afinidad de caracteres, así como unos gustos y aficiones comunes, contribuyeron a anudar nuestra relación incluso después de que yo me casara, mientras él permanecía soltero.

Una de las aficiones que compartíamos era el común interés por la ciencia ficción. Ambos leíamos abundante literatura de este género, pero él además escribía tanto relatos -solía decir que era demasiado vago para atreverse con una novela- como ensayos y artículos de investigación, todos los cuales solía publicarlos tanto en Internet como en modestas editoriales semiprofesionales. Claro está que él no vivía de esto, sino que lo hacía por pura afición; medio en broma medio en serio, afirmaba con razón que escribir ciencia ficción en España era lo más parecido a predicar en el desierto.

En realidad Miguel gozaba de un relativo prestigio dentro del mundillo, sus relatos eran imaginativos y sus artículos sólidos y bien documentados; pero, como todos nosotros y él aún más en su faceta de escritor, no dejaba de estar encerrado en el reducido gueto de la ciencia ficción española. Y como no estaba dispuesto a someterse a moda alguna ni necesitaba ganar dinero con su pluma para comer, se limitaba a escribir tan sólo lo que le gustaba, con todo lo bueno y todo lo malo que acarrearía esta postura.

En el fondo -quizá yo fuera el único a quien se lo llegó a confesar- se sentía un tanto frustrado ya que nada le hubiera gustado más que ser el Asimov español, algo de todo punto imposible no tanto por su capacidad literaria, sino porque nuestro país no era evidentemente América, y la paupérrima industria editorial interesada por el género futurista contaba, por desgracia, con muy poco margen de maniobra.

Él era plenamente consciente de ello y no le creaba ningún trauma, habiéndolo aceptado con realismo. Lo que sí me consta que le escocía, aunque esto se lo callaba prudentemente, era su fracaso absoluto a la hora de ganar un premio literario, por modesto que fuese, tanto específico del género como abierto a la literatura general... y no sería porque no lo hubiera intentado una y otra vez, siempre sin resultado, hasta que acabó tirando definitivamente la toalla.

Pero Miguel se lo tomaba con deportividad, al tiempo que seguía escribiendo unos relatos y unos artículos que sistemáticamente me daba a leer antes de mandarlos a publicar. En cierto modo yo era su crítico particular, algo que ambos habíamos asumido hacía mucho de forma tácita.

Por esta razón, no me sorprendí cuando me comunicó que estaba dispuesto a abordar de forma inmediata su obra más ambiciosa.

-¿Por fin te decidiste a escribir una novela? -pregunté interesado.

-¡Oh, no! -respondió malicioso- Bueno, técnicamente sería una novela, pero en realidad se tratará de algo mucho más trascendente, algo sin parangón en la ciencia ficción mundial.

-¿Una saga? -aventuré, sorprendido.

-Eso sería una estupidez. -sentenció tajante- No sé ni de una sola de ellas que haya logrado mantener el nivel después de la segunda o tercera entrega. Además, jamás caería tan bajo.

-Pues tú dirás...

-Es sencillo. -explicó al tiempo que tomaba un sorbo de café; estábamos en el salón de su casa, totalmente rodeados por los libros de su excelente biblioteca- ¿Nunca te has parado a pensar en que la ciencia ficción es un género esencialmente especulativo, capaz de imaginar cualquier tipo de situación posible? Se trata de una característica sin parangón alguno en cualquier otro género literario.

-Bueno, sí... -titubeé sin saber muy bien a donde quería llevarme- de hecho, yo siempre he dicho que su gran virtud era su capacidad para imaginar y extrapolar; pero esto es algo de lo que ya hemos hablado en multitud de ocasiones, nada nuevo hay en ello.

-Yo iría todavía más lejos; -replicó- escondidos entre las páginas de los libros de ciencia ficción, es muy probable que estén no sólo los posibles futuros reales de la humanidad, sino también todo tipo de reflexiones sobre la condición humana y sobre nuestra misión en el universo. ¿Me sigues?

-Te sigo, pero... -aproveché la pausa mientras comía una galletita para poner algo de orden en mis ideas- ¿qué tiene que ver esto con lo que tú pretendes escribir?

-Pues bastante. ¿Conoces esa frase que afirma que desde Homero para acá ningún autor ha sido capaz de escribir nada original, limitándose a repetir arquetipos preexistentes?

-Hombre, me parece bastante exagerado. -objeté al tiempo que echaba un trago del excelente brandy de mi amigo- Estás relegando a gente de la talla de Cervantes, Quevedo o Shakespeare a la categoría de meros plagiarios...

-Yo no he dicho eso, -se encrespó- sino que los arquetipos básicos de la historia de la literatura están ya presentes en la cultura griega; puede que lo de Homero sea exagerado, pero da una idea bastante clara de la situación. Esto no quiere decir que los autores posteriores no fueran originales, sino que éstos se limitaron a reelaborar, a veces de forma genial, algo anterior a ellos; al fin y al cabo Cervantes no inventó los libros de caballerías con el Quijote. ¿No es evidente?

-Bueno, visto así... -concedí.

-Puesto que éste es un fenómeno que abarca a la totalidad de la literatura, la ciencia ficción no tendría que ser ajena al mismo; -continuó impertérrito- de hecho a mí en ocasiones me han acusado falsamente de imitar a Asimov, cuando nada estaba más lejos de mi intención que plagiar al Viejo Profesor o a cualquiera de mis otros escritores favoritos. No obstante, resulta innegable que yo he estado muy influido por él, algo que además nunca he negado. Y con todos los escritores, por supuesto, ocurre exactamente igual, y mentirá quien diga lo contrario.

-Conmigo no tienes por qué disculparte.

-Ya lo sé; además, no me estoy disculpando. Pues bien, si en vez de fijarme en Asimov lo hiciera en la totalidad, o al menos en el mayor número posible, de los autores de ciencia ficción, ¿qué resultaría?

Estuve a punto de atragantarme con el brandy ante la pintoresca pregunta de mi amigo. Finalmente pude articular, a modo de respuesta:

-Mucho me temo que un berenjenal impresionante...

Miguel me fulminó con la mirada.

-No digas estupideces. -me espetó- No me refiero a hacer un revoltijo de cualquier manera, sino a seleccionar. Por supuesto la mayor parte del material no serviría para nada, sería simple basura, pero entresacando sería posible obtener la suficiente información útil para formar con ella mi OBRA -juro que lo dijo con mayúsculas.

-Vale, acepto que esa metodología podría resultar correcta. -concedí en tono conciliador- Pero, ¿te has parado a pensar cuánto tiempo te llevaría eso? Necesitarías toda una vida para llevarlo a cabo en la magnitud que planeas, y aun con eso lo más probable es que no fuera suficiente. Así pues, en la práctica ¿qué más te da?

-Te equivocas de plano. -era tal su excitación que se incorporó de su asiento para encararme mejor- Tengo la herramienta adecuada.

-¿Cuál? -mi perplejidad era auténtica.

-¿Cuál va a ser? Un programa informático, por supuesto.

Y me lo explicó. Gracias a sus contactos académicos había conseguido una copia de un programa experimental capaz de realizar profundos análisis semánticos de cualquier texto literario, gracias a los cuales podía obtenerse un resumen del mismo sin necesidad de leerlo. No, no se trataba de simples reseñas del tipo de las que se pueden encontrar en cualquier revista literaria, sino de algo mucho más profundo e interesante, la propia esencia -en palabras de Miguel- de la obra en cuestión.

Pero el programa era capaz de ir todavía más lejos clasificando sus distintas “lecturas”, comparándolas entre sí, suprimiendo las discrepancias y elaborando finalmente una especie de síntesis de todo lo leído... casi nada.

Mi amigo, huelga decirlo, estaba literalmente entusiasmado con su juguete. Según decía, los autores del programa -“unos ingenieros cabezas cuadradas que no veían más allá de sus narices”- no eran conscientes de las potencialidades de su creación, que ellos habían concebido como un simple metatraductor de idiomas pero no como un analizador de contenidos semánticos, que era precisamente el uso que pretendía darle éste.

Y material con el que alimentarlo no faltaba... para empezar Miguel contaba con su bien surtida biblioteca y con todo lo que pudiera pillar, que era bastante, en internet. Y luego... ni siquiera el idioma sería un problema, ya que por su propia naturaleza el programa era capaz de leer textos escritos en un buen puñado de lenguas distintas, de hecho prácticamente todas las principales a nivel mundial o, cuanto menos, occidental, porque en realidad la ciencia ficción escrita en chino mandarín o en bengalí en principio no le interesaba demasiado. Con poder disponer del inglés, el francés, el alemán, el italiano, el polaco y el ruso, además claro está del español, tenía ya más que suficiente.

De hecho, su único trabajo físico sería el de digitalizar todas las obras de las que no dispusiera en versión electrónica, algo trivial para él dado que tenía previsto pedir una larga excedencia y no pensaba dedicarse a otra cosa, tarea para lo cual se había comprado uno de los más potentes ordenadores del mercado. Bueno, ese y el de seleccionar las obras con las que “alimentar” al programa.

Yo, sinceramente, no acababa de creérmelo. Que un programa informático, por muy sofisticado que pudiera ser, fuese capaz de deconstruir un libro como si de una tortilla en manos de un cocinero excéntrico se tratara, me sonaba, nunca mejor dicho, a ciencia ficción... pero cualquiera le llevaba la contraria a Miguel. Yo, desde luego, no pensaba hacerlo.

En realidad estaba convencido de que mi amigo estaba obnubilado, pero con ello no hacía ningún daño a nadie... y ya se le pasaría.

Me equivocaba de plano, aunque eso no lo sabría hasta mucho más adelante. La velada terminó con una despedida cordial y la promesa por mi parte de prestarle algunos de los libros más preciados de mi biblioteca para que pudiera digitalizarlos, así como mi considerable colección de modestos *bolsilibros* ya que, en lo tocante a la ciencia ficción, todo le valía. Ante mis lógicas reticencias por el temor a que alguno de los ejemplares pudiera resultar dañado o desencuadernado, me aseguró que disponía de un escáner específico para libros -a saber cuanto le habría costado el capricho- capaz de tratarlos con toda delicadeza por muy frágiles que pudieran ser. Así pues, aunque a regañadientes, no pude negarme a sus pretensiones.

Pasó algún tiempo. Miguel se había enclaustrado en su casa, y cuando le llamaba de vez en cuando para saber de él, su única respuesta es que seguía trabajando en su quimera y que el plan seguía adelante sin incidencias dignas de mención. Intenté aprovechar una visita que hice a su casa, a recoger mis libros ya digitalizados, para obtener más información, pero todo fue en vano. Miguel no soltaba prenda, prometiéndome eso sí -algo es algo- que yo sería el primero con el que compartiría sus resultados. Mientras llegaba el momento, no me quedaba otra opción que la de esperar.

Yo, la verdad, distaba mucho de tomármelo en serio, pero pese a todo me picaba la curiosidad. Asimismo, no podía evitar el recuerdo del conocido relato de Clarke que, con el título de "*Los nueve mil millones de nombres de Dios*", describía cómo unos monjes tibetanos habían pretendido desentrañar, con el auxilio de un potente -para la época- ordenador el verdadero nombre oculto de Dios merced a una serie de combinaciones de letras de su alfabeto.

Claro está que los monjes de Clarke lo que buscaban era nada menos que el fin del mundo, el cual tendría lugar cuando el verdadero nombre de Dios fuera al fin pronunciado, mientras las pretensiones de Miguel eran mucho más modestas, limitándose a querer escribir la obra de ciencia ficción definitiva que le permitiera traspasar las esquivas puertas de la gloria literaria.

En cualquier caso, me dije, el único resultado final sería una novela probablemente ni mejor ni peor -más bien esto último- que otras muchas, para decepción del pobre Miguel... pero no se podía hacer nada por intentar convencerlo, salvo esperar a que se desengañara por sí mismo.

Y esperé o, mejor dicho, llegué a olvidarme casi del tema. Hasta que un día, cerca de un año después, me encontré con un mensaje suyo en el buzón de voz del teléfono móvil que, por variar, me había olvidado de conectar.

En él me manifestaba, de forma atropellada, su deseo de que nos reuniéramos en su casa para mostrarme el resultado de su experimento. Ciertamente se le notaba

entusiasmado, y así me lo hacía saber insistiendo en la extrema importancia de lo logrado.

Esa tarde yo no tenía nada especial que hacer, así que tras advertir a mi mujer de que posiblemente llegaría tarde, me dirigí a su domicilio. Para sorpresa mía -me había dicho que no pensaba salir de casa en todo el día- no respondió al portero automático, ni tampoco me abrió la puerta cuando gracias a un vecino pude acceder al portal.

Era raro dado el interés que había mostrado en verme, pero tampoco tenía nada de excepcional; con toda seguridad le habría surgido un imprevisto a última hora obligándole a abandonar su vivienda. Así pues no me preocupé demasiado, lamentándome tan sólo de haber tenido que cruzar media ciudad para nada.

Esa misma noche le llamé al teléfono fijo sin que él lo cogiera. Acto seguido lo intenté con el móvil, que estaba “desconectado o fuera de cobertura”. Esto comenzaba a ser algo extraño, pero tampoco resultaba insólito. Al día siguiente volví a intentarlo de nuevo en los dos teléfonos, también sin resultado, lo cual ya comenzó a alarmarme. Miguel no tenía motivos para ausentarse durante tanto tiempo de su casa, máxime cuando no trabajaba -seguía en excedencia- y no tenía ningún motivo para ir a otro lugar.

Tres días después seguía sin dar señales de vida. Me estaba planteando acudir a la policía cuando llegó el mazazo: su cadáver había sido descubierto por la policía cuando los vecinos, alarmados por el mal olor que emanaba de la casa, se habían adelantado a mi iniciativa.

Según dictaminó la autopsia el fallecimiento se había debido a un infarto fulminante, pese a que su salud era perfecta y tan sólo unos meses antes había pasado satisfactoriamente una completa revisión médica.

Tardé bastante en recuperarme del golpe, y por supuesto me olvidé por completo de su llamada. Miguel no tenía familia cercana, tan sólo unos primos que vivían en otra ciudad, por lo que muy a mi pesar me vi en la obligación de asumir un protagonismo no deseado en los desagradables trámites legales que siguieron a su muerte. Una vez que mi desventurado amigo recibió sepultura intenté desentenderme del tema, pero mi sorpresa fue mayúscula cuando se me comunicó que figuraba como heredero suyo.

Concretamente me dejaba su biblioteca y toda su producción literaria, básicamente conservada en su ordenador. Por esta razón, y de común acuerdo con sus parientes, beneficiarios del resto de sus bienes, procedí a llevármelo a casa junto con un considerable número de paquetes repletos de libros.

Durante algún tiempo lo tuve todo arrinconado en el trastero ante la falta material de sitio para ponerlo, y no fue sino hasta bastante después, buscando unos relatos suyos que me habían pedido para una antología, cuando caí en la cuenta de que su trabajo póstumo, aquél por el que había mostrado tanto entusiasmo, debería estar guardado allí.

Conecté el ordenador y procedí a buscarlo. Sí, allí estaba la totalidad de sus trabajos, perfectamente ordenados y catalogados... pero faltaba éste. Sorprendido insistí en su búsqueda, convencido de que tendría que estar allí; pero no existía ni el más mínimo vestigio de su existencia.

Eso era algo muy extraño. Miguel se había dedicado en exclusiva a él durante varios meses, y el mensaje del móvil no dejaba la menor duda de que lo había terminado. Pero, ¿dónde estaba? Parecía como si se hubiera esfumado del disco duro sin dejar el menor rastro.

Y no sólo la novela... poco después caí en la cuenta de que también faltaba el programa de análisis semántico que había utilizado para escribirla. Cada vez más intrigado, recurrí a mis modestos conocimientos informáticos para intentar recuperar la información perdida, por supuesto sin el menor resultado. Recurrí entonces a los servicios de una empresa especializada en la recuperación de datos borrados, la cual encontró tan sólo una ingente cantidad de basura informática sin el menor interés, pero ni rastro de lo que yo buscaba.

Ha pasado el tiempo, y hace ya mucho que desistí de seguirlo intentando. Incluso he llegado a desear que todo hubiera sido tan sólo fruto de mi imaginación, pero soy consciente de que eso es imposible. Tengo la certeza de que esa novela existió, pero... ¿dónde está?

En ocasiones, cuando la bruma que constituye la delgada frontera entre la vigilia y el sueño se adueña de mi mente, padezco alucinaciones -no sé definir las de otra manera- en las cuales Miguel aparece como la víctima de una conspiración tramada para evitar que ciertos conocimientos peligrosos pudieran quedar al alcance de la humanidad; conocimientos que siempre habrían estado allí siendo utilizados de forma fragmentaria por algunos escritores de ciencia ficción, pero lo suficientemente dispersos como para no resultar preocupantes.

La desgracia de Miguel habría sido su empeño en recopilar toda una serie de especulaciones que, todas reunidas, habrían revelado algo que “ellos” deseaban que permaneciera oculto, razón por la que habrían provocado su muerte -camuflada bajo unas causas naturales- con objeto de silenciarlo para siempre. Asimismo, habrían hecho desaparecer todas las pruebas comprometedoras tan minuciosamente reunidas por mi infortunado amigo.

Y he aquí mi temor. Nada sé de lo que pudo encontrar Miguel rastreando entre todo lo imaginado por los escritores de ciencia ficción, pero sospecho que existe algo que alguien no quiere que se sepa... y con toda probabilidad, “ellos” saben que yo lo sé.

¿Corre mi vida peligro como lo corrió la de Miguel? Lo ignoro, y aunque no tengo la menor intención de repetir su trabajo, no puedo evitar que el temor invada mi mente.

¿Vendrán a por mí pese a mi firme voluntad de no remover aquello que no ha de ser removido? O, por el contrario, ¿me dejarán en paz convencidos de que soy inofensivo? Ojalá sea así.

Ojalá.

ANIMULA VAGULA

Animula vagula, blandula
hospes comesque corporis,
quae nunc abibis in loca
pallidula, rigida, nudula,
nec, ut soles, dabis iocos.

*Pequeña alma, tierna y errante
huésped y compañera de mi cuerpo,
en qué lugar morarás ahora
pálida, rígida y desnuda,
incapaz ya de jugar como solías.*

Publio Elio Adriano (76-138)

Se encontraba profundamente dormido cuando el estridente zumbido del despertador vino a interrumpir de forma brusca su sueño.

Bostezando, a la par que maldecía al antipático instrumento se revolvió en la cama para apagarlo lo antes posible, al tiempo que aprovechaba para encender la lámpara de la mesilla.

Tras parpadear para habituar sus ojos a la luz, miró en torno suyo. Se encontraba en un dormitorio amueblado de forma convencional sin nada de particular, constató con alivio.

Incorporándose en la cama, fijó su atención en el cuerpo que yacía a su lado... su “esposa”, según todos los indicios. Era ésta una mujer de mediana edad y aspecto anodino, lo cual le tranquilizó todavía más; según su particular y subjetiva teoría de las compensaciones, un inicio de día poco apetecible solía preludiar una buena jornada... aunque no siempre. No obstante, dadas las circunstancias con eso se conformaba.

El espejo del cuarto de baño le permitió apreciar su aspecto de esa mañana: no era del todo malo, un hombre de mediana edad de rostro despierto y acentuada calvicie. No llevaba barba, constató con desagrado, lo cual le obligó a afeitarse con una incómoda maquinilla eléctrica a la que no estaba acostumbrado.

Su “esposa” continuaba durmiendo cuando volvió al dormitorio para vestirse; mejor así, se dijo, ya que esto le evitaba las enojosas explicaciones cotidianas que tanto le desagradaban. Como pudo comprobar no parecía haber más personas en la vivienda; mejor así, menos estorbos.

Desayunó lo que encontró en la cocina -no estaba mal del todo-, cogió las llaves del coche y bajó al garaje. Esto era algo a lo que no acababa de acostumbrarse; pese a que cada día despertaba en un lugar distinto, siempre desconocido, y dentro de un cuerpo ajeno, el cerebro de su ocasional anfitrión siempre solía suministrarse sin problemas toda la información que necesitaba para su desenvolvimiento... aunque, evidentemente, no ocurría lo mismo con sus recuerdos ni con su personalidad, que le permanecían vedados.

El coche tampoco estaba mal del todo, lo que vino a corroborar su impresión de que el día sería bueno. La rutina, esa rutina ajena que dominaba sus pasos, le llevó a una oficina donde resultó ser uno de los máximos responsables; no era desagradable, y fue capaz de desenvolverse con relativa soltura pese a que su formación académica y laboral nada tenía que ver con el ámbito empresarial... ésta era una más de las paradojas de la nueva era.

Sentado en su ocasional despacho, y aprovechando la momentánea soledad que le proporcionó la pausa del café de media mañana, reflexionó amargamente sobre su vida... la misma que se repetía de forma inexorable día tras día desde hacía ya tanto tiempo que apenas si recordaba cuando ésta se desgranaba con aburrida monotonía.

Claro está que el hecho de que la gran perturbación hubiera afectado a la totalidad de la población del planeta le ayudaba un tanto a conllevar tan insólita situación con un razonable grado de resignación.

Había ocurrido, de forma súbita y sin ningún tipo de aviso previo, varios meses atrás, cuando una mañana como otra cualquiera todo el mundo despertó de forma inesperada dentro de un cuerpo que no era el suyo... sin tener apenas tiempo para poder asimilar tan radical cambio en sus vidas, puesto que a la mañana siguiente volvieron a aparecer en otro distinto... y así día tras día, sin que hubiera el menor indicio de que tan alocados tránsitos pudieran llegar a tener fin.

En contra de las predicciones más agoreras, que se apresuraron a augurar el colapso inmediato de la civilización, éste no se produjo. Por supuesto hubo un período de desconcierto inicial, no podía ser de otra manera, pero con sorprendente rapidez la humanidad había logrado adaptarse mal que bien a su nuevo estado, demostrando poseer una flexibilidad insospechada hasta entonces, incluso para los más optimistas. Al fin y al cabo, siempre había alguien al frente de cada puesto, y tal como había comprobado personalmente, a los forzados “huéspedes” les era posible desempeñar con mayor o menor acierto sus cambiantes cometidos diarios gracias a algún tipo de “memoria residual” que persistía en los cuerpos, independientemente de quien fuera su ocupante circunstancial.

Él mismo había desempeñado todo tipo de labores no sólo dispares, sino asimismo ajenas a su experiencia previa, logrando salir siempre razonablemente airoso de ellas. Un día fue bombero, otro sacerdote, otro profesor, otro periodista de televisión -toda una experiencia-... así hasta perder el recuerdo de sus sucesivos y dispares avatares.

No obstante lo errático y azaroso de tales “reencarnaciones” cotidianas, se había logrado apreciar ciertas pautas generales en las mismas que parecían excluir que se tratara de un fenómeno casual. Así, las transmigraciones diarias parecían estar limitadas por unos parámetros básicos que jamás rebasaban, tales como eran las culturas, el sexo y, dentro de cierto margen, la edad, de forma que un varón europeo de mediana edad, póngase por caso, jamás se “reencarnaría” en una anciana china o en un niño somalí, lo cual interpretaban algunos como una manera práctica de evitar las graves disfuncionalidades que acarrearían unos saltos tan bruscos. Sí podía ocurrir, por el contrario, verse de repente en otro país hablando con toda soltura un idioma del que no se conocían ni los rudimentos... para olvidarlo tan sólo un día más tarde.

Otro factor que no tardó en descubrirse, fue que la muerte no se había visto afectada en absoluto por el fenómeno de las transmigraciones masivas; la gente seguía falleciendo exactamente igual que antes, y quien tenía la mala suerte de aparecer en un cuerpo que moriría aquel día, simplemente desaparecía para siempre de forma irreversible... lo que convirtió a los suicidios en un problema insólito e insospechado.

En el otro extremo, y aunque por razones obvias era algo que no se podía comprobar con certeza, había fundadas razones para sospechar que los saltos de cuerpo a cuerpo tenían lugar ya desde el mismo momento del nacimiento, si no incluso desde antes cuando los neonatos permanecían todavía dentro del seno materno.

Como cabe suponer, los primeros días de los nuevos tiempos estuvieron dominados por el caos, pese a lo cual la gente comenzó a habituarse -y a resignarse- poco a poco a su nueva situación. Y aunque en un principio se cometieron excesos de todo tipo, ya que hubo quienes consideraron que ese borrón y cuenta nueva diario era una excelente manera de eludir responsabilidades por su comportamiento, independientemente de lo censurable que resultara éste, pronto las aguas volvieron a su cauce demostrando, de forma fehaciente, que quien quisiera que estuviese detrás del fenómeno, si es que existía, no estaba interesado ni en el caos ni en la anarquía, sino en el sorprendente y complejo equilibrio dinámico - siempre creándose, siempre rompiéndose- que se había implantado como forzoso *modus vivendi* de la desorientada humanidad.

Claro está que, en tamañas circunstancias, todo intento de establecer cualquier tipo de relaciones sociales estaba indefectiblemente condenado al fracaso. ¿Cómo mantenerlas si cada mañana, con total y absoluta puntualidad, se cambiaba de forma irreversible de pareja, de familia, de amigos...?

El regreso de sus temporales compañeros de trabajo interrumpió sus cavilaciones. Obligado por la rutina laboral conectó el “piloto automático” -una habilidad que era capaz de ejercer la práctica totalidad de la errabunda población humana- y dejó que su cuerpo circunstancial se encargara de casi todo.

El final de la jornada de trabajo le planteó el mismo problema de siempre: los hábitos del cuerpo que ocupaba podían o no coincidir con sus propios deseos. En general existía una regla tácita que recomendaba dejar el cuerpo utilizado en las mismas condiciones y en el mismo lugar en que se había encontrado, de forma que el siguiente “usuario” pudiera ocuparlo en las mejores condiciones posibles. Claro está que no todos la cumplían, de hecho todavía recordaba cuando despertó en el banco de un parque público con una resaca monumental; pero por fortuna eso no era lo habitual, y él en concreto respetaba la norma lo mejor que podía.

El problema consistía en que su cuerpo deseaba volver enseguida a casa -al parecer su “propietario” original había sido una persona hogareña-, algo que a él no le apetecía teniendo toda la tarde por delante, ya que nada le disgustaba más que tener que trabar una conversación forzada con alguien desconocido y no necesariamente afín -su “esposa” de aquel día- a quien perdería de vista, probablemente para siempre, en el breve plazo de unas pocas horas.

Así pues decidió ir al cine, un hábito que había perdido desde mucho antes de que ocurriera la Gran Transmigración. La película era obviamente de antes de que las mentes comenzaran a saltar de un cerebro a otro; ya no se rodaba ninguna, salvo algún que otro extraño e impredecible ensayo vanguardista, ya que hacerlo se había convertido en la práctica en algo imposible a causa de los continuos cambios de la totalidad de los integrantes del rodaje. Y, aunque en otras circunstancias -las de antes- la película le hubiera entretenido, ahora le pareció artificial y totalmente ajena a la realidad actual; ¿cómo podía ser de otra manera?

De vuelta a “casa” tras haber cenado pronto en un restaurante -la bien provista cartera de su anfitrión le permitió reprimir los escrúpulos al saquearla-, volvió a sumirse en sus reflexiones asombrándose de lo difícil que se había vuelto la vida para los artistas, los escritores y, en general, para los creadores de cualquier tipo, condenados todos ellos a realizar sus obras en el efímero plazo de un día... por no hablar ya de los científicos o los investigadores. Aquí la “memoria residual” no funcionaba, dado que la creatividad dependía del espíritu y éste se veía forzado a cambiar de receptáculo cada veinticuatro horas.

Por fortuna para él no era ese su problema, aunque como persona aficionada al arte y la cultura no podía dejar de lamentarse por semejante colapso... aunque, bien mirado, éste era el menor de sus problemas actuales, y eso que no era de los que más había perdido ya que, soltero y sin familia, lo que echaba realmente en falta era su buen trabajo anterior a la Gran Transmigración, que le había permitido llevar una vida razonablemente cómoda y agradable. Ahora, sin embargo... bueno, dependía de los días, por fortuna no siempre eran malos.

Su “mujer”, quienquiera que fuese, no estaba en casa cuando él llegó; mejor para ambos. Puesto que había cenado en el restaurante se limitó a tomar un vaso de leche que, por un prurito de buena educación, fregó una vez terminado. Sin otra cosa que hacer -en la casa no había libros interesantes, ni un solo disco de música clásica-, optó por ponerse frente a la televisión.

Paradójicamente la programación no se había visto demasiado afectada con el cambio, lo que decía bien poco de la creatividad de los programadores justo antes de que tuviera lugar éste. La oferta se reducía a programas antiguos enlatados, películas, montones de telebasura -ésta actual-... por supuesto los informativos brillaban por su ausencia, ya que hubiera resultado inútil pretender mantenerlos. Además, a estas alturas ¿a quién le interesaban todavía las noticias?

Al rato estaba tan aburrido que, tras apagar el aparato, decidió irse a dormir a pesar de que todavía era temprano y apenas tenía sueño. Tras explorar la casa, cosa que no había hecho por la mañana, optó por hacerlo en el pequeño dormitorio de invitados, ya que no le apetecía lo más mínimo compartir el lecho con una desconocida... pese a que lo hiciera de forma involuntaria la noche anterior. Sabía que muchos aprovechaban para mantener relaciones sexuales sin posteriores compromisos que les pudieran atar, pero eso era algo que nunca había ido con él incluso cuando las circunstancias eran tan favorables.

Pese a acostarse, y tal como temía, no pudo conciliar el sueño. Mil y una ideas le rondaban por la cabeza, y muy pocas de ellas resultaban ser placenteras. Envidiaba cada vez más a aquellos, la mayoría, capaces de asumir su nueva y cambiante situación sin cuestionarla siquiera, cual corderos camino del matadero ignorantes de su incierto futuro. Él, por el contrario, pese a verse resignado a aceptar lo inevitable, se resistía a dejar de pensar, lo cual le conducía a incómodos callejones sin salida.

¿Quién era el cruel titiritero que, desde detrás del decorado, movía impasible los hilos de la doliente humanidad? ¿Acaso un Dios sádico que disfrutaba jugando con el fruto imperfecto de su creación? ¿O habrían sonado ya las trompetas del Juicio Final, siendo éste el infierno al que todos ellos habían sido condenados para toda la eternidad? Aunque quizás fuera tan sólo una pesadilla de la que despertaría cualquier día, quedándole de la misma tan sólo un desagradable y desazonador recuerdo.

Más de una vez había pensado en el suicidio, el cual, paradójicamente, casi había desaparecido por completo de la faz de la Tierra. ¿Para qué quitarse la vida si la Rueda de la Fortuna, esa acertada metáfora imaginada por los pensadores medievales, daba siempre un giro cada veinticuatro horas? El famoso aserto de que no había mal que cien años durase había cobrado una estremecedora tangibilidad; de hecho, tan sólo duraba un día.

Pero él pensaba. Sin embargo no se suicidó, nunca se suicidaría, aunque por motivos muy diferentes a los que impedían hacerlo al grueso de la gente. Nunca lo entenderían, pero tampoco pretendía que lo hicieran. Le bastaba con entenderlo él.

Después de un período de tiempo indeterminado, acabó quedándose dormido. Varias horas más tarde, el estridente zumbido del despertador vino a interrumpir de forma brusca su sueño.

EL POSTRER CASTIGO

Agonizaba. Completamente solo, tal como había elegido vivir. Y ahora se estaba muriendo, sin arrepentirse de todo el mal que había causado lo largo de su vida, que había sido mucho, y sin lamentar lo más mínimo haber sido lo que comúnmente se conoce como una mala persona. Muy mala persona.

Tampoco eso le preocupaba. Descreído desde siempre, el temor al castigo eterno era algo que le traía completamente sin cuidado, ya que tras exhalar el último suspiro tan sólo esperaba oscuridad y vacío. Únicamente lamentaba verse obligado a echar el telón a su existencia por cuanto esto le privaría de seguir disfrutando de los beneficios que le había proporcionado ésta.

Pero las cosas no fueron como él esperaba. Para su sorpresa, en la solitaria habitación y ante su lecho se materializó una figura antropomorfa a la que no le fue posible identificar como ángel, demonio o, simplemente, la personificación de la Muerte.

En un principio pensó que se trataba de una alucinación previa al colapso definitivo de su cuerpo, razón por la que intentó apartarla de las brumas que comenzaban a velar su mente. Pero pronto pudo comprobar que no se trataba de un ensueño sino de un ente real, aunque no por ello necesariamente tangible.

-¿Quién eres? -preguntó con fatigada voz al visitante, más irritado que temeroso.

-Soy... -respondió éste con voz cavernosa-. En realidad, esto no importa demasiado. Bástate con saber que soy tu Némesis, y que mi misión es la de castigarte por tu maldad.

-¿Un demonio? -se burló el moribundo-. Lamento desilusionarte, pero nunca creí en el infierno.

-Te equivocas. En realidad careces de conceptos capaces de hacerte comprender quien soy yo y de donde vengo, aunque aciertas al suponer que nada tengo que ver con lo que secularmente ha predicado tu religión. Pero eso no quiere decir que no seamos reales, como real será también tu castigo.

-¿Qué pretendes...? -pese a su impostado cinismo, el yacente comenzaba a sentirse atemorizado.

-Ya te lo he dicho. He venido a castigarte.

-Me temo que llegas tarde -respondió esbozando una carcajada-. Me estoy muriendo, y como nunca he creído en todas esas monsergas post mortem, difícilmente me vas a asustar

con amenazas de castigos eternos. Y por razones obvias, tampoco veo demasiado factible que intentes acelerar mi muerte.

-Es que yo no he venido para matarte -fue la desconcertante respuesta-, sino para evitar que mueras.

Tan insospechado giro tuvo la virtud de dejar perplejo al enfermo.

-¿Qué no quieres que muera? -exclamó excitado-. ¿Qué clase de castigo es ese? Además, ¿cómo vas a hacerlo? Estoy desahuciado.

-No quiero que mueras *ahora* -puntualizó el ente con suavidad-. En cuanto a tus preguntas, las respuestas son sencillas: a veces vivir puede resultar mucho más penoso que morir. Y no subestimes unos poderes que están muy por encima de tu capacidad de comprensión.

-Permíteme que siga dudando -porfió el agonizante-. Yo siempre he vivido muy bien, para mi fortuna, puesto que estaba libre de la mayor parte de las ataduras que atenazan al común de los mortales. A no ser... -titubeó, con un punto de temor- que tus poderes consistan además en infligirme enfermedades penosas o en condenarme a la miseria más absoluta, las dos únicas cosas que temo.

-De ningún modo. Te puedo asegurar que no sólo salvarás tu vida, sino que además, mientras vivas, gozarás de una excelente salud y de una situación económica desahogada. Y tampoco te sentirás acosado por ninguna perturbación externa, por lo que tu vida continuará siendo tan plácida como lo venía siendo hasta ahora.

-¿Hablas de castigarme, y me ofreces el paraíso? -se burló de nuevo-. ¿Dónde está el truco?

-No hay ningún truco. Simplemente, todavía no te he dicho en que consistirá el castigo -respondió, imperturbable, el ser.

Y tomando el mutismo de su interlocutor como una interrogación implícita, continuó:

-Hoy es el primer día del mes. Pues bien, desde este momento te anuncio que, para sorpresa de los médicos que te atienden, te recuperarás de forma milagrosa de esta enfermedad que casi te lleva a la tumba. Pero has de saber que el día de tu muerte está ya escrito, y que tendrá lugar también un día primero de mes. ¿Cuándo? Eso no lo sabrás, y en ello consiste precisamente el castigo: en la incertidumbre que te acometerá cada vez que un mes concluya, puesto que podrá acaecer bien al próximo o a cualquier otro... tu condena a muerte ha sido aplazada, pero no retirada. Y, al igual que quienes aguardan en el corredor de la muerte, nunca tendrás manera de saber cuando concluirá esta prórroga.

El enfermo, conforme asimilaba la sentencia, comenzó a sentirse aterrado.

-Te conocemos bien -continuó su implacable verdugo-. Por esta razón, elegimos el castigo que más daño podría hacerte, en justo pago por todo el mal que sembraste a lo largo de tu miserable vida. Vivirás angustiado sin saber cuando llegará tu hora, consciente de que cada primero de mes podrá suponer el final de tu existencia. Y te puedo asegurar que se tratará de una muerte penosa. Ciertamente, no se trata de una situación envidiable.

Sin despedirse siquiera aquel ser desapareció, dejándole en la soledad de sus temores. Y por primera vez en su vida adulta, lloró desconsoladamente.

REENCUENTRO

Era la primera vez en muchos años que volvía a su barrio. El barrio donde creciera y donde alentara sus primeras ilusiones, el barrio que marcó también las primeras cicatrices en su todavía joven vida. Apartado de él por los avatares no siempre gozosos del destino, retornaba ahora a él saboreando el sabor agridulce de sus estrechas calles, de sus vetustos edificios, de sus mil rincones que le traían a la memoria los vívidos recuerdos de la niñez.

Pese a seguir siendo el mismo el barrio estaba muy cambiado, más decrepito de lo que él recordara. Su decrepitud no era física; las casas no estaban más abandonadas que antes, bastantes de ellas habían sido remozadas e incluso había alguna nueva. Y las calles estaban arregladas y bien cuidadas. No, la decrepitud era de otro tipo más intangible, con las antiguas tiendas tradicionales trocadas en bazares, locutorios y diversos tipos de establecimientos exóticos traídos por a la numerosa población foránea venida de allende las fronteras no sólo geográficas, sino también culturales.

Él estaba allí de paso aprovechando una breve visita a su ciudad natal, y comenzaba a arrepentirse de su infantil compulsión. En realidad nada le ligaba ya a ese lugar, pero no obstante había querido aprovechar un tiempo muerto de varias horas para acercarse a aquel rincón semiolvidado de la gran urbe.

Pero ése ya no era su barrio, le costaba trabajo identificarse con él. Su casa ya no existía, reemplazada por un anodino edificio de viviendas con el inequívoco sello de la arquitectura feísta de las viviendas sociales, y las tiendecitas que tanto lo animaran habían desaparecido casi por completo.

Por esta razón le sorprendió vivamente encontrarse con una tienda dedicada, tal como campeaba en el rótulo, a la compraventa de juguetes antiguos. Él no recordaba que este establecimiento hubiera estado nunca allí, de hecho ni siquiera recordaba lo que había ocupado anteriormente ese local, pero la tienda tenía ese aspecto entre rancio y tradicional que sólo confiere la pátina del tiempo. No podía ser nueva, pero tampoco la recordaba como vieja.

Además, su condición de tienda especializada para coleccionistas chocaba de frente no sólo con el típico comercio tradicional de la zona, sino también con el nuevo. En realidad esa tienda no debería estar allí sino en algún otro barrio más noble de la ciudad, pero en una época en la que la mayor parte de esas compras se hacían por Internet, su ubicación física no importaba demasiado.

Espoleado por la curiosidad se acercó al escaparate. A través del sucio cristal pudo apreciar que el local era oscuro y estaba abarrotado de juguetes. Frente a él un tren eléctrico

desgranaba abúlico las vueltas de su breve y monótono recorrido, cruzando una y otra vez entre un oso de peluche, una caja de música y un juego de construcción que se alzaban en sus márgenes a modo de improvisados precipicios.

A la vista del modesto juguete, que ni siquiera pretendía recrear con realismo una locomotora y unos vagones reales, sintió que se le clavaba el aguijón de la nostalgia. De crío él había tenido un tren eléctrico similar que durante mucho tiempo había sido su juguete favorito, y todavía se lamentaba por no haberlo conservado. Sin pensarlo, en un arrebato súbito, entró en la tienda.

Le salió al paso un vejete de aspecto anodino que parecía haber envejecido a la par de su establecimiento, el cual le preguntó qué deseaba. Iba a responderle que ver trenes eléctricos -en realidad no tenía intención de comprarlos-, cuando la vista se le quedó clavada en una muñeca que se alzaba, entre otros juguetes de índole diversa, en la estantería que se apoyaba en la pared trasera, tras el mostrador.

No podía ser, se dijo sintiendo un estremecimiento,, era imposible que fuera ella. María, su primer y único amor, una chica del barrio con la cual llegó a tejer planes de una vida en común. María, la que le había dejado tras una discusión inicialmente trivial que se fue encrespando sin que ninguno de los dos fuera capaz de hacer nada por impedirlo. María, la que le había pedido que saliera de su vida dejándole anonadado y abatido. María, a la que había esperado durante algún tiempo, confiando en que las aguas se calmasen, tan sólo para saber por terceras personas -ella no tenía familia en el barrio- que se había marchado de la ciudad en busca de nuevos horizontes. María, de la que no había vuelto a saber nada desde hacía tantos años pero que le había marcado la vida de tal manera que, entrado ya en la cincuentena, seguía estando soltero.

Y ahora se encontraba, en el interior de una polvorienta tienda, con sus rasgos reproducidos en esa muñeca. No podía ser, no sólo era absurdo sino también incongruente; además, aunque él nunca había prestado atención a estos juguetes femeninos, sabía que, salvo excepciones, no solían inspirarse en personas concretas. Y desde luego, no le cuadraba que la María que él conociera hubiera sentido jamás la menor inclinación a trabajar de modelo de ningún tipo.

No obstante, su impresión fue tal que, olvidando su motivación inicial, respondió a su interlocutor:

-Deseo ver esa muñeca -indicó, al tiempo que la señalaba con la mano.

-¡Ah, esa! -respondió el comerciante cambiando su neutra expresión por una sonrisa-. Veo que sabe usted elegir. Es una auténtica joya, una muñeca de confección artesanal de la que se hicieron contados ejemplares, nada que ver con las fabricadas en serie por las grandes empresas del sector. Toda una golosina para los coleccionistas.

Dijo esto al tiempo que se la daba. Él la cogió con cuidado, casi con veneración, y se puso a observarla con detenimiento. Era María o, mejor dicho, una réplica en miniatura de ella, no le cabía la menor duda. Pese al tiempo transcurrido recordaba con nitidez los rasgos de la que fuera su novia, y éstos eran los mismos, hasta el último detalle, que veía reflejados en el pequeño juguete que sostenía entre sus manos.

-Le gusta, ¿verdad? -inquirió satisfecho el comerciante-. Según tengo entendido, refleja los rasgos reales de una muchacha de la época en la que fue fabricada; de hecho no hay dos iguales, dado que todas difieren entre sí al estar cada una de ellas inspirada en una chica distinta.

-¿Cuanto vale? -preguntó compulsivamente, dispuesto a hacerse con semejante tesoro costase lo que costase.

-¡Oh, lo siento! -en el rostro del vendedor la sonrisa se trocó en una mueca que pretendía reflejar pesar-. No está a la venta, forma parte de mi colección particular. Todos ellos -señaló con la mano la estantería de su espalda- están en exposición.

Y viendo su gesto de desconsuelo, añadió:

-Pero tengo otras muy parecidas que quizá le puedan interesar. Si es tan amable de acompañarme a la trastienda...

En realidad él no quería otra muñeca, quería solamente esa; pero obnubilado por el choque brutal con sus recuerdos, se dejó llevar mansamente al interior de la tienda.

Nunca volvería a salir de allí, al menos por sus propios pies.

Algunos días más tarde los escasos viandantes que cruzaban por la solitaria calle pudieron contemplar cómo en el lugar de honor del escaparate se alzaba una pareja de muñecos de delicados rasgos. Ella representaba a una joven no excepcionalmente atractiva, pero sí radiante en su lozanía. Él, por el contrario, aparentaba ser un hombre de mediana edad con un aspecto que se desviaba por completo de los parámetros habituales de los muñecos masculinos; de hecho, podría haber pasado casi por su padre.

Y sin embargo, ambos hacían una magnífica pareja.

EL LADRÓN DE PUERTAS

Últimamente volvía a casa con una puerta sobre la espalda. Era lógico, puesto que se trataba de un ladrón de puertas. Pero no de un ladrón normal, de esos que primero expugnan las puertas para poder desvalijar las casas; a él sólo le interesaban las puertas, y jamás tocaba nada del interior de éstas.

Porque él lo único que pretendía era privar a las casas de sus puertas, abrirlas a todos de manera que sus moradores no pudieran encerrarse en ellas viéndose obligados a hermanarse con sus vecinos, obligados a ser humanidad. A su modo era un idealista, y la manera de predicar su particular utopía era arrancando las puertas para, tras cargárselas sobre sus espaldas, acarrearlas hasta la orilla del río que pasaba por detrás de su casa y arrojarlas a él en un ritual purificador, contemplando con la satisfacción de la labor cumplida como las aguas aceptaban su ofrenda llevándola consigo hacia su lejano destino. Y esto le parecía bueno.

En un principio temió que le descubrieran y le impidieran continuar con su labor humanitaria, por lo que procuraba adoptar precauciones para realizar su tarea sin ser descubierto. Pero pronto descubrió que nadie se lo impedía y que, cuando le veían cargando con una pesada puerta, nadie le preguntaba, nadie le detenía ni nadie le ofrecía ayuda. En cuando a aquéllos a los que dejaba a su casa privada de puerta, se limitaban a sustituirla por otra más difícil de abrir, más difícil de arrancar, más difícil de olvidar.

Pese a ello, él proseguía incansable arrancando puertas y arrojándolas al río ante la indiferencia general. Pero cada vez le resultaba más difícil. El esfuerzo continuado iba minándole las fuerzas, y le resultaba más dificultoso liberar a sus conciudadanos de las prisiones en las que voluntariamente se hallaban encerrados. Y llegó un momento en el que hasta las propias aguas del río se negaron a seguir llevándolas al mar, abandonándolas en el almacén del olvido de su cenagoso lecho.

Fue entonces cuando el ladrón de puertas, agotado y apesadumbrado, acabó llegando a la conclusión de que de nada serviría seguir arrancando puertas, ya que la humanidad se resistiría a aceptar el beneficio que tan altruistamente le ofrecía. Así pues un buen día, convencido ya de la inutilidad de su tarea, fue él quien se ofrendó a las aguas, las cuales le acogieron amorosamente en su seno llevándole consigo hasta el lejano confín que a decir de los poetas es el morir.

DOMINUS DOMUS

I

José P. era un hombre solitario. Solterón en el sentido más literal de la palabra y sin familiares cercanos -era hijo único y sus padres habían fallecido hacía tiempo-, a sus cincuenta y tantos años y con un trabajo que no le exigía demasiados esfuerzos y le proporcionaba un sueldo que, aunque modesto, le permitía vivir con desahogo gracias a su frugalidad innata, podía decirse de él que, si no feliz, cuanto menos se sentía razonablemente satisfecho.

Sin llegar a ser asocial, José sí tenía un puntito de misantropía que le había llevado a encerrarse en su propio mundo, limitado pero más que suficiente para él. La práctica totalidad del tiempo que le dejaba libre el trabajo lo consumía en su casa, un piso que había comprado en un barrio de nueva construcción y vecindario tranquilo, algo que él valoraba por encima de todo, a cuyos cien metros cuadrados de superficie había convertido, si no en su castillo, al menos en un cálido y confortable refugio que le protegía frente a las inclemencias y las incomodidades del perturbador mundo exterior al que, para su desgracia, tenía que acudir todos los días a la espera de la todavía lejana jubilación.

Y no necesitaba más, bastándole con sus libros, sus discos y, desde hacía algún tiempo, la maravilla de internet que le había permitido desentenderse de la cada vez más lastimosa televisión, lamentando tan sólo no haber podido disfrutar antes de él. Pero se daba por contento con lo que tenía, y ni se le pasaba por la imaginación algo tan peregrino como visitar lugares ajenos aun tratándose de viajes de un solo día.

Aunque su vivienda contaba con tres habitaciones además de un espacioso salón, en realidad él tan sólo solía utilizar dos de ellas, el dormitorio teóricamente de matrimonio con una cama, eso sí, de dos metros por dos metros, ya que se había encaprichado con ella pese que toda su vida había dormido solo, y la pieza que había habilitado como despacho abarrotándola de estanterías y donde también había colocado el ordenador. En el salón, parcamente amueblado, tenía instalados el equipo de música y la cada vez más inútil televisión, mientras de la habitación restante había desaparecido tiempo ha la cama que pusiera inicialmente para atender a circunstanciales visitas -quien evita la ocasión evita el peligro- convirtiéndola en una peculiar mezcla de trastero y aliviadero de libros. Eso era todo, y no necesitaba más.

Si había algo que perturbara especialmente al bueno de José era cualquier alteración de su rutina diaria incluyendo todo tipo de molestias externas, desde una moto pasando a escape libre por debajo de su ventana, hasta el amortiguado alboroto de los nietos de los vecinos del piso de al lado. Así pues, no es de extrañar que aquella tarde de verano, tras

quedarse amodorrado frente al ordenador, le despertara el estrépito montado por los malditos críos.

Mascullando maldiciones se incorporó desde su incómoda postura con la intención de dirigirse al dormitorio o al sofá del salón, si no más protegidos frente al escándalo que le llegaba a través del tabique medianero, sí bastante más cómodos para echar una cabezada. Tras apagar el aparato de aire acondicionado, tenía ya la mano puesta en el picaporte cuando fue consciente de un detalle que hasta entonces le había pasado desapercibido: el ruido de gritos y carreras infantiles no parecía provenir del piso vecino, sino de su propio pasillo.

Descartándolo por absurdo, giró el picaporte y abrió la puerta... para darse de bruces con dos mocosos de piel atezada y ropas desgachadas que interrumpieron su frenético galope para contemplarlo con ojos desorbitados, antes de salir corriendo para buscar refugio en el dormitorio, que cerraron de un portazo.

Atónito a la par que profundamente irritado por tan inadmisibles invasiones de su territorio, José atravesó el pasillo a la carrera abriendo la puerta tras la que se habían encerrado los arrapiezos. Ésta, pese a su fundado temor de que hubieran podido echar el pestillo, cedió dócilmente a su empuje. Y si grande había sido su sorpresa al encontrarse a los intrusos en el pasillo, todavía mayor fue al descubrir su dormitorio convertido en una especie de campamento nómada, con varios sucios jergones repartidos por todo el recinto, una destartada mesa rodeada de una colección de sillas desparejas, diversos enseres y bultos ocupando el espacio que quedaba libre... y los críos estrechamente abrazados a la que debía ser su madre, mientras el padre se incorporaba con brusquedad de la silla en la que había estado sentado.

Fue entonces cuando se desató un pandemónium en el que intervino la totalidad de la familia, con los progenitores no menos espantados que sus retoños y un invisible bebé berreando a grito pelado. Por su parte José, que tampoco era especialmente valiente, dio media vuelta buscando el refugio del despacho... que encontró metamorfoseado, en los escasos segundos en los que había permanecido fuera de él, en un alojamiento similar al anterior, salvo que más pequeño, ocupado en esta ocasión por una pareja de jóvenes africanos -la familia anterior le había parecido sudamericana- y un niño de pecho que sostenía la madre en sus brazos. Sus queridos libros, su ordenador, sus discos... todos ellos habían desaparecido sin dejar el menor rastro.

Sin saber qué hacer José retrocedió de nuevo al pasillo probando suerte en la habitación restante, invadida también por unos intrusos, y en el salón, éste partido en dos por una manta que colgaba de una cuerda tendida de pared a pared y refugio, según pudo apreciar, de otras tantas familias. Hasta en la cocina, despojada de sus muebles y de buena parte del alicatado, habían sentado sus reales varios invasores. Y aunque el cuarto de baño

aparecía aparentemente libre de ocupantes, era tal su estado de suciedad y deterioro que a punto estuvo de hacerle vomitar.

Cada vez más aterrado y sin entender nada de lo que pasaba, José abandonó precipitadamente el infierno en el que se había convertido su casa y, cual alma que lleva el diablo, bajó las escaleras de dos en dos peldaños sin pararse siquiera a llamar al ascensor. Una vez en la calle, se encaminó hacia la cercana comisaría de policía buscando desesperadamente ayuda frente a un fenómeno que, por insólito, desbordaba por completo su capacidad de raciocinio.

II

-¿Quedamos para cenar?

-No puedo, estoy muy liada con el tema del fantasma del Espartal...

-¡Estoy harto de tu jefe! -estalló el muchacho-. No le basta con embaucar a la gente con las trolas que suelta en su programa, sino que además os explota inmisericordemente a todos los que trabajáis para él...

-Yo como gracias a esto... -le reprochó la chica con un hilo de voz-. Al menos, hasta que encuentre otra cosa mejor, y ya sabes como está el trabajo para los periodistas.

-No te estoy echando la culpa a ti, cariño -contemporizó-, demasiado es ya con verte obligada a aguantarlo. Pero también tienes derecho a disfrutar de tu propia vida fuera del horario laboral, y no creo que ese presunto fantasma se vaya a escapar porque retrases su búsqueda durante unas horas.

-No es eso, es que me he citado con un antiguo amigo de mi padre que fue policía, y hemos quedado esta tarde... me ha prometido proporcionarme algunos datos de interés para el caso.

Y viendo el gesto de desagrado de su novio, continuó:

-Podrías venir conmigo, y así te lo presento. Es un hombre muy agradable, seguro que te caerá bien. Y si no tardamos mucho, siempre podremos ir luego a tomar algo.

Un bufido fue la única respuesta, que la chica interpretó como un consentimiento tácito.

-Ya sé que no te gusta lo que hago, pero... -añadió a título de disculpa mientras se encaminaban a la cafetería donde había concertado la cita.

-Es que ese dichoso programa es una engañifa que debería estar prohibida -la interrumpió él-; tu jefe no es más que un charlatán de feria disfrazado de presunto investigador de fenómenos esotéricos que sólo existen en su imaginación. Y bien que vive el tío explotando la credulidad de la gente.

-Por favor, cariño, no seas tan racional; ya sé que eres de ciencias, que el método científico es el único que consideras aceptable, etcétera, etcétera; estoy harta de oírte decir. Y tienes toda la razón, pero toma esto no como algo serio, sino tan sólo como un inofensivo divertimento. ¿Acaso piensas que la gente se lo pueda tomar en serio? -y adelantándose a su previsible respuesta, añadió-. Sí, es probable que muchos sí lo crean, como creen en embustes tales como la astrología, la adivinación, los conjuros mágicos, los

ovnis, la homeopatía, los timos que prometen una ganancia rápida y fácil de dinero... la gente es así desde que el mundo es mundo, y nada podremos hacer por cambiarlo. A mí tampoco me gusta a título personal lo que hace mi jefe, pero he de reconocer que aporta un poco de alegría a mucha gente sin perjudicarla por ello ni cobrarle nada a cambio, puesto que el programa se financia con la publicidad.

-Está bien, pero volviendo a este caso concreto, no me digas que no es absurdo pretender que un fantasma se haya ido a aparecer en un piso patera de un barrio marginal... con sábana o sin sábana, siempre lo habían hecho en castillos, palacios y edificios de más empaque; vaya pérdida de categoría -concluyó con una carcajada.

-Precisamente es ahí donde radica la novedad del tema, en su faceta *moderna* -rebatió ella-; además, los testigos de su aparición fueron varias familias de inmigrantes bastante -la chica miró a un lado y a otro para asegurarse de que nadie pudiera oír sus palabras- incultos, a la par que muy supersticiosos. Según me dijo mi jefe, este colectivo podría ser el *target* ideal para aumentar la audiencia.

-No huele... -musitó él, recordando una frase atribuida al emperador Vespasiano relativa al dinero recaudado por los urinarios públicos que implantó en Roma-. En fin, te veo entrevistando a los *videntes*...

-Puedes estar tranquilo, no voy a pisar por allí aunque algunos compañeros míos ya lo hicieron, aunque sin demasiados resultados dado el hermetismo en el que se mueve esta gente. Las familias que ocupaban las habitaciones huyeron despavoridas en cuanto pudieron, y nadie de la vecindad supo o quiso dar razón de donde podrían parar ahora; según todos los indicios al menos parte de ellos eran inmigrantes ilegales, y lo que menos les interesaba era salir a la luz pública. Los vecinos también se mostraron extremadamente remisos a hablar del tema y costó mucho esfuerzo, así como una buena cantidad de dinero, arrancarles la poca información que conseguimos. También resultó de todo punto imposible localizar al propietario de la vivienda, aunque es de suponer que le haya cabreado bastante perder el dinero que cobraba a sus inquilinos, máxime cuando el piso ha quedado marcado, insisto en que esta gente suele ser muy supersticiosa, por lo que tardará mucho tiempo en poder alquilarlo de nuevo. Eso sin contar, claro está, con que previsiblemente se negaría a colaborar con el programa dada la publicidad negativa que esto acarrearía para sus intereses. Pero es lo que hay.

-Pues entonces...

-De ahí la importancia de la entrevista con este señor, ya que ha prometido proporcionarme información de primera mano siempre y cuando no esté protegida legalmente, ya sabes que con la nueva ley de protección de datos está el tema muy alborotado. Aunque lleva bastantes años jubilado sigue manteniendo contactos en su antigua comisaría que, según me dijo por teléfono, fue donde se denunció el asunto del que

aparentemente arranca la historia del fantasma... mucho antes de que tú y yo nacióramos, por cierto.

-Chica, vas a acabar intrigándome...

Pero ella, divertida por el repentino interés de su escéptico compañero, optó por dejarle con la miel en los labios remitiéndose a la entrevista en la que él también tomaría parte.

* * *

El ex-policía era un anciano de aspecto afable y mirada inteligente que recibió a la joven con cálidas muestras de cariño.

-Clarita, hija, cuánto tiempo sin verte... te has hecho toda una mujer -piropeó galante. Y dirigiéndose al chico, añadió-. Muchacho, te doy la enhorabuena; no sabes lo que vale esta chica.

Concluidas las presentaciones y cruzadas las pertinentes preguntas acerca de las respectivas familias -Clara había quedado huérfana de padre cuando todavía era una niña-, don Ramón, que así se llamaba el antiguo policía, abordó el tema que les había reunido explicando que, dado el fin para el que eran requeridos, tan sólo podría proporcionarle datos accesibles legalmente -al pronunciar el adverbio guiñó el ojo con complicidad- sin que, como era de suponer, se citaran tampoco las fuentes, ya que aunque a él no le afectara personalmente podría acarrear problemas a los compañeros que le habían ayudado y que todavía estaban en activo.

Garantizada la discreción, comenzó a hablar.

-Aunque vosotros sois demasiado jóvenes para recordarlo, el Espartal no fue siempre un barrio marginal; muy al contrario, cuando éste se construyó hará unos cuarenta años albergó inicialmente a un vecindario de clase media, y así se mantuvo durante bastante tiempo hasta que, a causa de determinadas circunstancias, comenzó a degradarse hasta llegar a la situación actual.

»En el piso donde tuvieron lugar las presuntas apariciones vivía entonces un señor... bien, no creo que haya problema en que deis sus datos personales, al fin y al cabo es algo que cualquiera podría averiguar consultando los padrones de la época. Lo importante es que vivía solo, ya fuera porque era soltero, viudo o divorciado, y al parecer tampoco tenía familia cercana.

»Una tarde hace treinta y cinco años, cuando yo era un joven agente recién destinado a la comisaría, llegó todo excitado denunciando que habían asaltado su casa y que todas las habitaciones estaban ocupadas por varias familias con muy malas pintas. Aunque no era frecuente, sí se daban entonces algunos casos de ocupación exprés de viviendas que, a

causa del excesivo proteccionismo de las leyes de la época, resultaban difíciles de recuperar por sus propietarios, que lo conseguían tan sólo al cabo de bastantes meses; eso sin contar con el estado en el que se las solían encontrar y con el más que previsible saqueo de los muebles y los objetos de valor que pudiera haber habido en su interior. Así pues, no era de extrañar su azoramiento.

»No obstante, sus explicaciones resultaban bastante incongruentes ya que, según nos dijo, la ocupación se habría producido estando él dentro, sin que fuera capaz de decir cómo no se había enterado del allanamiento, o que los muebles originales hubieran sido sustituidos por otros -habló de un hacinamiento de colchones y objetos de todo tipo, incluso cocinas portátiles- en el breve plazo que él permaneció trabajando en su despacho. De hecho lo que pensamos todos fue que el pobre hombre pudiera ser víctima de un trastorno mental, pero ante su insistencia el comisario decidió que uno de nosotros le acompañara a su domicilio aun a sabiendas de que, de ser cierto el allanamiento, poco se podría hacer de forma inmediata frente a los hechos consumados. Y el elegido fui yo.

»Dadas las circunstancias, he de reconocer que no me sorprendió en absoluto que nos encontráramos con que su casa estaba en perfecto estado y sin el menor rastro de haber sido invadida por extraños, tal como reconoció él mismo. Y, visto que pese a ello no se tranquilizaba, le llevé a un centro de salud, donde le diagnosticaron una fuerte crisis de ansiedad y le trataron con tranquilizantes, recomendándole que acudiera a su médico tan pronto como pudiera. Le llevé de nuevo a la casa y volví a la comisaría, eso fue todo.

»Evidentemente me olvidé pronto de esta historia, a la que no le di demasiada importancia; en el fondo no dejaba de ser una de tantas anécdotas con las que los policías tropezamos a lo largo de nuestra carrera. Pero tras tu llamada algo me vino a la memoria, por lo que pedí a un amigo que me hiciera el favor de consultar la base de datos de la comisaría, siendo una gran suerte que todavía se conservaran las copias de unas diligencias tan antiguas pese a que éstas habían quedado finalmente en agua de borrajas. Eso fue todo -concluyó, mostrando las palmas de las manos a sus interlocutores.

-¿Insinúa usted que el hombre que puso la denuncia pudiera haber sido el fantasma que aseguraron haber visto los ocupantes actuales de la vivienda? -preguntó la chica.

-La dirección coincide... y las versiones de ambas partes también, al menos en lo relativo al susto mutuo que se propinaron.

-Pero con treinta y cinco años de diferencia entre uno y los otros, según usted mismo acaba de decir -rebatí, escéptico, el chico-. Aparte de que, como antiguo policía, no creo que usted sea proclive a creer en fantasmas.

-No, por supuesto que no -reconoció el anciano ignorando el tono levemente mordaz de la apostilla-. Me he limitado a exponer unos hechos de los que fui testigo y que están

registrados en un documento oficial tan poco fantasioso como son las diligencias policiales. A partir de aquí cada cual puede sacar sus propias conclusiones, aunque dada la naturaleza del programa para el que trabajas, supuse que podríais tener un buen filón, de ahí que accediera a informarte.

-Y yo se lo agradezco infinito, don Ramón, al tiempo que lamento las molestias que le haya podido causar. En cuanto a la verosimilitud o no de la hipótesis que he planteado, tampoco a mí me corresponde especular sobre ella, ya que mi trabajo es sólo de documentación; eso se lo dejo a los guionistas.

-“*Que tienen una imaginación más que desbordada*” -pensó con ironía su novio, cuidándose mucho de decirlo en voz alta.

-Lo que me interesaría averiguar ahora -continuó ella- es si el dueño de la casa, me refiero al antiguo, pudo haber muerto en su domicilio en circunstancias, digamos, dramáticas o fuera de lo común...

El anciano sonrió y, abriendo una cartera de mano, sacó de ella un papel que desplegó sobre la mesa.

-Me tomé la libertad de hacerlo por ti; también tengo contactos en el Registro Civil, por lo que no tuve problemas en conseguir una copia del certificado de defunción. Aunque se trata de una información de libre acceso, a un particular siempre le suelen poner bastantes pegas, sobre todo si no conoce la fecha exacta de la muerte.

Y viendo las chispitas que brillaban en los ojos de la joven, continuó:

-Lamento decepcionarte, pero este buen señor vivió tranquilamente bastantes años más antes de que un prosaico infarto le mandara al otro barrio; y ni siquiera fue en su casa, aunque seguía viviendo en ella, sino en el hospital en el que había sido ingresado. No creo que te interesen demasiado sus avatares *post mortem*, aunque tampoco tuvieron nada de particular; conforme a lo establecido en su testamento fue incinerado y las cenizas inhumadas en un nicho de su propiedad en el cementerio municipal, donde todavía deben continuar ya que la concesión era para cien años.

-¿Y la casa? -preguntó el chico-. ¿Se sabe lo que ocurrió con ella?

-También he indagado eso -sonrió de nuevo don Ramón sacando otro documento de su cartera, en esta ocasión un certificado catastral-. Como veréis, todavía conservo el gusanillo de los viejos tiempos. Bien, resultó que nuestro fantasma putativo tenía suscrita una hipoteca inversa, ya sabéis, un contrato mediante el cual el beneficiario recibe una renta vitalicia a cargo de su vivienda, que pasa a ser propiedad de la entidad financiera tras su fallecimiento. Todo muy normal dadas sus circunstancias personales.

»Sin embargo, en esta ocasión la compañía que lo adquirió hizo un mal negocio, ya que para entonces el barrio había comenzado a degradarse y su valor en el mercado inmobiliario se acabó desplomando. Así pues no tardaron en deshacerse de él, que pasó por todo un rosario de compraventas hasta acabar en manos de su actual propietario, que optó por alquilarlo por habitaciones a familias de ¡hum! pocos recursos, una práctica habitual dado que éstas constituyen casi el único mercado potencial en estas zonas deprimidas.

-Don Ramón, no sabe cuanto se lo agradezco -le atajó la chica, consciente de que la conversación había terminado-. Y no le molesto más. ¿Puedo...? -preguntó señalando con la mano los documentos que reposaban sobre la mesa.

-Por supuesto que sí, niña -respondió éste entregándoselos-; ya te he dicho que se trata de documentos de acceso público, por más que algunos funcionarios especialmente celosos puedan no ponérselo demasiado fácil a la gente de la calle. Eso sí, te ruego que no digas a nadie que te los he proporcionado yo.

»¡Ah, por cierto, avísame cuando emitan el programa! Tendré mucho gusto en verlo - concluyó sonriente al tiempo que se levantaba para pagar la cuenta-. Y da muchos recuerdos a tu madre.

* * *

-¿Qué piensas? -preguntó ella una vez estuvieron de nuevo en la calle-. ¿Empiezas a creer en la historia del fantasma?

-Por supuesto que no; pero sí estoy empezando a suponer que pudiera tratarse de algún fenómeno extraño, por supuesto con una explicación racional aunque ésta resulte desconocida.

-Veamos la teoría del científico... -se mofó.

-Más que de científico -replicó él recogiendo el guante-, de aficionado a la ciencia ficción, que no es precisamente lo mismo.

-Y luego criticas a mi jefe... ¿qué diferencia hay entre lo que dice él y lo que dices tú, si en el fondo los dos venís a hablar casi de lo mismo?

-Mucha -respondió amostazado-. Yo no me lo tomo en serio, para mí es simple literatura. Si tú no dudas que Don Quijote, Romeo y Julieta o los Tres Mosqueteros son personajes imaginarios, ¿por qué ha de extrañarte que yo no crea en la existencia real de los extraterrestres o los viajes por el tiempo, por más que disfrute leyendo relatos de esta temática?

-¿Y qué te hace pensar que mi jefe se cree realmente lo que cuenta? -remachó con picardía-. Pero me habías prometido una explicación.

-Una explicación no, tan sólo una simple especulación. Como sabrás -era una suposición bastante gratuita, puesto que a Clara nunca le había interesado lo más mínimo este género literario-, en la ciencia ficción es muy habitual recurrir a los universos paralelos, o a los desplazamientos temporales...

-Entiendo -le interrumpió ella-. Recuerdo que una vez, cuando todavía era una cría, vi en la tele una película antigua en la que un portaaviones nuclear norteamericano viajaba misteriosamente al pasado enfrentándose a los japoneses en plena II Guerra Mundial... un rollo, por cierto, ya que al final no pasaba nada.

-No estás descaminada del todo. Se titulaba *El final de la cuenta atrás*, y planteaba una posible paradoja temporal jugando con la posibilidad de que su intervención pudiera desbaratar el ataque japonés a Pearl Harbor, cambiando así la historia... aunque al final no llegan a verse frente a la disyuntiva de atacar o no a la flota japonesa, ya que una nueva perturbación les devuelve oportunamente a su tiempo justo antes de que intentaran hacer nada, lo que no deja de ser un truco sucio de los guionistas para no pillarse los dedos.

»Pero no van por ahí los tiros -continuó-. En la película los protagonistas desplazados involuntariamente al pasado podían interactuar físicamente con la realidad histórica de 1941, ya que se encontraban allí de forma material. Por el contrario, en el caso de nuestro fantasma el contacto parece ser que fue mucho más intangible, ya que de no haber sido así los inmigrantes no le habrían calificado unánimemente de fantasma. Y aunque no podemos saber si para el pobre hombre sus inquilinos forzosos se le aparecieron también de forma inmaterial, cabe suponer que ocurriera lo mismo.

-¿Entonces? -Clara había aferrado a la presa, y no mostraba la menor intención de soltarla.

-Bien, se me ocurre una posible interacción accidental entre dos puntos concretos del tejido espacio-temporal, coincidentes en el espacio pero separados treinta y cinco años en el tiempo; una interacción que no habría sido total, sin contacto físico sino tan sólo visual, lo que explicaría el aspecto fantasmagórico con el que los ocupantes de la vivienda describieron a su antiguo propietario; algo así como cuando por un fallo de impresión nos encontramos en un libro con hojas sobreimpresas en las que el texto suplementario aparece difuminado y superpuesto al correcto. Este entrelazamiento habría sido además fugaz, lo que explica que al volver a su casa, acompañado de tu amigo el policía, todo hubiera vuelto a la normalidad. Pero el susto no se lo quitaría nadie.

-Oye, ¿sabes que es una historia estupenda? -exclamó ella entusiasmada, al tiempo que le estampaba un beso-. A mi jefe le va a encantar.

-Bueno, si sirve para que te suban el sueldo... pero recuerda que estamos hablando de ciencia ficción, no de un hecho real.

-¿Qué importa eso? Por cierto, ¿no teníamos pendiente una cena?

Y colgándose de su brazo, le arrastró cariñosamente en dirección a su pizzería favorita.

CRIMEN ¿Y CASTIGO?

Hablando en sentido estricto a L. M. no se le podía considerar ni ateo, ni tan siquiera agnóstico. En realidad su actitud frente a la religión se podría definir más bien como una mezcla de escepticismo y desinterés que daba como resultado una indiferencia absoluta frente a todo cuanto presentara un matiz, por pequeño que éste fuera, de índole religiosa.

En resumen la religión era algo que le traía completamente sin cuidado, lejos tanto de la militancia antirreligiosa de los ateos, que no deja de ser, desde su empeño en no creer, demasiado distinta de la actitud de los creyentes, como de la cómoda inhibición sin compromisos de los acomodaticios agnósticos.

L. M., pues, no se planteaba la posible existencia o no del Más Allá como algo en lo que mereciera perder tiempo, simplemente se desentendía por completo de esta cuestión que, a lo largo de toda la historia de la humanidad, había hecho correr ríos de tinta y, por desgracia, también de sangre. Como él acostumbraba a repetir siempre que se le preguntaba, tenía cosas más importantes por las que preocuparse.

Y una de ellas era sin duda la forma en la que se ganaba la vida. A su indiferencia religiosa se sumaban una falta total de ética y una carencia asimismo completa de empatía que le convertían en el egoísta perfecto, sin más interés que en aquello que le pudiera beneficiar de forma directa con independencia de las heridas y cicatrices que fuera dejando a su paso.

Para su fortuna, y a diferencia de otros muchos egoístas, era insensible tanto a la envidia como a la vanidad, lo que le libraba de la rémora de tener que estar siempre pendiente de los demás al tiempo que su mente fría y analítica le permitía planificar sus trapiondas de forma sistemática, tal como un ajedrecista desarrolla los movimientos de sus piezas, siempre en busca del beneficio final.

Así pues era un perfecto canalla en el que la falta de escrúpulos se veía potenciada por su pragmatismo a la hora de evitar actitudes viscerales tales como el ensañamiento o la venganza, satisfactorios quizá a corto plazo pero bastante inconvenientes a la larga al acabar convirtiéndose en un estorbo, y hasta en un obstáculo, a la hora de alcanzar la meta deseada.

Y como gozaba de una inteligencia brillante, pronto descubrió que podía convertirse en el perfecto parásito de una sociedad estupidizada y alienada a poco que se lo propusiera y sin riesgo de ser descubierto por los ineficaces -al menos frente a él- mecanismos de control desarrollados por ésta. Utilizando un símil biológico, podríase afirmar que se sentía completamente a salvo de los anticuerpos sociales -policías, jueces, periodistas...- que de forma tan tosca e ineficaz volcaban todos sus esfuerzos en controlar a los no menos toscos

e ineficaces delincuentes que al igual que él intentaban aprovecharse del prójimo, pero sin sus habilidades innatas.

Huelga decir que a lo largo de su *carrera profesional* -L. M. había doblado hacía ya tiempo el cabo de la madurez- sus éxitos fueron notables, al tiempo que los riesgos corridos en el desempeño de sus actividades delictivas no pasaron de ser virtualmente nulos. Incluso llegó a asesinar en alguna ocasión, aunque sólo cuando lo consideraba estrictamente necesario y los beneficios derivados del crimen -siempre perfecto, gracias a su virtuosismo- compensaban con creces el esfuerzo.

Y así pensaba seguir, invisible a los ojos de la sociedad, mientras le duraran las fuerzas, aunque gracias a su previsión -algo poco frecuente en los delincuentes- contaba con suficientes ahorros e inversiones para asegurarse una cómoda y desahogada vejez.

Volvamos al tema inicial. Dada su indiferencia religiosa, era de suponer la sorpresa que le causó, todavía más no estando habituado a ellas, la inesperada visita de un ángel, un ser que consideraba tan imaginario como las hadas, las ninfas o el dios Manítú.

En realidad fue él quien inconscientemente -los atavismos religiosos varias veces milenarios, quiérase o no, algo tenían que pesar- lo calificó como tal, ya que ni éste se identificó como integrante de las cohortes divinas, ni su anodino aspecto inducía a catalogarlo como tal; nada tenía el visitante de bello andrógino de luengos y blondos cabellos, resplandeciente túnica blanca y las inevitables alas emplumadas, sino más bien de uno de esos antiguos vendedores de enciclopedias que iban por las casas intentando rendir la plaza por extenuación. De hecho su aspecto no podía ser más anodino y, de habersele cruzado en el metro, apenas si le habría dirigido una fugaz mirada.

Pero se daba la circunstancia de que, lejos de llamar a la puerta de su casa como cualquier pelmazo civilizado, lo que la habría granjeado un portazo en las narices, éste se había materializado de repente frente a él, sentado cómodamente en uno de los sillones libres, cuando se disponía a ver una película en la televisión, lo cual no podía dejar de irritarle ya que llevaba francamente mal que le interrumpieran en sus actividades cotidianas.

Así pues su naturaleza sobrenatural parecía quedar fuera de toda duda, a no ser que alguien hubiera inventado la teleportación que tanto juego había dado siempre en la ciencia ficción. Pero no, L. M. solía estar bastante al tanto de los avances científicos y no le constaba que los investigadores hubieran logrado ir más allá del teletransporte de un simple átomo, algo que no parecía cuadrar demasiado bien con la hipótesis suscitada.

Claro está que, dado que no se ceñía al cliché tradicional, la naturaleza del visitante no tenía por qué ser necesariamente angélica; bien podría tratarse de un diablo camuflado que, por idénticas razones, hubiera dejado en el ropero los cuernos, el rabo, las pezuñas y el olor

a azufre, un viajero del tiempo e incluso algún extraterrestre despistado... porque desde luego lo que no era normal es que la gente se dedicara a aparecer de repente en tu casa sin siquiera anunciarse previamente.

Todas estas ideas pasaron por el cerebro de L. M. en apenas unos segundos y sin que el ángel, demonio o lo que fuera dijera una sola palabra, por lo que logró despejar sus dudas. Finalmente L. M. se recuperó lo suficiente de la sorpresa -su autocontrol era admirable, algo por lo demás imprescindible para su oficio- como para preguntárselo.

-¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

-Respecto a la primera pregunta -respondió el interpelado con una bien timbrada voz de barítono y recurriendo educadamente al usted- le diré que poco importa mi identidad, que por lo demás me resultaría difícil explicarle con palabras inteligibles. Baste con saber que soy un mensajero, y que he venido a traerle esto.

Dicho lo cual, en sus manos aparecieron dos libros primorosamente encuadernados, unos libros que L. M. hubiera jurado que un segundo antes no estaban allí.

-¿Es un ángel? ¿O acaso un demonio? -se atrevió a decir al fin.

-Ya le he dicho que no sería capaz de explicarle cual es mi naturaleza o, mejor dicho, usted sería incapaz de comprenderlo pese a su innegable perspicacia, y además eso importa poco. Considéreme ángel o demonio si le resulta más cómodo identificarme con un arquetipo que le sea familiar, pero igualmente podría servir cualquier otro personaje que se le pueda ocurrir. Lo único importante son estos libros -insistió éste entregándole los volúmenes.

Y viendo que L. M. se apresuraba a abrir uno de ellos, se lo impidió con un imperativo gesto.

-Espere, todavía es pronto para eso. Antes tengo que darle unas explicaciones.

L. M. obedeció sin rechistar, algo insólito en él, amedrentado por el aura de autoridad que parecía emanar de su visitante.

-Lea primero los títulos de las cubiertas, pero sin abrirlos -ordenó.

L. M. obedeció de nuevo, comprobando con sorpresa que, grabado en letras de oro sobre la suave piel, aparecía en ambos libros el texto "*Vida de L. M.*" -en realidad figuraba su nombre completo- seguido por una segunda línea, en esta ocasión diferente para cada uno de ellos. "*Tomo I. El pasado*" rezaba en el primero, y "*Tomo II. El futuro*" en el segundo.

-¿Qué significa esto? -preguntó irritado-. Si se trata de una broma, la encuentro de muy mal gusto.

-No, no es ninguna broma, sino algo muy serio -afirmó su interlocutor con un aplomo que le dejó desarbolado-. Usted, como cualquier otro mortal, tiene asignado desde el mismo momento de su nacimiento un libro en el que aparecen registrado todo lo acontecido en su vida hasta el momento de su muerte. En realidad, como puede comprobar, son dos, uno en el que se describen los acontecimientos pasados y otro en el que aparecen los que le sucederán en el futuro, aunque lógicamente se van actualizando. Abra ahora el primer tomo por la última página.

-Esto es absurdo... -rezongó L. M., haciendo no obstante lo que se le pedía-. Aquí dice... -se interrumpió con asombro-. Aquí se describe nuestra conversación hasta el momento en el que me sugirió que abriera el libro por la última página.

-Claro, se trata del pasado inmediato -explicó el ente como si se tratara de algo obvio.

-Pues a mí me parece más bien una tomadura de pelo, eso sí muy lograda. ¿Qué pretende con esto? ¿Convencerme de que he sido malo y voy a ser castigado con el infierno? Le advierto que no creo en esas paparruchas.

-Está en su derecho... de equivocarse. Pero la realidad es tozuda, le guste o no -porfió el visitante-. ¿Sería más proclive a creerme si me convierto en esto?

Y sin la menor transición se transformó en una espectacular rubia ataviada con un sucinto bikini.

-¿O en esto otro?

Ahora era un ser de aspecto alienígena que a L. M. le retrotrajo a las novelitas baratas de ciencia ficción a las que tan aficionado había sido en su niñez.

-Claro está que si lo prefiere puedo transmutarme en un ángel, en un diablo, en el vecino de enfrente... -concluyó el extraño recobrando su aspecto *original*-; pero elegí esta apariencia porque pensé que para usted resultaría menos perturbadora.

-Ya... ya lo veo -balbuceó, atónito, su anfitrión-. Supongo que viene a decirme que hay un Más Allá, con un Dios bondadoso bendiciendo a los bienaventurados, y un Satán encargado de castigar a los pecadores en el infierno... -pese a su sorpresa, logró infundir un tono irónico a su comentario-. Y supongo que yo seré de estos últimos -recalcó mordaz.

-Por suerte, con usted puedo hablar libremente prescindiendo de esos arquetipos arcaicos que tanto lastran la comprensión de muchos de sus congéneres -sonrió por vez primera el enviado-. Huelga decir que el concepto de cielo e infierno que todavía hoy

tienen muchos no es otro que el que forjaron las antiguas civilizaciones surgidas en los albores de la humanidad y que, huelga decirlo, han quedado bastante anticuados... eso en lo que respecta a las religiones surgidas en el Oriente Medio, por supuesto que las teogonías imaginadas por las que tuvieron otros orígenes también adolecen de carencias similares, aunque éstas sean lógicamente distintas.

-¿A qué viene todo este exordio? -se impacientó L. M.-. Yo lo único que quiero es que me explique qué significan estos puñeteros libros -gesticuló arrojándolos sobre la mesa- y que me deje en paz lo antes posible.

-No es otra cosa la que pretendo -porfió el *ángel* sin perder la calma-, pero mucho me temo que ante una situación tan insólita para usted, que no para mí -recalcó- me veo obligado a darle unas explicaciones previas.

-Adelante -bufó éste-. Termine las explicaciones y lárguese con viento fresco. Y si se lleva sus libros, mejor. No tengo ningún interés en recordar mi pasado suponiendo, cosa que dudo, que esté escrito ahí, y todavía lo tengo menos en saber cual pueda ser mi porvenir, hasta ahora me las he apañado bastante bien sin conocerlo. Aparte de que sigo creyendo que se trata de una mistificación, por muy espectaculares que hayan resultado los efectos especiales con los que me ha obsequiado.

-Sabemos todo sobre usted, como se puede imaginar, y sabemos también que la tozudez es uno de sus... atributos. Pero por muy descreído que sea, tendrá que aceptar la existencia de ese Más Allá que usted siempre ha negado... o ignorado, si lo prefiere, para el caso es lo mismo. Por supuesto nada tiene que ver con los arquetipos que nos han transmitido las religiones, los cuales son unos burdos intentos de interpretar la realidad fruto, por si fuera poco, de unas sociedades mucho menos desarrolladas culturalmente que las actuales, pese a lo cual este lastre se ha arrastrado hasta ahora. ¿Conoce la historia de san Agustín y el niño que pretendía llenar un hoyo que había cavado en la playa con todo el agua del mar? La moraleja es que resulta imposible que un mortal pueda comprender la enormidad del misterio de Dios.

-Bah, palabrerías huecas. Yo nunca he creído en esas patrañas.

-Pues hace mal. Cierto es que su mente es incapaz de aprehender siquiera una mínima parte de la realidad global del universo, pero al menos debería intuirlo de alguna manera... muchos lo hacen, por más que sus conclusiones puedan estar equivocadas.

-Lo siento, pero llamé a la puerta equivocada.

-El que se equivoca es usted, y mi presencia aquí es para que sea consciente de ello. Por eso le traje los libros; aunque como ya le he dicho todos los mortales cuentan con ellos,

son contados los que alcanzan el privilegio de poderlos consultar, y aun de conocer siquiera su existencia.

-Vaya, si encima tendré que darle las gracias... en cuanto a los libros, por mí puede llevárselos o tirarlos al primer contenedor de recogida de papel, como prefiera.

-¿Le importaría volver a abrir el primer tomo por la última página? -sugirió el visitante, con un tono que L. M. se vio incapacitado de desobedecer.

-Si se empeña; pero eso no va a servir para nada... -se interrumpió al descubrir, desconcertado, que el texto escrito en la última página se había modificado añadiéndosele la descripción de la conversación mantenida en los últimos minutos.

Cerrándolo de golpe, le increpó:

-No está mal el truco, pero me gustaría que me dijera como lo hace. Puede ser divertido utilizarlo para sorprender a los amigos.

-Ahora -continuó impertérrito el extraño, haciendo caso omiso al comentario-, ábralo por la página correspondiente al tres de octubre del año pasado... sí, cuando usted hizo ese *trabajo* tan lucrativo a costa de la vida de un pobre representante de joyería. Y no se preocupe, no es necesario que busque la fecha en el índice. Basta con que la piense para que el libro se abra justo por ella.

L. M. sintió un escalofrío glacial. Ciertamente recordaba ese episodio, saldado con la vida de su víctima y que, conforme a su modo de operar, había quedado impune al no haber dejado tras de sí la menor pista. Las joyas, fundido el oro y desmontadas las piedras, habían sido vendidas a peristas que no llegaron a conocer ni su origen ni la identidad del vendedor, y el dinero obtenido por ellas estaba guardado a buen recaudo en un paraíso fiscal. Nadie podría haberle relacionado con el asesinato y el robo, por lo que el hecho de que aquel extraño lo supiera era extremadamente preocupante. Bien, había sentenciado su destino y no saldría vivo de allí, se prometió sin recordar las sorprendentes habilidades escapistas del visitante.

Éste, viéndole titubear, le urgió:

-Abra el libro por la fecha que le he dicho.

Así lo hizo, comprobando que el crimen aparecía descrito con todo lujo de detalles. Frenéticamente pensó en otra fecha y el libro maldito se abrió por ella, resaltando con su elegante tipografía otra de sus innumerables tropelías. Y otra, y otra más...

-Como verá -sancionó el engendro que tenía delante- en él está reflejado todo lo que le ha acontecido a usted desde que abandonó el seno materno hasta el momento presente, no

sólo lo malo sino también lo bueno, e incluso lo intrascendente; quizá le divierta recordar sus travesuras infantiles o su primer noviazgo... todo está escrito ahí, y como le he dicho antes, se sigue escribiendo de forma automática conforme pasa el tiempo, transcribiéndose la información del segundo libro del que a su vez, como cabe suponer, se va borrando todo aquello que ha dejado de ser futuro para convertirse en pasado. Pero no, no lo abra todavía, antes le tengo que explicar algunas cosas más.

»Ah, no se moleste en intentar asesinarme, tal como está pensando ahora mismo; -añadió en tono ligeramente burlón- le aseguro que para usted soy completamente invulnerable. Pero no se preocupe, que no le iré con el cuento a nadie; allá de donde vengo los secretos de los mortales no son tales, pero no nos interesan lo más mínimo y nada más lejos de nuestra intención que inmiscuirnos en sus asuntos mundanos. Sus cuitas con la justicia humana no son de nuestra incumbencia.

-Resumamos -zanjó L. M. presa de una profunda agitación-. ¿Qué es lo que quieren de mí?

-Ya se lo he dicho, entregarle estos libros dándole antes las explicaciones necesarias para que pueda hacer un buen uso de ellos... si es eso lo que desea, puesto que queda a su albedrío leerlos o no. Es un raro privilegio, o un castigo, intérpretele como desee, que muy pocos mortales llegan a alcanzar, tan sólo aquéllos que como usted poseen una excepcionalidad singular y llaman por ello nuestra atención; pero nada más lejos de mi intención, de *nuestra intención* -se corrigió-, que hacer de esto nada parecido a un juicio en el que se decidiera su salvación o su condenación eternas; nosotros no funcionamos así, aparte de que usted está todavía muy vivo, aunque evidentemente no le voy a decir hasta cuando. Eso es algo que tendrá que comprobarlo por usted mismo.

»Por cierto -continuó-, es preciso que le haga algunas advertencias. En primer lugar, no se deje engañar por el grosor de los lomos; nada tiene que ver con el número real de sus páginas, que incluso podría llegar a ser infinito en el imposible caso de que usted fuera inmortal. Pero créame, es esos pocos centímetros de espesor caben todas las páginas que sean necesarias para narrar su vida, como ocurría con el Libro de Arena imaginado por Borges, con la diferencia de que, tal como ha tenido ocasión de comprobar, aquí sí puede ir directamente a la fecha que desee sólo con pensarlo. Claro está que corre el riesgo, me refiero al libro de su futuro, de pensar una fecha determinada, abrirlo y encontrar la página en blanco, lo que significaría que su fallecimiento habría tenido lugar con anterioridad a ésta.

-¿Y luego? -se atrevió a preguntar con un hilo de voz.

-¿Se refiere a después de su muerte? -fingió no entender-. ¡Oh, le aseguro que puede haber muchos después diferentes, la inmensa mayoría de los cuales no puede ni tan siquiera llegar a imaginar... como puede suponer no estoy autorizado a informarle sobre este tema,

mi misión se reduce al intervalo que abarca desde su nacimiento hasta el fin de su existencia mortal. De lo que ocurra después ya se enterará cuando llegue el momento, y su naturaleza dependerá de muchos factores distintos.

-Es un consuelo -ironizó L. M.-. Pero en realidad eso es algo que nunca me ha preocupado, bastante tengo con prevenir el futuro evitando posibles sorpresas desagradables.

-Pues lo tiene en sus manos... literalmente. Y a mí, después de esta agradable conversación -el ente también demostró ser capaz de ejercer la ironía-, tan sólo me queda despedirme. Recuerde lo que le he dicho, esto no es ni un premio ni un castigo, ni tampoco estoy aquí como ejecutor de ningún tipo de justicia divina; considérelolo como una evaluación de la que estoy seguro sabrá salir airoso. Hasta siempre... o hasta nunca, y encantado de haberle conocido.

Dicho lo cual, desapareció.

L. M. tardó, cosa insólita en él, varios minutos en reaccionar. Cerrando los ojos suspiró profundamente intentando relajarse, tras lo cual volvió a abrirlos convencido de que había sido víctima de una extraña alucinación y que su extraño visitante tan sólo existió en su imaginación.

Pero cuando su vista tropezó con los dos libros que yacían abandonados encima de la mesa, le entró algo parecido al pánico.

En ese momento apareció de nuevo el *ángel*.

-Olvidé decirle -fue su saludo- que, si bien es usted libre de consultar o no los libros que le he dejado, está obligado a conservarlos; no se moleste en intentar destruirlos, quemarlos o abandonarlos, porque sería del todo inútil. Y tampoco le servirá de nada enseñárselos a nadie, puesto que tan sólo son tangibles para usted. Dada su naturaleza, comprenderá que sean para uso exclusivo suyo.

Y volvió a desvanecerse, esta vez de forma definitiva.

Ha transcurrido el tiempo. L. M., que ahora procura hacer los menos trabajos posibles y ha empezado a vivir de sus ahorros, sigue conservando -no podía ser de otra manera- los libros malditos, hacia los cuales ha desarrollado un sentimiento mezcla de fascinación y odio. Tras muchas vacilaciones se atrevió a recordar su pasado, llegando incluso a disfrutar con episodios de su vida que creía ya olvidados.

Con el porvenir es muy diferente. Por el momento tan sólo ha sido capaz de consultar adelantos muy breves en el tiempo, de tan sólo unos minutos, horas o, como mucho, algún día de duración, sin encontrar en ellos nada relevante pero constatando que lo escrito en el

libro del porvenir se cumplía con total exactitud antes de desvanecerse para añadirse en el del pasado.

La tentación de avanzar más es muy fuerte y le asalta con frecuencia, pero el temor a descubrir algo desagradable, incluso su propia muerte, le ha refrenado hasta ahora. Quizás más adelante se atreva, quizás no...

Por mucho que lo negase el diablo, porque para él su visitante tenía mucho más de ello que de ángel dada la incertidumbre en la que le dejó sumido, los malditos libros, lejos de haberle supuesto una ayuda como cínicamente le insinuara, se han convertido en una atroz tortura que le hacen identificarse con personajes mitológicos como Sísifo o Tántalo, una tortura que no tendrá fin hasta que el segundo libro se agote. ¿Cuándo tendrá lugar eso? Nada sería más fácil que buscarlo directamente en el propio libro, pero conocer el momento exacto de su muerte tan sólo añadiría un motivo más de angustia más que no por ello se adelantaría el final.

Puede que el visitante tuviera razón y no se trate de un castigo lo que le aflige, sino tan sólo de una prueba, pero aun siendo así no por ello resultaría menos cruel. Y después... él que siempre se había jactado de esquivar a la justicia humana, él que se burlaba de una para él inexistente justicia divina, se ve ahora apresado en las garras de unos extraños seres, ni dioses ni diablos pero sí diabólicos, para quienes los humanos no parecen ser sino unos simples cobayas con los cuales poder divertirse ensayando con ellos sus inextricables experimentos.

Y después... por vez primera en su vida, L. M. ha comenzado a lamentarse con amargura de no poder ser creyente.

LA ÚLTIMA TRIBU PERDIDA

Edmundo da Silva estaba eufórico. Entre todos los antropólogos brasileños había sido él, un joven investigador que distaba mucho de ser de los más afamados de su país y, todavía más, de los mejor instalados en el sistema académico, el elegido para contactar por vez primera con una de las escasas tribus amazónicas que se habían mantenido tenazmente aisladas de todo contacto con el hombre blanco.

Ciertamente pesaba bastante el detalle de la presumible belicosidad de estos indígenas, que ya habían ensartado con sus dardos envenenados con curare a más de un osado visitante, por lo que en caso de un *accidente* la ciencia brasileña perdería bastante menos - al menos así pensarían sus precavidos prebostes- de ser él la víctima en lugar de serlo alguno de los grandes *maestros*. Pero a él el riesgo no le preocupaba demasiado, primero porque con ya se habían realizado con anterioridad varios encuentros previos por intermedio de indígenas pacíficos que, al menos así se esperaba, habían servido para amansarlos; y segundo porque si conseguía culminar con éxito la empresa, lograría dar el tan ansiado salto a la cúspide del escalafón salvando limpiamente el impenetrable cinturón profiláctico que defendía los intereses y las confortables poltronas de las carcomidas momias que acaparaban el olimpo académico.

Y el gran día llegó. Hinchido de emoción, aunque sin poder evitar por completo el miedo que le cosquilleaba en el estómago, Edmundo se encaminó hasta la remota aldea que constituía su destino, asentada en un pequeño claro escondido en lo más intrincado de la selva amazónica. En su última etapa, a bordo de una piragua que remontaba las aguas de un río anónimo, tan sólo le acompañaban varios indios que, tras desembarcar, retornaron río abajo dejándole sin más compañía que el traductor, ambos desarmados para evitar que sus anfitriones les tomaran por unos invasores violentos.

El hecho de que el traductor, veterano de varias reuniones previas, mostrara cierto nerviosismo no ayudaba precisamente a tranquilizarlo, por más que éste repitiera una y otra vez en su tosco portugués que no había peligro; Edmundo no ignoraba que los indios habían liquidado sin contemplaciones a los pocos hombres blancos que habían osado acercarse a su poblado, sin que la circunstancia de que se tratara de aventureros sin escrúpulos, y que los indios habían actuado probablemente en defensa propia, le sirviera de demasiado consuelo ya que poca diferencia había entre un canalla y un inofensivo profesor universitario cuando ambos estuvieran muertos.

Él, por el contrario, contaba con la garantía del prudente programa de acercamiento diseñado por los expertos de la FUNAI, y había sido instruido prolijamente en las peculiaridades de la idiosincrasia indígena, por lo que sabía perfectamente cómo tendría

que actuar tanto en caso de un contacto pacífico, tal como se esperaba, como dentro de cada uno los posibles escenarios de crisis considerados por sus adiestradores.

Todo, pues, estaba encarrilado... o casi.

Por fortuna el contacto se desarrolló conforme a los cauces previstos. De hecho el jefe de la tribu le recibió en persona -lo que había de suponerse como un gran honor- agasajándole con los mejores manjares de que disponían, algunos de ellos poco acordes con el paladar de Edmundo que, haciendo de tripas corazón, los ingirió acompañándolos con grandes manifestaciones de fingido agrado.

Una vez roto el hielo todo continuó con total normalidad y sin mayor inconveniente que las relativas dificultades del sufrido traductor tanto para entender a los anfitriones como para transmitir sus palabras al antropólogo, y viceversa, supliéndose las carencias de comunicación con mímica y buena voluntad por parte de todos.

Edmundo, huelga decirlo, estaba fascinado y ya se veía catedrático en alguna universidad importante, al tiempo que su nombre aparecía impreso en letras de molde en las principales revistas científicas de todo el mundo. Y realmente estaba aprendiendo mucho, puesto que los aranac -así se denominaban ellos- resultaron ser un pueblo singular con hábitos y tradiciones muy diferentes de los de sus vecinos.

Una de las cosas que más le llamaron la atención fueron las creencias religiosas de los aranac. Mientras lo más común en todo el área amazónica -y en general en el conjunto de las sociedades primitivas, tanto las contemporáneas como las antiguas- era la práctica de un animismo más o menos sofisticado, éstos habían dado un paso más allá creando una cosmología cercana incluso al monoteísmo, ya que adoraban a un dios supremo encarnado en el águila arpía, la majestuosa rapaz señora de los cielos en los bosques ecuatoriales de Centro y Sudamérica y uno de los mayores predadores de su ámbito, por lo que podía considerársela con toda justicia como la reina del Amazonas.

Aunque el águila arpía no contaba con enemigos naturales y el hombre blanco prácticamente no había puesto el pie en la región, los aranac manifestaron a Edmundo su profundo pesar por sentirse abandonados de su diosa, ya que hacía ya muchas lluvias que ésta no sobrevolaba su territorio y desde entonces las desgracias se había sucedido una tras otra sobre ellos en forma de hambrunas, epidemias, incendios, inundaciones u otras catástrofes naturales. Los aranac, desesperados, le habían hecho multitud de rogativas y ofrendas -Edmundo prefirió no conocer los detalles- sin el menor resultado; así pues, rogaban al poderoso hombre blanco que les ayudara en sus desesperados intentos de recobrar el favor de tan esquiva deidad.

Edmundo vio en la petición de sus huéspedes una excelente manera de acrecentar sus conocimientos sobre las tribus amazónicas, lo cual a su vez le habría de resultar

extremadamente útil para la promoción de su carrera académica. Y, aunque sin estar convencido del todo, se interesó en saber en qué consistiría su mediación.

Fue el chamán de la tribu, mediante la ayuda del traductor, quien se lo explicó. Ellos creían que el águila no había muerto, sino que aguardaba yacente en su escondido refugio, ni viva ni muerta -Edmundo interpretó el mito como algún tipo de hibernación, o su equivalente en semejante clima tropical-, a la espera del arrepentimiento de sus fieles. Una vez concedido el perdón, bastaría con que un alma humana se encarnara en ella proporcionándole así una nueva y fructífera vida. Entonces el águila volaría de nuevo sobre sus cabezas y los aranaes sabrían que volvían a gozar de su protección.

Extrañado, el antropólogo les preguntó por qué razón le habían elegido a él, un extranjero recién llegado, en lugar de hacerlo con alguien de su tribu, a lo cual le respondieron que así lo habían hecho desde siempre pero que, probablemente a causa de una maldición lanzada por un poderoso chamán enemigo, desde entonces la diosa había rehusado aceptar el alma de todos los que se la ofrecieron. De hecho la práctica totalidad de los miembros de la tribu lo habían intentado uno tras otro sin el menor resultado, razón por la que deseaban probar suerte con alguien ajeno.

Al llegar a este punto Edmundo dudó. Por un lado, pensaba, si rehusaba podría sufrir represalias por parte de los irritados indígenas. Y si aceptaba... bueno, ningún mal podría hacerle ya que, evidentemente, no entraba en sus planes encarnarse en ningún animal, al tiempo que si era cierto lo que afirmaban los indígenas el previsto fracaso no comportaría consecuencias negativas, tal como no lo había hecho a ninguno -así esperaba- de sus predecesores. Era una lástima que no podría preguntarles si los reiterados intentos de resucitar a su diosa habían acarreado algún tipo de *daños colaterales* a los voluntarios, pero tampoco veía demasiado peligro en intentarlo... o en fingir que lo intentaba.

Finalmente aceptó, para alegría de la tribu. Y mientras el chamán preparaba la ceremonia, el jefe tomó el relevo para a explicarle en qué consistiría ésta. Según le dijo, tendría que ingerir un brebaje -esto no le hacía demasiada gracia, pues suponía que se trataría de algún tipo de alucinógeno- para, acto seguido, tomar parte en un elaborado ritual de danzas y cánticos en el que intervendrían todos los miembros de la tribu, algo que Edmundo interpretó como una especie de rogativa a la diosa para que ésta recibiera a su alma. Podía ocurrir que ésta la aceptara o no, pero también que, una vez conseguido su beneplácito, el alma de Edmundo se viera incapaz de asumir tan grave responsabilidad, lo que provocaría el retorno inmediato a su cuerpo. No tenía nada que temer, ya que habían sido varios los miembros de la tribu que, pese a haber conseguido salvar el primer escollo - el resto no llegó a vencer ni tan siquiera el rechazo inicial-, habían retornado a su cuerpo humano sin ningún tipo de trauma, aunque sí con el pesar de haber fracasado; él mismo - concluyó el jefe con un punto de amargura- había sido uno de estos últimos.

“Espero que tampoco ellos sufrieran represalias por parte de sus despechados compañeros -pensó Edmundo-, no todos eran el jefe de la tribu... ni, mucho menos, él.”

Pero a lo hecho, pecho. Ordenó al amedrentado traductor que se mantuviera vigilante y que si se ponían mal las cosas huyera inmediatamente -aunque poco podría hacer frente a toda una tribu agresiva, poniéndose-, poniéndose en manos del destino.

La ceremonia comenzó con un lavado ritual al que siguió la pintura de la totalidad de su cuerpo con un intrincado dibujo al que lamentó no poder fotografiar. Ciertamente su dignidad sufrió un tanto al verse obligado a comparecer completamente desnudo frente a la totalidad de la tribu, pero se consoló pensando que ellos lo estaban igualmente -ni hombres ni mujeres usaban taparrabos- y que su concepto del pudor era completamente ajeno a la ausencia de vestimentas.

Acto seguido comenzaron una serie de frenéticas danzas en las que él fue el elemento central -por fortuna, dado su nulo sentido del ritmo, no se vio obligado a participar de forma activa en ellas- y, por último, el chamán le dio a beber un brebaje maloliente que ingirió de un solo trago.

La pócima sabía tan mal como prometía, pero apenas tuvo que soportar su desagradable sabor puesto que, pocos instantes después, notaba cómo un sopor se apoderaba de su cuerpo hasta hacerle perder el conocimiento por completo. Sabía que los aborígenes amazónicos conocían infinidad de plantas y animales cuyas propiedades medicinales habrían hecho palidecer de envidia a los responsables de un laboratorio farmacéutico, pese a lo cual su último pensamiento estuvo dominado por el temor a no despertar.

Sí despertó, como pudo constatar con alivio, aunque sin tener manera de saber cuanto tiempo pudo estar inconsciente. Lo importante era que lo principal ya estaba hecho; se lamentaría hipócritamente ante sus anfitriones de su mala suerte por no haber sido aceptado por la divinidad, se lavaría, se vestiría y saldría lo antes posible hasta el punto donde le recogerían en la piragua para llevarle de vuelta a casa con el tesoro de sus anotaciones. Lo primero era abrir los ojos...

Pero antes de hacerlo tuvo una sensación indefiniblemente extraña; aunque el sopor había desaparecido, reemplazado ahora por una placentera plenitud mental como jamás recordaba haber tenido, había algo que no acababa de encajar.

Pese a que su control sobre los diferentes músculos de su cuerpo parecía ser completo, la incómoda alarma comenzaba a hacerse cada vez más intensa. Y cuando de forma refleja intentó flexionar los dedos de una mano sin conseguirlo, ésta se disparó. Sólo entonces se atrevió a abrir los ojos.

Se encontraba aparentemente en el interior hueco de un árbol, y por la única abertura que lo comunicaba con el exterior se atisbaba el entrecruzado follaje de la selva. Un rápido repaso le confirmó que todos sus sentidos funcionaban correctamente e incluso parecían haberse agudizado, comportándose de una manera extraña.

Armándose de valor miró a su brazo derecho, descubriendo que carecía de éste, al menos tal como debería haber sido, puesto que lo que sus ojos le mostraban era un ala de color negro ribeteada de blanco. Abrió la boca -el pico, en realidad- para gritar asustado, pero el único sonido que pudo arrancar de ella fue un ronco graznido. Y sus pies, como cabía temer, se habían transmutado en unas férreas garras.

¡Se encontraba confinado en el cuerpo de un águila! Su mente, cartesiana hasta la médula, se negaba a admitir semejante disparate. Pero la evidencia indicaba algo bien distinto. No, no podía ser... debía de tratarse de una alucinación provocada por el maldito brebaje que le hicieran ingerir. Sin duda bastaría con esperar a que pasaran sus efectos para volver a la normalidad. Sí, eso tenía que ser, y esta vuelta a la normalidad era sin duda lo que los ignorantes indios habían interpretado como un rechazo de la divinidad al alma que se le ofrecía. Sería mejor que durmiera -o su equivalente dentro de la alucinación- hasta que terminara la pesadilla.

Pero algo que no era suyo, un ímpetu netamente animal, se impuso a sus confusos pensamientos. Algo que le impelía a abandonar la madriguera y sobrevolar sus dominios largamente olvidados. Algo que le empujaba en contra de sus deseos a reclamar su condición de reina del aire. Algo, en definitiva, de naturaleza *aguilesca*.

No era él quien controlaba los movimientos de su ¿cuerpo? No era él quien se perchó sobre la boca de la madriguera, abierta en el férreo tronco de un enorme árbol a varias decenas de metros de altura. No era él quien desplegó majestuosamente las alas dejándose caer sobre la inmensidad verde. No, él no sabía, no podía, volar. Era imposible. Era completamente absurdo. Pero volaba, lanzando graznidos mitad de satisfacción, mitad de advertencia de que la reina había vuelto.

Y disfrutó del placer de cazar, por vez primera en mucho tiempo, a un desprevenido loro que tuvo la desgracia de cruzarse en su camino, de desgarrar la carne aún palpitante con su pico, de gozar del sabor punzante de la sangre tibia, desatados todos sus instintos cazadores con una ferocidad tal que le asustó.

Pero él no era un águila, sino un pacífico profesor universitario que luchaba por abrirse camino en la intrincada selva humana, la única en la que estaba capacitado para sobrevivir. No, tenía que acabar con todo esto antes de que enloqueciera. Se posaría en cualquier rama, qué más daba una que otra si sólo se trataba de una alucinación, se acurrucaría en ella y cerraría su mente a la espera de despertar en el maldito poblado de la maldita tribu. Ya no

le importaban sus estudios, ya no le importaba su promoción académica. Tan sólo deseaba, con todas sus fuerzas, que acabara la pesadilla lo antes posible.

Por desgracia su *cuerpo*, el águila en la que estaba encerrado, no pensaba de igual manera. Devorado el loro, arrojó sus despojos lanzándose de nuevo al aire para sobrevolar sus dominios, sin que los denodados intentos del aterrorizado Edmundo logaran retenerla. Muy al contrario, parecieron excitarla aún más.

En una de sus evoluciones pasó lo suficientemente cerca del poblado como para poder apercibirse de lo que allí ocurría. Recibida su presencia con una enorme algarabía -sin duda pensando que su diosa al fin había vuelto-, dejaron de celebrar lo que según todos los indicios era un banquete colectivo.

Fue entonces cuando el que fuera Edmundo da Silva tuvo la certeza de que jamás podría recuperar su condición humana y que estaría condenado a permanecer confinado en esta envoltura animal hasta que le llegara la muerte.

Porque lo que estaban devorando con fruición los malditos aranac para celebrar el renacimiento de su diosa, no era otra cosa que su propio e inerme cuerpo.

LA SOLEDAD DE LOS ÁNGELES

Afirma un conocido refrán que, en muchas ocasiones, los árboles no dejan ver el bosque, y bien se puede asegurar que tiene toda la razón en lo que dice. Nuestra sociedad ha desarrollado vertiginosamente todas las áreas de conocimiento en un período de tiempo increíblemente breve, pero este descomunal avance ha sido realizado a costa de pagar un alto precio que tarde o temprano nos supondrá un pesado lastre, si es que no lo está suponiendo ya.

Este indeseable peaje no es otro que la especialización o, por decirlo con mayor precisión, la superespecialización que ha convertido a nuestros científicos, ingenieros, técnicos y pensadores en expertos en temas puntuales, al precio de desconocer prácticamente todo acerca de cualquier otro conocimiento, por muy cercano que pudiera estar al suyo.

Es evidente que, en tales circunstancias, personajes polifacéticos de la talla de Leonardo da Vinci no es ya que sean imposibles hoy en día; de existir, jamás conseguirían llegar a nada puesto que, incluso alcanzar el nivel de un simple doctorado universitario, exige una dedicación exclusiva durante bastantes años que impide, o cuanto menos dificulta de forma considerable, adquirir lo que otrora se conociera con el nombre de *cultura general*.

Y sin embargo, la ironía radica en el hecho de que el genio, el verdadero genio que hace dar a la humanidad un paso de gigante, no surge en aquél que sabe mucho de muy poco, sino en quien posee la capacidad de establecer interrelaciones entre conceptos aparentemente dispares; nada que ver, pues, con la tendencia a la que conduce una superespecialización que ciega ante todo aquello que no se tenga justo delante de los ojos.

Por esta razón, se da la aparente paradoja de que cada vez contamos con más especialistas, al precio de perder a los verdaderos genios... paradoja sólo aparente, puesto que en realidad no se trata de tal. Si nos fijamos en la historia de la ciencia y el pensamiento humanos, veremos que los grandes genios siempre han sido aquéllos capaces de pensar en *horizontal* divagando a través de diferentes disciplinas, justo lo contrario de los investigadores especializados, a los que la *verticalidad* les ha esterilizado de forma irreversible su creatividad dejándolos convertidos en meros *expertos*. Se trata de algo similar, en definitiva, a lo que le ocurriría a un pintor que se especializara en pintar, pongamos por ejemplo, orejas; podría conseguir llegar a ser el mejor pintor de orejas del mundo, pero esto no le habilitaría, sino antes bien todo lo contrario, para llegar a pintar un cuadro del calibre de *Las Meninas*.

Huelga decir que este argumento es válido no sólo para los ámbitos de la investigación y la creación, sino también para casi cualquier campo del razonamiento humano... porque, en definitiva, no se trata de nada distinto a lo que se conoce por intuición. Aunque, eso sí, resulta erróneo considerar, tal como se hace muy a menudo, que la intuición es una especie de inspiración divina que baja directamente, o poco menos, del cielo; la intuición, resulta conveniente insistir en ello, no es sino la capacidad de pensar en *horizontal* sacando conclusiones a partir de datos dispares y en apariencia inconexos.

Fuera ya de los círculos académicos, uno de los campos donde resulta más necesaria esta *horizontalidad*, o intuición si se prefiere, es el de la investigación policial. No se trata de algo tan evidente como la diligencia a la hora de detener a un delincuente ya localizado, ni tampoco de ser efectivo persiguiendo pruebas, sino de una habilidad mucho más sutil: la capacidad de descubrir crímenes en base a indicios en los que otro cualquiera nunca habría reparado, un tanto al estilo, si se me permite la comparación, del celeberrimo Sherlock Holmes. Está claro que no me estoy refiriendo al porcentaje de casos no resueltos reconocido por la policía, sino a aquellos casos que, por haber pasado desapercibidos, éstos ni tan siquiera llegaron a figurar en las estadísticas policiales.

¿Nunca se han parado a pensar en la cantidad de delitos que, a lo largo de la historia, pueden haber quedado impunes, no por no haberse podido descubrir a los culpables, sino simplemente porque ni tan siquiera se llegó a sospechar que fueran cometidos? Les puedo asegurar que su número es mucho más elevado de lo que se imaginan.

Y aquí entro en escena yo. Mi nombre no importa demasiado y, si me disculpan, prefiero no hacerlo público no por precaución, sino porque no resulta necesario para la narración y nada más lejos de mi intención que alcanzar un protagonismo que no me corresponde.

Soy inspector de policía desde hace años, y desempeño mi labor en una comisaría ubicada en una de las grandes áreas metropolitanas españolas; cuál puede ser, tampoco importa. Y en ratos libres, me gusta pensar en *horizontal*, lo cual me ha creado más de un problema con mis compañeros y en especial con mis superiores, dado que la mayor parte de ellos soportaban mal que mostrara una sagacidad superior a la suya, camuflando su mal disimulada envidia bajo la excusa de mi presuntamente desatada imaginación, más propia según ellos de un guionista de series televisivas, que de la prosaica realidad cotidiana.

Así pues, tras varios tirones de orejas en los cuales el comisario no se recató en recordarme, sin el menor disimulo, que no me pagaban para pensar, sino para obedecer órdenes, opté por replegarme en mi concha reservando mis habilidades para mi consumo interno; porque, aunque esté mal en decirlo, lo cierto es que el trabajo de detective era algo que se me daba bastante bien, mal que les pesara a los borricos de mis jefes, mientras que

detener chorizos y carteristas de poca monta estaba al alcance de cualquiera... En fin, ellos se lo perdían.

Lo que no podían impedir, puesto que formaba parte de mi trabajo, es que husmeara en los archivos policiales, aunque me cuidaba muy mucho de evitar que se enteraran de que, a la par que mis rutinarias indagaciones, aprovechaba para recopilar datos perdidos, aparentemente irrelevantes o sin relación alguna con actos presuntamente criminales. Lo que no encontraba en los archivos, lo rastreaba por el vasto mundo de internet.

Con el tiempo, acabé recopilando una cantidad de información francamente respetable, con la cual me entretenía intentando ensamblarla como si de un difícil rompecabezas se tratara. Si hubieran visto lo que hacía, es posible que más de uno me hubiera acabado considerando émulo de Charles Fort, el visionario autor de *El libro de los condenados* que se pasó buena parte de su vida recopilando noticias de hechos insólitos y aparentemente inexplicables; pero no era éste mi caso, ya que yo no buscaba explicaciones a fenómenos tales como lluvias de ranas o combustiones espontáneas, sino tan sólo indicios de posibles delitos. Y por supuesto, mi metodología no podía ser más racional.

Normalmente la selección resultaba ser compleja, puesto que no sólo tenía que armar el rompecabezas sino que además, por si esto fuera poco, tropezaba con la dificultad añadida de tener que seleccionar previamente las piezas pertenecientes a casos diferentes... algo endiabladamente enrevesado pero que, no obstante, asumía como un reto personal.

Como cabe suponer, esto conducía hacia lo que resultaban ser, dentro de la inevitable incertidumbre en la que me movía, varias líneas de investigación distintas. La mayor parte de ellas parecían corresponder, pese a la dificultad de la investigación, a meros delitos -o crímenes- convencionales, pero la restante...

Ésta era especial, puesto que involucraba a lo que parecían ser fenómenos paranormales. Y por supuesto, nada tenía que ver con las chifladuras de los amantes de lo esotérico; al contrario, se trataba de algo muy real basado en hechos constatados y totalmente dignos de crédito.

Éstos eran varios. Por ejemplo, estaba el caso de un autobús urbano asaltado por una bandada de niños recién salidos del colegio, los cuales habían convertido el hasta entonces tranquilo vehículo en algo desagradablemente parecido a un gallinero. Pues bien, y de esto había no sólo testigos, sino también certificados médicos, a todos ellos les comenzó a doler repentinamente la cabeza, creándose tal revuelo que el atribulado conductor se vio obligado a desviarse de su ruta para encaminarse con toda rapidez hacia el consultorio médico más cercano, tal como consta en el atestado que levantó la policía municipal. Y no quedó ahí la cosa ya que, aunque la mayor parte de los chavales se recuperaron con rapidez quedando la cosa en un susto y, como mucho, en una vomitona, dio la mala suerte de que uno de ellos, epiléptico, sufrió un ataque en el propio autobús, siendo necesaria su hospitalización.

Aunque no tardó en recuperarse sin ningún tipo de secuelas aparte de las propias de su enfermedad, sus padres interpusieron una denuncia contra la empresa de autobuses pese a la evidencia de que el conductor no había incurrido en negligencia alguna. Como cabía esperar el juez sobreseyó la denuncia, pero ésta obligó a realizar una investigación policial que finalmente resultó archivada, la cual me permitió tener conocimiento de los hechos.

O de este otro. En un barrio residencial los vecinos estaban hartos de que los motoristas tomaran la avenida principal como pista de carreras, pero sus reiteradas denuncias no habían conseguido erradicar esta molesta práctica. Pero un día, y de ello hubo numerosos testigos, el conductor de una motocicleta de gran cilindrada, justo cuando se encontraba en mitad de su *numerito*, se llevó repentinamente las manos a la cabeza y, tras perder el control de su vehículo, acabó estrellándose contra el asfalto. Todavía en el hospital, donde se recuperaba de las heridas recibidas a consecuencia del golpe, declaró a la policía que de repente había sentido como si un cuchillo ardiente le atravesara de parte a parte el cerebro, infligiéndole un dolor intolerable.

En sí mismo este suceso no habría tenido mayor relevancia, de no haberse dado la circunstancia de que logré rastrear cuanto menos otros dos accidentes similares, en diferentes fechas y lugares pero todos ellos relativamente cercanos tanto en el espacio como en el tiempo, los cuales nadie había acertado a relacionar entre sí y con el primero al atribuirse tan extrañas explicaciones a meros delirios de los hospitalizados, todos ellos víctimas de traumatismos cráneo-encefálicos. En especial, uno de estos motoristas llegó a afirmar que, en el momento del accidente, se le había aparecido una figura demoníaca amenazándole con castigarlo a causa de su incívico comportamiento... como cabe suponer, esto no ayudó precisamente a que fuera creído. Lo que sí quedaba claro era que, una vez repuestos de sus lesiones, todos ellos se lo pensarían dos veces antes de intentar emular de nuevo a los pilotos de competición en plena vía urbana.

Lo que sí acarreó bastantes quebraderos de cabeza a mis colegas de una comisaría cercana, fue lo que vinieron a bautizar, con bastante dosis de humor, negro por cierto, como *El caso del atracador zombi*. En la madrugada de un domingo, cuando todo el mundo dormía o estaba todavía de juerga, unos barrenderos descubrieron, tendido en el pavimento, el cuerpo de un joven que resultó ser un toxicómano de amplio historial delictivo. El hecho de que su mano empuñara todavía una navaja y que se encontrara en las proximidades de un cajero automático, hizo pensar inmediatamente en un posible intento de atraco, pero nada parecía indicar que hubiera resultado agredido por su presunta víctima. El cuerpo no presentaba la menor lesión externa, y las posteriores exploraciones indicaron que tampoco la había interna; pero cuando lo encontraron se encontraba sumido en un coma profundo, del que los médicos no consiguieron que despertara pese a sus reiterados esfuerzos.

Lo sorprendente del caso, era que su sintomatología no se correspondía con ninguna de las consignadas en la bibliografía médica. Los neurólogos que le atendieron,

desconcertados, optaron por dejarle tranquilo en una cama del hospital ante la imposibilidad de someterle a un tratamiento de rehabilitación, y así estuvo durante un par de semanas sin que su estado experimentara el menor cambio.

Durante todo ese tiempo nadie se interesó por él, y las pesquisas realizadas por la policía tampoco dieron fruto a la hora de intentar localizar a algún familiar o allegado que pudiera hacerse cargo del enfermo; al parecer, el pobre diablo había estado dando tumbos por la vida más solo que la una. Pero finalmente, algo ocurrió. Tras el relevo de un turno de guardia un domingo por la noche, el interno recién incorporado inició su ronda por la planta, descubriendo que el paciente había fallecido. Se trataba de algo realmente extraño, ya que apenas un cuarto de hora antes su compañero saliente no había encontrado nada anormal en sus constantes vitales.

Más sorprendentes aún fueron los resultados de la autopsia. Según constaba en el informe, todos los órganos vitales mostraban el aspecto que podía esperarse en un toxicómano, pero ninguno de ellos parecía ser el responsable de su repentina muerte... excepto el cerebro, al que el forense describió como *literalmente achicharrado*, añadiendo la coletilla de que nunca a lo largo de toda su vida profesional había tenido ocasión de ver nada igual.

Dadas las circunstancias que concurrían en el caso, la policía había tomado cartas en el asunto... sin el menor resultado ya que, como coincidieron en opinar todos los médicos consultados, no se conocía ninguna manera de que alguien hubiera podido provocar tan sorprendentes lesiones cerebrales. Así pues se acabó archivándolo, dictaminando que el fallecimiento había tenido lugar por causas naturales, por muy extrañas que hubieran resultado ser éstas.

En lo que nadie reparó fue en las declaraciones de una enfermera, la cual afirmó haber tropezado con un visitante en el pasillo donde se encontraba la habitación del fallecido, justo en el breve intervalo del tiempo durante el cual había tenido lugar su muerte. Puesto que no pudo precisar con exactitud la puerta por la que éste había salido, y tampoco fue capaz de dar una descripción fidedigna de su aspecto físico, la investigación de esta pista no fue más allá, máxime teniendo en cuenta que el control de las visitas en ese hospital era bastante relajado y en recepción carecían de un registro de las mismas. Por si fuera poco, cuando días después la policía intentó interrogar por segunda vez a la enfermera, resultó que ésta había recibido la baja médica a causa de una fuerte jaqueca. Y de ahí no pasó la cosa.

A diferencia de mis compañeros, yo sí me lo tomé en serio. Todos estos casos -los niños del autobús, los diferentes motoristas, el atracador muerto e, incluso, la enfermera- tenían en común lo insólito de unos inexplicables trastornos neurológicos que iban desde

fuertes dolores de cabeza hasta incluso la propia muerte por destrucción de los tejidos cerebrales. Así pues, con estos mimbres procedí a tejer mi cesto.

Ante todo, se imponía averiguar si existía algún tipo de sistemática que me permitiera deducir la existencia de un vínculo común a todos ellos, algo ciertamente complicado dadas tanto su dispersión geográfica -un radio de aproximadamente unos treinta kilómetros- como temporal, con varios meses transcurridos entre el primero y el último y una distribución del todo irregular a lo largo de ese período de tiempo.

No resultó nada fácil. Por más combinaciones posibles que ensayara, no conseguía dar con ninguna clave que me permitiera encontrar una pauta común. Cansado, pero al mismo tiempo aguijoneado por la dificultad, decidí cambiar de estrategia. Para empezar, necesitaba más piezas para encajar, pero no tenía demasiado claro como podría conseguirlas. Hasta entonces me había limitado a rastrear en los archivos de mi comisaría y en los de otras vecinas, donde contaba con amigos que estaban al corriente de lo que consideraban una inofensiva chifladura. Me interesaba, pues, ampliar mi radio de acción, pero ¿cómo hacerlo sin despertar las sospechas de mis superiores?

La fortuna vino a llamar a mi puerta de la mano de un antiguo compañero trasladado tiempo atrás a una ciudad de la costa mediterránea. En una de sus visitas a su antiguo destino, sus “*veraneos al revés*” como jocosamente las denominaba, me entregó discretamente un sobre pidiéndome que no lo abriera hasta llegar a casa. Puesto que había más gente alrededor nuestro opté por respetar sus precauciones, y ante mi muda interrogación respondió con un breve, pero significativo “*Sí, es para tus crucigramas*”.

Y lo era, puesto que se trataba de la copia de un atestado policial realizado en su comisaría algún tiempo atrás. En realidad, y a diferencia de mis otros casos, éste podía ser calificado como chusco, y así lo habían considerado en su día los agentes que lo instruyeron, hasta el punto de que copias del mismo habían corrido libremente por toda la comisaría para regocijo de todos sus empleados.

La cuestión, en esencia, era ésta: una señora de mediana edad, propietaria de un yorkshire, denunció que un desconocido había *asesinado* a su mascota fulminándola con la mirada. Al parecer el chucho, con el mal genio proverbial de su raza, se había puesto a ladrar a alguien cuando caminaban por el paseo marítimo. Éste, al parecer un varón adulto aunque la dueña de la *víctima* no fue capaz de aportar datos más significativos, se habría limitado a mirarlo fijamente sin decir palabra, tras lo cual el histérico animal había caído fulminado.

A partir de ese momento la declaración de la denunciante se volvía inconexa ya que, según afirmaba, el disgusto que le provocó ver a su perro muerto le había originado una crisis de ansiedad por la que tuvo que ser atendida en un centro sanitario cercano tal como venía reflejado en el parte médico que adjuntaba, según el cual la paciente mostraba claros

síntomas de desorientación mental así como fuertes jaquecas. En cuanto al presunto causante del *canicidio*, huelga decirlo, habría aprovechado la confusión para desaparecer sin dejar rastro.

Aún había otro documento anexo a la denuncia, un certificado con membrete de una clínica veterinaria según el cual, al realizar la autopsia del yorkshire se habían hallado graves lesiones de origen desconocido en el cerebro, las cuales se apuntaban como posible causa de la muerte del animal aunque sin poder aventurar las causas que las pudieran haber provocado.

Como cabe suponer la denuncia había sido archivada directamente sin más contemplaciones, y sólo la rechifla que se montó a costa suya fue lo que permitió que llegara a mis manos. Pero yo me la tomé muy en serio a pesar de que, en un principio, el hecho de que hubiera tenido lugar a varios centenares de kilómetros de distancia de las otras pistas se me antojó una dificultad añadida antes que una ayuda... hasta que caí en la cuenta de mi error.

Hasta entonces, había estado centrando mi estrategia en sucesivos intentos de reconstruir una hipotética línea ortodrómica, es decir, la posible ruta seguida por mi misterioso personaje, sin conseguir que me encajaran las piezas. Pero que el suceso del perro hubiera tenido lugar en una localidad turística y en plena época de vacaciones, me abrió los ojos sobre algo tan evidente que hasta entonces me había pasado desapercibido.

Eso era; el escurridizo freidor de mentes se había ido de veraneo como cualquier otro ciudadano. Esto me hizo caer en la cuenta de que los movimientos cotidianos de cada uno de nosotros, registrados a lo largo de varios meses, no dibujarían una línea recta en el mapa, sino más bien una figura poligonal o con forma de estrella, y si de ellos entresacáramos tan sólo algunos puntos la distribución de los mismos sería aparentemente tan caótica como la de mi ilustre desconocido...

Pero sólo aparentemente ya que, por muy fragmentaria que fuese mi información, siempre debería ser posible deducir algunas tendencias predominantes. Ya sabía que había estado en la playa, pero resultaba evidente que su territorio habitual era la ciudad o sus alrededores. ¿Cuáles podían ser sus desplazamientos cotidianos? Lo más lógico, era suponer que fuera su camino de casa al trabajo, así como la vuelta.

Para averiguarlo, contaba con un total de cinco pistas: el autobús, los tres motoristas y el atracador. Por sus propias características había que descartar que este último suceso hubiera ocurrido en las cercanías de su lugar de trabajo, aunque no había modo alguno de averiguar si el incidente había tenido lugar próximo a la vivienda del hipotético sospechoso o si, por el contrario, éste había sido asaltado mientras disfrutaba de su ocio nocturno.

Más prometedor parecía ser el asunto del autobús ya que, por la hora a la que había tenido lugar, cabía pensar que ocurrió cuando el causante del alboroto volvía a casa desde el trabajo. Afinando todavía más, podía aventurarse que se tratara de un oficinista o bien de alguien con una jornada laboral de duración similar, ya que era demasiado pronto para que fuera algún otro tipo de empleado. Así pues, el recorrido de la línea me permitía acotar bastante los movimientos de mi escurridiza presa.

Quedaban, por último, los tres motoristas. En un principio la cosa parecía bastante complicada debido a la distribución geográfica de los tres accidentes, aparentemente anárquica y, por si fuera poco, repartida entre dos municipios diferentes del área metropolitana; pero un estudio minucioso me permitió afinar bastante.

Así, mientras uno de ellos había tenido lugar en la propia capital, los otros dos habían sucedido en una localidad cercana. Uno de estos últimos ocurrió un sábado por la mañana, en las cercanías de un parque frecuentado por numerosas personas que disfrutaban del buen tiempo. El otro, a cosa de un par de kilómetros de distancia, acaeció en un día de diario, al filo de la medianoche, en un barrio residencial. El de la capital, por último, fue también en un día de diario, pero en esta ocasión en horario de oficina.

Esto me permitió ir atando cabos. Todo parecía indicar que el causante de todos los desaguisados, si es que se trataba de una única persona, trabajaba en la capital pero vivía en un municipio de la periferia, como se deducía de los incidentes de los motoristas. Corroboraba esta hipótesis el hecho de que la línea de autobús tenía su origen en las cercanías del barrio donde presuntamente trabajaba, y pasaba además por una estación de cercanías en la que se podía coger el tren con destino a la localidad donde al parecer residía. Las piezas comenzaban a encajar.

Un nuevo hecho vino a apoyar mis suposiciones aunque, curiosamente, la información no me llegó esta vez por vía policial, sino que apareció publicada en uno de esos periódicos gratuitos que reparten en las estaciones de tren y metro, los cuales acostumbran a hacerse eco de sucesos que, por su naturaleza, suelen ser ignorados por los diarios de pago.

La noticia en cuestión era una pequeña gacetilla que pasaba casi desapercibida en un rincón de la página, y en ella se informaba del revuelo que se había formado en un tren de cercanías cuando una pasajera, que iba hablando por un teléfono móvil, comenzó a dar gritos al tiempo que tiraba el aparato, exclamando que éste *quemaba*. Al ser atendida por los viajeros mostró una gran desorientación quejándose de fuertes dolores de cabeza, por lo que recibió atención médica en la primera estación en la que se detuvo el tren. Por fortuna, concluía el redactor, no se le apreció ningún trastorno grave, siendo enviada a casa tras administrársele un analgésico.

Como cabe suponer, no me sorprendió lo más mínimo que ese tren perteneciera a la línea que enlazaba la capital con la ciudad donde presuntamente residía mi desconocido

amigo, y tampoco fue para mí motivo de extrañeza que la hora a la que tuvo lugar el incidente coincidiera con la de vuelta a casa de muchos trabajadores. Lo tenía... pero mi euforia bajó muchos puntos cuando caí en la cuenta de que esa línea de cercanías era utilizada de forma habitual por varias decenas de miles de viajeros. Casi nada.

Puesto que era consciente de que poco más podría hacer por estrechar el cerco, comencé a especular con posibles formas de hacerle morder el anzuelo atrayéndole hacia mí, única manera práctica de identificarlo entre toda esa bullente marea humana. Pero, ¿cómo hacerlo?

Después de darle bastantes vueltas, opté por lo más sencillo: suponiendo que mi presa leyera de forma habitual los periódicos gratuitos, aposté por enviarles una carta aparentemente inocente, pero en la cual se ocultara un mensaje que sólo él fuera capaz de identificar. Claro está que corría el nada despreciable riesgo de que la carta no llegara a ser publicada, o bien de que la mutilaran lo suficiente para dejar irreconocible su verdadero significado... pero no cabía otra posibilidad, y si este intento fallaba, siempre podría urdir otro plan alternativo.

La carta era la siguiente:

“Estoy harto. Estoy completamente harto de padecer ruidos de todo tipo vaya donde vaya, harto de no poder estar tranquilo ni tan siquiera en mi propia casa. ¿Por qué razón no se prohíbe que los motoristas nos destrocen los tímpanos con sus acelerones, que todos los días, en el tren, hablen a gritos por los teléfonos móviles al lado mismo de tus oídos, que pasen por la calle con coches convertidos en discotecas ambulantes, que te torturen con los ladridos de sus perros...?”

Desearía poseer el don de fulminar con una simple mirada a todos estos indeseables, de poderme tomar la justicia por mi mano ya que las autoridades renuncian a defender nuestro descanso, y envidio a cualquiera que pudiera hacerlo. ¡Ojalá mi sueño fuera cierto!”

Y firmaba como residente en la ciudad del desconocido.

Para sorpresa mía la carta fue publicada íntegra, e incluso generó una pequeña polémica con varias réplicas y contrarréplicas, alguna de ellas más bien tirando a grosera; pero el pez que yo buscaba no mordió aparentemente el anzuelo. Pese a ello, consideraba bastante probable que él sí la hubiera leído, por lo cual no cabía otra opción que la de seguir insistiendo. Y así lo hice.

Mientras tanto, él continuaba haciendo de las suyas, como ocurrió cuando un coche con la *música* -es un decir- a todo trapo y las ventanillas bajadas, se estrelló bruscamente contra una farola. Su conductor no supo dar más explicación que la de que, de repente, se le había nublado la mente, perdiendo el control del vehículo; llevado al hospital fue sometido a observación, dictaminando los médicos que no tenía ninguna lesión grave -salvo una serie de contusiones producto del choque-, aunque se le diagnosticó una fuerte jaqueca.

Quiso el azar que en esta ocasión dispusiera de información de primera mano al ser testigo presencial del accidente, mientras que al informe médico tuve acceso gracias a mis contactos. Y no fue por casualidad ya que, a raíz de la publicación de la carta, todos los fines de semana había empezado a pasearme por el barrio donde suponía que residía el paranormal, en un intento un tanto pueril por identificarlo; por desgracia, en el momento en el que tuvo lugar el percance la calle se encontraba llena de gente, razón por la que no llegué a vislumbrar siquiera a ningún posible sospechoso. Pero tenía el convencimiento de que había estado muy cerca de él; y si bien yo no había sido capaz de localizarlo, alentaba la esperanza de que él sí me hubiera encontrado a mí quizá, quién sabía, gracias a unos hipotéticos poderes telepáticos.

Lo que no sospechaba era que lo tuviera tan cerca. Pasado algún tiempo, cuando la pequeña polémica montada en el periódico se había ya apagado, su respuesta me llegó, de forma inopinada, por la misma vía que yo había utilizado, es decir, mediante una carta al director; y al momento supe que se trataba de él ya que, a diferencia de las aparecidas anteriormente, en este caso sí existía un mensaje que fui perfectamente capaz de interpretar.

En ella, mi interlocutor defendía también el derecho a tomarse la justicia por su mano para defenderse de las molestias de todo tipo ocasionadas por las hordas de incívicos que pululaban por doquier -hasta aquí nada de extraño-, pero añadía a continuación varios detalles concretos -fechas, lugares, circunstancias- relativos a sus intervenciones que no habían sido hechos públicos en ningún momento y que, por consiguiente, tan sólo él y yo podíamos conocer. Quedaba descartada, pues, cualquier posible casualidad; se trataba, sin ningún género de dudas, de él en persona.

También era patente su deseo de concertar una cita, ya que en uno de los párrafos afirmaba frecuentar, todos los fines de semana y siempre a la misma hora, un parque de su ciudad; aunque la excusa para decirlo era una airada protesta por el deterioro del lugar, para mí la invitación no podía estar más clara.

Sin pensármelo dos veces ese mismo sábado me presenté allí y, tras buscar un banco relativamente apartado del bullicio, me senté a leer tranquilamente el periódico, a la espera de la llegada de mi anfitrión. Llevaba ya un buen rato enfrascado en la lectura, cuando de repente sentí la presencia de alguien a mi lado. Intenté levantar la vista y volver la cabeza

para ver de quien se trataba, cuando me lo impidió una orden perentoria que, juraría, no oí sino que me llegó directamente al cerebro:

-No se vuelva, y finja seguir leyendo el periódico. Si me viera la cara no tendría más remedio que matarlo, y no es esa mi intención... al menos por ahora. Ah, no es necesario que hable en voz alta; basta con que piense lo que me quiera decir o, si lo prefiere, que subvocalice. Con esto será suficiente.

-¿Quién es usted? -logré articular al fin, tras vencer el miedo que me atenazaba la garganta.

-Curiosa pregunta -respondió el desconocido con cierto tono de burla en su voz-; yo diría que es más bien usted quien debería responder a ella, puesto que ha estado siguiendo mis pasos desde hace tiempo.

-Yo... -apenas acerté a balbucear.

-Vayamos al grano -me interrumpió con brusquedad-. Cuando leí su carta y fui consciente de que usted estaba al corriente de mis andanzas, pensé en un principio que podría ser uno de los nuestros en busca de ayuda; de ahí que forzara esta cita. Pero nada más llegar aquí, me he dado cuenta de que no era así. Por este motivo, y a no ser que tenga una buena razón que justifique su empeño, muy a mi pesar me voy a ver obligado a adoptar medidas francamente desagradables para evitar que continúe siguiéndome. No es nada personal, se lo aseguro, pero cuando es mi seguridad, e incluso mi propia vida, lo que está en juego, no puedo permitirme el lujo de andar con paños calientes. Así pues, explíqueme qué es lo que hacía detrás de mí.

Tragué saliva, recordando al infortunado atracador, y pregunté débilmente:

-¿Es usted capaz de leer la mente?

Mi pregunta debió de pillarle desprevenido, porque tardó algún tiempo en responder.

-Depende de como se considere. Puedo captar los pensamientos que usted tiene en la cabeza en estos momentos, así es como pude localizarle entre todos los que había en el parque; pero no, no puedo acceder a su memoria ni a las partes más profundas de su mente, a no ser que usted las saque voluntariamente *a flote*. Bueno -se corrigió-, en realidad sí podría, pero probablemente le causaría daños irreversibles en el cerebro. Y prefiero no verme obligado a hacerlo.

-En cualquier caso, supongo que me sería muy difícil engañarle... -y tomando su silencio como un asentimiento tácito, continué-: Soy policía, pero esto nada tiene que ver con mi trabajo, se trata de un simple entretenimiento personal. Si lo prefiere, compruébelo usted mismo.

Y le abrí mi mente.

Mentiría si afirmara lo contrario: no sentí nada en absoluto mientras el visitante hurgaba en mis neuronas. Nada, excepto el temor de que, disgustado por algo que encontrara, decidiera convertirme en un vegetal o, incluso, en algo peor.

Por fortuna, nada de eso ocurrió. Tras un lapso de tiempo que me resultó imposible de cuantificar, pero que en cualquier caso se me antojó eterno, el telepata sentenció al fin:

-Está bien. Veo que tan sólo pretendía jugar. Pero tenga cuidado, el fuego quema. Debe abandonar inmediatamente este juego, podría llegar a ser muy peligroso tanto para usted como para mí.

-¿Por qué? -pregunté, a modo de disculpa.

-Me perseguirían si descubrieran mi verdadera condición -fue la sombría respuesta-. Persiguen a todos los que son como yo. Y le aseguro que nuestro destino, cuando somos capturados, no es otro que la esclavitud de por vida, si no la muerte -concluyó con amargura.

-Pero...

-La sociedad nunca perdona a quienes tenemos la desgracia de ser diferentes, y todavía menos a los que considera superiores, porque nos teme de modo irracional. Si cayéramos en manos de una muchedumbre serían capaces, incluso, de lincharnos.

-¿Son ustedes... mutantes? -inquirí con timidez.

-Podríamos considerarlo así -al parecer, mi interlocutor me había convertido en su improvisado confidente-. Nacemos con ello, si es a lo que se refiere. Y lo arrastramos de por vida, mal que nos pese.

-Yo siempre creí que poseer poderes sobrehumanos sería una ventaja...

-Bendita ingenuidad la suya. Le puedo asegurar que es una auténtica maldición, y por muchos motivos además.

Hizo una pausa y continuó:

-¿Sabe usted, acaso, lo que es tener que esconder constantemente tus... habilidades intentando evitar que éstas te jueguen una mala pasada? ¿Sabe lo que es sentirse perseguido por los gobiernos como si de un raro espécimen animal se tratara? Uno de los nuestros tuvo la mala fortuna de caer en manos de una agencia secreta del gobierno norteamericano. Le privaron de libertad pese a que no había cometido el menor delito, le sometieron a todo tipo de pruebas vejatorias, le torturaron incluso para arrancarle toda la información posible

sobre nosotros... ¿Sabe lo que hizo? Incapaz de soportarlo durante más tiempo, acabó suicidándose aprovechando un descuido de sus guardianes. Para su desgracia ésta era la única manera de liberarse del infierno en el que había caído prisionero, ya que jamás le habrían permitido recobrar la libertad. Eso sí -sentenció con rabia-, sus verdugos pagaron por el crimen que habían cometido.

-Lo que quiere decir que ustedes pueden llegar a ser peligrosos -osé espetarle arrepintiéndome inmediatamente después-. Incluso usted ha matado.

-Tenemos derecho a defendernos, por lo demás jamás utilizamos nuestros poderes en beneficio propio. En cuanto a al atacante, si es a eso a lo que se refiere... le aseguro que fue un desgraciado accidente. Yo no quería matarlo, sólo pretendía evitar que me hiciera daño, pero me venció el pánico al sentir la navaja en el cuello y reaccioné de forma instintiva sin poder controlar mi respuesta. Piense usted cómo habría obrado en mi lugar de haber tenido una pistola cargada en el bolsillo, una pistola de la que no pudiera desprenderse por más que lo deseara. Era un pobre diablo, pero tenía derecho a la vida y yo fui el primero en lamentarlo.

-Pero usted le remató en el hospital... -porfié, ya más tranquilo al comprobar lo calmado de su respuesta.

-Fue un acto de misericordia. Sus lesiones cerebrales eran irreversibles, le había condenado de forma involuntaria a ser un vegetal durante el resto de su vida. Me sentía responsable y obré conforme me dictaba mi conciencia, arriesgándome a penetrar en el hospital pese a saber que la policía andaba cerca. Considérelo un caso de eutanasia.

-Bien, ¿y qué me dice de los demás?

-¡Oh! ¿No irá a reprocharme que me cargara a ese chucho? ¿Sabe usted que intentó morderme sin que mediara la menor provocación por mi parte? Además, me repugnan esas ratas chillonas.

-No me refería a eso -respondí divertido; yo tampoco soportaba a esos animales-. Pero, ¿qué me dice del niño epiléptico? ¿O de los motoristas y el conductor del coche? Podría haberlos matado, y aquí no puede alegar usted defensa propia, puesto que simplemente molestaban...

-Lo del niño fue involuntario, no tenía manera alguna de saberlo. Perdí la paciencia, lo reconozco; tan sólo quería que se callaran. Usted no se puede imaginar la algarabía tan insoportable que montaron en el autobús.

Ya lo creo que me lo imaginaba... pero estaba empezando a cogerle gusto al papel de abogado del diablo.

-Provocar la caída de una moto en marcha, o el accidente de un coche, no creo que pueda decirse que fuera algo involuntario...

-No le falta razón, ahí quizá me pasé un poco... pero es que ya me tenían hartos. Esos desgraciados pagaron el pato, pero en realidad tantos ellos como los otros muchos que hacen lo mismo, se merecían un escarmiento. Nada grave, por supuesto, pero sí lo suficiente para que se lo pensarán dos veces a partir de entonces... respóndame con sinceridad, ¿usted no ha soñado alguna vez con hacer lo mismo? Yo, simplemente, lo hice.

Una vez no, sino muchas; la verdad era que tenía razón, pero...

-En cualquier caso -gruñí-, y olvidándonos de todos los posibles *efectos colaterales* de sus andanzas, lo cierto es que, según sus propias palabras, usted se ha arriesgado mucho al utilizar sus poderes de forma tan reiterada. ¿No temía ser descubierto? Igual que lo hice yo, podría haberlo hecho alguna de esas misteriosas agencias *cazmutantes* a las que tanto asegura temer...

-¿Qué quiere que le diga? -suspiró-. Yo también soy humano, tan humano como lo puedan ser usted o cualquier otro; y estoy sujeto a las mismas debilidades. Todavía peor -añadió-, puesto que no es lo mismo sentir la tentación de pegar un tiro a alguien, que hacerlo teniendo una pistola cargada en la mano. ¿Sabe usted lo que es tenerse que pasar toda la vida reprimiendo tus impulsos innatos para evitar ser descubierto? ¿Se imagina acaso lo que sería vivir en un mundo de ciegos viéndote obligado a ocultar que tú sí eres capaz de ver? La tensión es tal, que tarde o temprano acabas cometiendo errores. Esto es justo lo que me ocurrió a mí. Por una serie de circunstancias que no vienen al caso, empecé a bajar la guardia hace algunos meses y, pese a mis temores iniciales, seguí haciéndolo en la confianza de que no llegaría a ser descubierto. Y la verdad, me desahogaba. Pero el riesgo era real, como lo demuestra el hecho de que usted encontrara mi rastro; y aún tengo que dar gracias a que mis perseguidores no fueran los *otros*...

-Le comprendo...

-¡No! -su respuesta fue un grito desgarrado-. Jamás podrá alcanzar a comprender la maldición que nos aflige. Al igual que un sordo es insensible a los ruidos, o un ciego al deslumbramiento, usted no puede imaginar siquiera la tortura que supone oír las emanaciones mentales de la muchedumbre que te rodea, algo todavía más intolerable que los ruidos molestos por los que imprudentemente actué... le juro que es peor, infinitamente peor.

Aunque siguiendo sus instrucciones no había osado mirarle en ningún momento, me lo imaginé abatido con la cabeza escondida entre los brazos, sollozando quizá en silencio. Sentí entonces el repentino impulso, la necesidad imperiosa de ayudarlo...

-¡No lo haga! -su voz, fuera física o mental, cortaba como un cuchillo-. Por su propio bien no lo haga, siga mirando al periódico y no se le ocurra volverse. Le agradezco su solidaridad, pero... no podría ayudarme aunque quisiera, y además se perjudicaría usted creándose un cargo de conciencia a mí. Debo cargar con esta cruz en solitario, mal que me pese no podría compartir la carga con nadie. Con nadie.

-Pero...

-Le ruego que me disculpe por mi brusquedad; por lo demás, se ha tratado de una simple debilidad momentánea. Gracias a usted he podido ser consciente del riesgo que estaba corriendo, y ahora he de adoptar las medidas pertinentes para evitarlo en el futuro. Me marcharé de aquí, todavía no sé a donde, y tan sólo le pido el favor de que no intente seguir mis pasos... aunque a partir de ahora procuraré ser más prudente para no ir dejando un rastro.

-Se lo prometo...

-Gracias. Sé que es sincero, y se lo agradezco de nuevo. Ahora tengo que marcharme, cabría la posibilidad de que le hubieran estado siguiendo para poder localizarme a mí. Por precaución, y para evitar que la curiosidad le incitara a verme, le adormeceré durante unos instantes, los justos para poderme marchar de aquí. Pero no sufrirá el menor daño. Adiós, amigo -concluyó, a modo de despedida, con un triste tono de nostalgia.

-Oiga... -apenas llegué a articular antes de perder el sentido.

Cuando lo recobré, todo seguía aparentemente igual a mi alrededor, con la gente paseando, los niños jugando y un músico ambulante tocando una irreverente versión de la *Cuarenta* de Mozart en la lejanía. Pero notaba su ausencia, la sentía como algo sólido y tangible tras la breve comunión de nuestros espíritus.

-Disculpe, señor, ¿esto es suyo?

La inesperada pregunta tuvo la virtud de arrancarme de mi ensimismamiento, haciéndome reparar en la persona que me la hacía; se trataba de un anciano de aspecto apacible que señalaba con la mano un libro depositado en la parte del banco que quedaba libre, justo aquella en la que había estado sentado mi desconocido interlocutor. Evidentemente, deseaba sentarse allí.

-Yo, no... ¡digo sí! -me corregí de forma un tanto brusca-. Disculpe, lo había olvidado.

Con gesto precipitado recogí el libro, del cual tenía la certeza de que no estaba con anterioridad a la llegada del visitante. Así pues era él quien lo había dejado allí, quizá para recordarme que no se había tratado de un sueño, quizá como presente en prueba de amistad.

-Bonito libro -comentó el anciano tras tomar asiento a mi lado-. Yo lo leí hace tiempo, y me pareció excelente.

Sólo entonces reparé en que, en mi aturdimiento, ni siquiera había mirado el título. Se trataba de *Mutante*, una novela clásica de ciencia ficción escrita por Henry Kuttner en 1953. No la conocía entonces, pero leerla me ayudó a conocer la tragedia de mi desconocido amigo.

EL CASO DEL TREN FANTASMA

Treinta años en la policía, los últimos de ellos como comisario, aportan muchas experiencias, no todas ellas agradables y algunas decididamente desagradables. Pero es mi profesión, y aunque mi entusiasmo juvenil hace mucho que quedó olvidado, sigo considerando que estas últimas quedan casi siempre compensadas por un trabajo estimulante, nada rutinario y, por ello, enriquecedor.

Casi siempre.

Una de mis peores experiencias fue, sin lugar a dudas, el caso del tren fantasma. Bueno, yo le llamo así, aunque por supuesto en el expediente que redacté, cerrado hace tiempo, utilicé un término más aséptico y nada comprometido; no deseo que a estas alturas de mi carrera me tomen por un chiflado.

Pero en estas memorias, que nadie podrá leer mientras yo viva, puedo explayarme sin miedo relatando, ahora que todavía conservo fresca la memoria, el caso más extraño e insólito con el que me he enfrentado desde el lejano día en el que salí de la academia.

Acababa de hacerme cargo de la comisaría de barrio de una gran ciudad, en su día periférico y ya absorbido por lo que sus habitantes consideran el centro urbano. Y aunque las nuevas áreas residenciales habían ido cubriendo poco a poco importantes parcelas de su territorio, todavía quedaban algunas ocupadas por antiguas fábricas abandonadas que resistían numantivamente a su inexorable demolición.

Fue en una de ellas donde ocurrió el suceso que dio origen al caso. Me encontraba en mi casa preparándome para dormir cuando recibí la llamada del agente que cubría la guardia nocturna en la comisaría, el cual me informó que acababa de encontrarse el cadáver de una persona aparentemente arrollada por un tren en la vía que atravesaba un antiguo polígono industrial en desuso.

Podía haber delegado en mi subcomisario ya que era a él a quien le correspondían esa semana los casos nocturnos, pero sabía que no se encontraba bien pese a que no había solicitado la baja médica y preferí no molestarle. Además, me encontraba desvelado -no era todavía demasiado tarde- y el lugar del suceso no se encontraba demasiado lejos de mi casa. Incluso podría ir andando sin necesidad de pedir un coche patrulla.

Así lo hice. Los agentes ya estaban allí y habían montado la parafernalia de rigor. También había llegado el forense y se esperaba de un momento a otro al juez.

Los chicos me explicaron lo sucedido. Haría cosa de media hora un mendigo que buscaba un lugar tranquilo para dormir -las naves abandonadas solían ser el refugio

nocturno de esta pobre gente- fue a cruzar la vía descubriendo algo en las traviesas que no pudo ver bien en un principio por la falta de luz. Se acercó y comprobó espantado que se trataba de restos humanos; y no eran los únicos, puesto que un largo rosario de despojos informes regaba las traviesas durante un considerable trecho.

Huyó de allí despavorido saliendo a la calle cercana, de ella a la avenida y no paró hasta llegar, perdido el resuello, hasta la puerta de la comisaría, donde a duras penas pudo explicar lo que había visto. El agente de guardia dio aviso a una patrulla y me llamó también a mí. El resto ya lo sabía.

Uno de los agentes me puso al corriente de los detalles complementarios, aunque en realidad había poco que añadir. La vía estaba sembrada de restos a lo largo de varias decenas de metros, lo que la convertía en un espectáculo poco apto para estómagos sensibles. El mío, aun endurecido por los años de profesión tuvo que realizar considerables esfuerzos paramantener la cena en su sitio.

Según me informó el forense, el tamaño y la dispersión de los fragmentos parecía indicar que el arrollamiento se había producido por un tren a gran velocidad y de bastantes vagones, pero hasta que no dispusiera de los informes de la policía científica no le sería posible precisar más.

En aquel momento topé con algo que no encajaba. Siempre he sido aficionado al tema de los ferrocarriles, y había leído bastante sobre la historia de la red ferroviaria de la ciudad.

-Un momento -le interrumpí-. No estoy seguro del todo y tendría que comprobarlo, pero me suena que esta vía dejó de estar en servicio hace ya tiempo.

-¿Qué quiere decir? -me preguntó un tanto amoscado.

-No sé, lo veo todo confuso. ¿Está usted seguro de que el cuerpo fue despedazado por un tren?

-¿Cómo si no? -se puso en guardia-. Sólo una explosión convenientemente fuerte podría haber causado un destrozo similar, y evidentemente no la ha habido. Además, en este caso los restos no habrían quedado esparcidos a lo largo de la vía, sino diseminados en todas las direcciones a partir del foco de la explosión.

-No sé... -repetí la coletilla sin darme cuenta-. Quizá una riña, un homicidio y un posterior descuartizamiento para simular un accidente; el homicida no tendría por qué saber que por esta vía ya no pasaban trenes.

El forense me miró con conmisericordia, tal como si hubiera dicho la mayor tontería del mundo -probablemente había sido así-, se encogió de hombros y se despidió con sequedad. No insistí.

El lugar se iba llenando poco a poco de gente: la policía científica, el juez de guardia y un secretario del juzgado, los bomberos encargados del desagradable trabajo de recoger los restos, los empleados de la funeraria responsables de llevarlos al depósito... por suerte el lugar era bastante recóndito y, aunque se encontraba relativamente cercano a las aun por la noche bulliciosas, calles, tan sólo era frecuentado por mendigos, chatarreros -aunque poco era lo que se podía ya expoliar- y algún que otro despistado. Una pareja de agentes se había apostado a la entrada para impedir que se colaran curiosos.

Poco más podía hacer yo allí, aunque al encontrarse el lugar del suceso dentro de mi jurisdicción tenía el deber de aguardar hasta el final. Y así lo hice. Una vez levantado el cadáver todos se fueron yendo -estaba ya avanzada la madrugada, aunque la temperatura era tibia-, quedando sólo un retén al que encargué que acordonara la zona antes de que se marcharan. Di instrucciones para que el Ayuntamiento enviara una brigada de limpieza y me marché a casa.

A la mañana siguiente, ojeroso puesto que apenas había podido dormir, me enfrenté a la tarea pendiente de identificar al fallecido. Los agentes no habían encontrado documentación alguna y, dado el destrozo, sería necesario tomar muestras de ADN; pero en mi fuero interno pensaba que no resultaría fácil, puesto que todos los indicios parecían señalar que probablemente se trataría de uno de los mendigos nómicos que frecuentaban la zona.

Mandé buscar al que lo descubrió, cosa que no fue fácil porque estaba terriblemente asustado y parecía que se le hubiera tragado la tierra, quizá temiendo que pudiéramos acusarlo de homicidio. Finalmente, gracias a la mediación de los servicios sociales, pudimos localizarlo y, muerto de miedo, respondió a las preguntas de los agentes en plena calle, pues para trasladarlo a la comisaría hubiera hecho falta ponerle una camisa de fuerza, algo que por supuesto no estaba dispuesto a hacer. Bastante susto se había llevado el pobre.

De todos modos, no nos resultó de mucha utilidad. Según explicó, animado por el bocadillo de calamares y el botellín de cerveza que le ofrecieron los agentes, no había visto ni oído el atropello -ésta era la versión oficial mientras no se demostrara lo contrario-, ya que cuando llegó allí lo único que encontró fue el cadáver o, mejor dicho, lo que quedaba de él. Y no había ningún motivo para sospechar que mintiera, pensé al tiempo que me abochornaba recordando el ridículo que había hecho con el forense.

Pese a que temíamos encontrarnos en un callejón sin salida, el azar vino en nuestra ayuda. Había encargado a los servicios sociales -recurrir a mis agentes les hubiera espantado- que preguntaran a los mendigos habituales de la zona si habían echado en falta a alguno, aunque su individualismo y el frecuente deterioro mental de bastantes de ellos no me hacían albergar demasiadas esperanzas. Pero no se me ocurría ningún otro medio, puesto que las pruebas de ADN no estarían listas hasta pasados varios días y tampoco creía

que pudieran ser de mucha ayuda. Como cabía esperar, tampoco había sido denunciada desaparición alguna.

En contra de lo que pensaba, el rastreo de los servicios sociales acabó dando resultado. Efectivamente los mendigos echaban en falta a uno, apodado el Ruso -si procedía de los países del este la cosa se iba a complicar todavía más-, que últimamente había estado liado con la Cati, una ex-drogadicta que también solía rondar por allí. La gente de los servicios sociales la conocían, pero parecía que se la hubiera tragado la tierra.

Ordené que se la buscara incluso fuera de mi distrito, y finalmente apareció en una población cercana a la que se había desplazado, al parecer pretendiendo pasar desapercibida. Costó trabajo convencerla de que no la íbamos a hacer el menor daño, y finalmente conseguimos que nos relatará lo que vio esa fatídica noche.

Efectivamente el fallecido era el Ruso, aunque ella desconocía tanto su verdadero nombre como su procedencia. Llevaban algún tiempo juntos y, para contar con una mayor intimidad, se habían acostumbrado a refugiarse en cualquiera de las naves abandonadas. Pero esa noche había buena temperatura, y a ella se le antojó quedarse al aire libre para evitar las incomodidades de las mugrientas ruinas. Además, conocía un lugar en el que la vía se encajonaba entre dos muros y, al encontrarse tras una curva, quedaba a resguardo de posibles mirones.

Su compañero se había mostrado remiso alegando el riesgo de que pudiera llegar un tren, pero ella le tranquilizó asegurándole que desde hacía años no pasaba ninguno. Él accedió a regañadientes y, cuando más enfrascados estaban, oyeron de repente la vibración de los raíles que precede al paso de un tren. Instantes después, veían como la mole de una locomotora doblaba la curva precipitándose hacia ellos.

Cati no recordaba demasiado bien como había logrado salvarse antes de que se les echara encima, aunque suponía que la existencia de un providencial boquete en el muro le había permitido escabullirse justo a tiempo. El Ruso, que intentó saltar hacia el otro lado, no tuvo tanta suerte. Y eso era todo. Aterrorizada, y creyéndose culpable de la atroz muerte de su compañero, había huido lo más lejos que pudo temiendo que pudieran acusarla de homicidio.

Yo la tranquilicé asegurándole que no tenía que temer nada ya que se había tratado de un desgraciado accidente, y que sólo pretendíamos recabar su ayuda para poder intentar identificar a la víctima. No obstante, y puesto que la duda seguía rondándome en el cerebro, intenté que me describiera lo más posible el tren.

Obviamente no pudo darme detalles precisos, dada la precipitación con la que sucedió todo. Sí describió al tren como una anacrónica locomotora de vapor -insistió mucho en el humo y en los chorros de vapor, que la sofocaron- que marchaba a toda velocidad

arrastrando varios vagones de viajeros o al menos algunos de ellos, puesto que pudo distinguir las ventanillas iluminadas.

Nada más pude sacar en claro de su declaración, pero lo que me había contado hacía todavía más inverosímil la historia. Una locomotora de vapor casi medio siglo después de que se retirara de circulación la última de ellas, al menos en la red principal, y vagones de pasajeros cuando esa vía había sido siempre un ramal industrial cerrado desde hacía décadas, tal como había podido confirmar... era para volverse loco.

Por fortuna, la tramitación del caso fue derivada a la sección responsable de la identificación de fallecidos y, como el cuerpo seguía sin ser reclamado, mis subordinados y yo nos vimos liberados de tan desagradable tarea. No obstante seguí al tanto de las pesquisas realizadas con la ayuda de las embajadas de los países de los que pensábamos que podría proceder éste, las cuales terminaron dando resultado.

Resultó no ser ruso sino serbobosnio, una de tantas víctimas de los nacionalismos suicidas que habían provocado la implosión de Yugoslavia mediante un rosario de guerras salvajes que llegaron a alcanzar unos niveles de brutalidad impensables, o al menos así se creyó ingenuamente, en la Europa de finales del siglo XX. Mirko Petrovic, éste era su verdadero nombre, había huido de su país y, tras años de estar dando tumbos por media Europa occidental, acabó recalando en España arrastrado por la resaca de una vida cada vez más dura y marginal. El resto de su desgraciada historia se podía resumir en la de cualquier mendigo hundido en la marginalidad y la invisibilidad social. Aunque se logró localizar a unos parientes suyos éstos rehusaron hacerse cargo del cadáver, que acabó inhumado en una sepultura de caridad.

En cuanto al expediente policial, las incómodas circunstancias de su accidente se saldaron con el carpetazo de “*muerte accidental por atropello*”, obviando la difícil explicación de los detalles en los que habría tenido lugar el hipotético atropello. Y todos satisfechos, puesto que al desdichado Petrovic nadie le echó de menos ni tampoco se reclamó una investigación más profunda de los puntos que quedaban sin aclarar.

Todos, menos yo. Aunque la comisaría volvió a la rutina habitual y pronto comenzó a olvidarse el rocambolesco episodio, a mí me carcomía la incomodidad de no poder explicar como una persona podía haber sido arrollada por un tren anacrónico que circulaba por una vía en desuso. Así pues, me propuse realizar mis propias averiguaciones no bajo mi responsabilidad policial, algo que podría haberme acarreado problemas con mis superiores, sino como estudioso de la historia del ferrocarril.

Rastreando por internet me puse en contacto con las asociaciones de amigos del ferrocarril, y éstas me remitieron a la persona que consideraban más experta en el tema que yo dije estar interesado, los ramales industriales. Resultó ser un agradable ferroviario jubilado que había descubierto su tardía vocación de historiador, el cual me atendió con

total amabilidad citándome en su propia casa para poder tener así a mano la bibliografía necesaria.

No me hice de rogar, y pocos días más tarde me encontraba sentado frente a él en su abigarrado despacho. Le conté la verdad, aunque no toda: que era policía, que había acudido al polígono industrial abandonado porque se había encontrado un cadáver y me había llamado la atención que estuviera atravesado por una larga vía férrea. Él me preguntó por las causas de su fallecimiento y yo, aprovechando que habíamos conseguido evitar que los detalles escabrosos llegaran a oídos de los periodistas, le respondí que había sido accidental sin entrar en más detalles. Al fin y al cabo lo que me interesaba era la vía, no el muerto.

Él debió de pensar lo mismo, puesto que no insistió entrando en el tema que nos había reunido.

-Durante el siglo XIX y las primeras décadas del XX -me explicó- la mayor parte del tráfico de mercancías se hacía por ferrocarril, por lo que las empresas solían buscar emplazamientos cercanos a una línea férrea desde la que poder enlazar un ramal que condujera a su fábrica, lo que evitaba los farragosos traslados en carro hasta la estación más cercana. Así pues proliferaron estos tendidos industriales, sobre todo en ciudades en las que se aunaban una actividad industrial importante y una trama viaria lo suficientemente tupida. Éste fue el origen del caso que nos ocupa.

-Creo que ya no ocurre así -intervine yo.

-En efecto. A partir de aproximadamente mediados del siglo XX el transporte por carretera, es decir, con camiones, empezó a cobrar cada vez más auge en detrimento del ferrocarril. Con el tiempo la decadencia fue cada vez mayor por diferentes motivos: los antiguos polígonos industriales iban siendo absorbidos por el crecimiento de las ciudades, y la sustitución de los viejos vagones de mercancías por contenedores le dio la puntilla al sistema tradicional, ya que los antiguos muelles de las estaciones fueron cerrados y sustituidos por grandes estaciones clasificadoras, por lo que ya no tenía sentido un reparto ferroviario puerta a puerta que, además, no podía competir en modo alguno con los camiones en la etapa final de su recorrido. Sólo en grandes instalaciones fabriles como las fábricas de coches o las cementeras, o en los puertos marítimos resultó rentable mantener las infraestructuras ferroviarias.

-¿Sabe usted cuándo se cerró este ramal?

-Con exactitud no, aunque supongo que sería hacia las décadas de 1960 o 1970 aproximadamente. En cualquier caso lo presumible es que para entonces arrastrara una larga decadencia durante los años previos, ya que daba servicio a varias fábricas y no todas

prescindirían de él al mismo tiempo. Además contaba con una peculiaridad que le permitió sobrevivir algún tiempo más que otros similares. Se lo mostraré sobre un plano.

Se levantó, revolvió en un cajón y se volvió a sentar desplegando sobre la mesa un viejo mapa desgastado por las dobleces.

-Se trata de un plano ferroviario de principios del siglo XX, cuando esta zona estaba todavía en plena actividad. Fíjese en su trazado -me indicó señalándolo con el dedo-. Como verá atraviesa todo el polígono industrial en lugar de bordearlo como solía ser lo más habitual, de manera que podía dar servicio por ambos lados con cortos apartaderos que partían de él y se introducían en los patios de carga de las fábricas. Había al menos una docena -suspiró con nostalgia.

»Pero no es ésta la singularidad que quería mostrarle. Por lo general estos ramales troncaban con la línea principal por uno de sus extremos, mientras el otro o los otros, cuando éste se ramificaba, solía acabar en una topera, es decir, cortado. Aquí, por el contrario, se aprovechó que el polígono se encontraba ubicado entre dos tendidos ferroviarios distintos para enlazarlo a ambos por sus dos extremos. De esta manera los trenes podían entrar indistintamente por uno u otro lado, lo que facilitaba las maniobras y evitaba rodeos. Claro está que como el ramal era de vía única los trenes no podían circular simultáneamente en ambos sentidos, pero con una buena coordinación, ya que el tráfico tampoco era demasiado intenso, las ventajas superaban a los inconvenientes.

-Entonces -le interrumpí-, el ramal también podría ser usado como enlace entre las dos líneas a las que estaba unido.

-En teoría sí -sonrió-. Pero la realidad era más compleja. Tenga en cuenta que en la época de la que estamos hablando todavía no existía Renfe, y eran varias las compañías privadas que se repartían el tráfico ferroviario del país. Aunque cada una tenía asignadas sus propias líneas, en las ciudades grandes solían coincidir varias de ellas, y por lo general contaban con sus propias infraestructuras, lo que explica la aparente duplicidad de las dos líneas que usted indicaba. Además el ramal no pertenecía a ellas, sino a un consorcio formado por las fábricas que lo utilizaban.

Así pues, me continuó explicando, ninguna de las partes involucradas tenía demasiado interés en que el ramal se convirtiera en un lugar de paso. Las compañías ferroviarias en razón de la competencia que mantenían entre ellas, y las fábricas porque no querían que las circulaciones de paso entorpecieran sus propias actividades. El ramal tampoco había sido pensando para estos usos, por lo que sólo admitía unas velocidades demasiado lentas para que resultara rentable su uso como atajo.

-Por lo que he podido averiguar -continuó el historiador- en realidad sí se llegó a utilizar como enlace en algunas ocasiones, pero sólo de forma excepcional y justificada y

siempre cuando las fábricas estaban inactivas, es decir, por la noche o en domingos y festivos. Pero no creo que ocurriera demasiadas veces.

-¿Con trenes de pasajeros? -pregunté, procurando poner la cara más inocente posible.

-¡Oh, no! Las líneas de viajeros tenían unos recorridos establecidos y nunca se desviaban de ellos. Como mucho puede que lo hicieran, cosa que dudo, con un tren vacío para trasladarlo de una línea a otra; pero no lo creo, puesto que como ya le he dicho pertenecían a diferentes compañías. Con el transporte de mercancías había más manga ancha, aunque tampoco demasiada ya que las compañías siempre cobraban peaje a cualquier otra que necesitara utilizar sus vías.

-Tengo entendido que tras la Guerra Civil se nacionalizaron todas las compañías. ¿Afectó esto en algo al ramal?

-No que yo sepa, ya que Renfe no se interesó por estos ramales privados. Todavía seguía en uso, pero como ya le he comentado resultaba poco útil como enlace a causa de su diseño. Además, una vez unificado el servicio la nueva compañía procedió a remodelar la red suprimiendo o reduciendo el tráfico en aquellos trazados que, desaparecida ya la competencia, resultaban redundantes.

-No quisiera abusar más de su amabilidad -me disculpé-, pero si me lo permite desearía hacerle una última pregunta -y ante su aquiescencia tácita continué-. ¿El ramal sigue conectado a las dos líneas?

De sobra sabía que no ya que me había molestado en indagarlo, pero quería asegurarme.

-¡Oh, no! Hace ya bastante tiempo se renovó el tendido de la línea situada al sur del polígono -la señaló en el mapa-, desmantelándose el cambio de agujas y los primeros metros del desvío. No se continuó levantando la vía ya que era de propiedad privada, pero sí tapiaron la abertura por la que salía la bifurcación. Le aseguro que un tren tendría ahora serias dificultades para pasar de una vía a otra pasando a través de la tapia -rió.

-¿Y por el otro lado?

-Todavía peor. Renfe levantó la vía en su totalidad y convirtió la antigua trinchera en un túnel por el que hoy discurre una línea de cercanías y sobre el cual discurre ahora una avenida. El ramal quedó convertido en un muñón roto por sus dos extremos.

-¿Por qué no se desmanteló -pregunté de nuevo ignorando mi promesa.

-Porque no era propiedad de Renfe, y una vez desconectado de sus vías se desentendió de él. En cuanto a sus propietarios... bien, llevaba ya mucho tiempo fuera de uso. En su

momento hubo una propuesta de levantar la vía para construir sobre su trazado una calle que permitiera acceder a los camiones, pero las cosas habían cambiado mucho. Varias de las fábricas estaban cerradas, las restantes agonizaban o preveían su traslado a otro lugar, y todas ellas se habían ido apañando con los accesos para camiones que ya tenían. El proyecto se fue dilatando y finalmente quedó olvidado. Además el paso era sinuoso y en algunos lugares también bastante angosto, por lo que se temió que pudieran crearse atascos e incluso accidentes entre los camiones. Finalmente, cuando todo el polígono quedó abandonado, nadie se preocupó por las vías ya que ni siquiera vendiendo los raíles como chatarra servirían para cubrir los gastos. Supongo que cuando entre la piqueta se las llevarán por delante junto con lo que quede de las naves.

Poco más era lo que podía sacar en claro, así que me despedí de mi amable anfitrión dándole las gracias y abandonando su domicilio con un libro de su autoría que tuvo la gentileza de regalarme en el cual, según me advirtió, venía reproducido el plano que me había mostrado.

Pasaron varios días durante los cuales no dejé de darle vueltas al rompecabezas con el que me enfrentaba. Un tren de pasajeros remolcado por una antigua locomotora de vapor, atravesando a toda velocidad una vía que no era utilizada para esos fines y que ni siquiera cuando estaba plenamente operativa permitía hacerlo de esa manera... todo ello décadas después de que desaparecieran las locomotoras de vapor y la vía quedara cortada por sus dos extremos. ¿Me estaba volviendo loco? Yo no había visto el tren ni, por supuesto el accidente, y había comprobado que efectivamente ningún tren podría pasar por la que era, en todos los sentidos, una vía muerta. Pero había visto el cadáver o, mejor dicho, lo que había quedado de él, un destrozo que sólo podía haberse producido, en palabras del propio forense, por el arrollamiento de un tren.

A la tercera noche de insomnio -la obsesión por el caso del tren fantasma, como lo había bautizado en mis elucubraciones, había ido en aumento- decidí recurrir a mi amigo Juan. En realidad calificarlo como amigo, en sentido estricto, no era correcto, puesto que nuestra relación, aunque larga y cordial, no había alcanzado nunca el suficiente grado de intimidad. Pero sí le consideraba, y supongo que también él a mí, bastante más que un simple conocido. El hecho de que fuera periodista me motivaba a guardar las distancias en el plano profesional, puesto que no quería que hubiera interferencias externas -y los periodistas acostumbraban a hacerlo- en mi trabajo; pero la verdad era que él lo respetaba y nunca intentó sonsacarme una noticia en contra de mi voluntad.

Según me había dicho la última vez que le vi, varios meses atrás, ahora trabajaba como colaborador y documentalista de un programa de televisión dedicado a temáticas, digamos esotéricas, con un notable éxito de audiencia a base de insinuar mucho y demostrar poco.

Recuerdo que no pude evitar fruncir el ceño ante lo que consideraba una descarada superchería, aunque conseguí morderme la lengua para no revelar con palabras lo que se reflejaba implícitamente en mi rostro.

-Sí, Pablo, sé en lo que estás pensando -me respondió con una sonrisa cómplice-. Y te aseguro que yo pienso igual que tú; a cualquier persona con un mínimo de sentido común le habrán de parecer meras majaderías. Pero -añadió- lo cierto es que hay montones de gente dispuesta a creerse cualquier cosa con tal que esté convenientemente envuelta en papel de colores brillantes y adornada con un lacito, y mi jefe es un verdadero genio para eso. Como dice, ¿qué importa que sea verdad lo que cuentas si resulta bonito, es lo que la gente quiere oír y además les hace felices? De sobra sé que se trata de una superchería, pero te guste o no es así como funciona el. Nosotros no hacemos daño a nadie, tan sólo los entretenemos, lo cual en el fondo no es muy diferente de lo que hace quien escribe una novela o dirige una película.

Yo estuve a punto de decirle que los novelistas y los directores de cine no pretendían engañar a nadie haciendo pasar por real lo que tan sólo es fruto de su imaginación; pero me interrumpí a tiempo porque en el fondo no le faltaba razón. Y puestos a desenmascarar mentirosos habría que empezar por los que son realmente peligrosos como los políticos y los periodistas que los jalean, entre otros muchos embaucadores infinitamente más dañinos.

-Además -añadía no sé si con sinceridad o cinismo, probablemente con una mezcla de ambas cosas-, de algo hay que vivir, y la verdad es que me gano bastante bien la vida con esto; menuda diferencia de cuando trabajaba en un periódico.

Aunque conocía perfectamente la manera de pensar de mi amigo, en el fondo todavía más escéptico que yo, tenía reticencias a contarle mi historia puesto que no deseaba que la pudiera utilizar como carnaza para su programa. Así pues, cuando le llamé para decirle que le quería contarle algo, le puse como condición inexcusable que lo que yo le dijera no debería salir bajo ningún concepto de nosotros.

Él aceptó sin titubear, e incluso se rió de mis temores.

-Querido Pablo, te aseguro que estamos tan desbordados de material que tendríamos para varios años de programa sin necesidad de buscar nada nuevo. Así pues puedes estar tranquilo; a no ser que tengas encerrado un marciano en tu casa o hayas inventado una máquina del tiempo, dudo mucho que lo que me tengas que contar, por inverosímil que te pueda parecer, llegara a interesar a mi jefe, aunque a mí me pica la curiosidad de saber qué puede haber trastornado a alguien tan cartesiano y cuadriculado como tú.

Quedamos citados en una cafetería lo suficientemente tranquila y discreta como para estar a salvo de oídos indiscretos -Juan se burló sin disimulo de mis paranoias policiales- y entre cerveza y cerveza procedí a relatarle la historia del tren fantasma.

En contra de lo que esperaba, me escuchó con interés y se lo tomó en serio. Muy en serio, añadiría, a juzgar por su taciturno semblante. Y entonces llegó mi revancha.

-¡Vaya con el escéptico sin escrúpulos! -le espeté en tono jocoso-. Ahora va a resultar que quien creía en trenes fantasmas eras tú.

-No... no es eso -titubeó-. Como te he dicho, estoy más que acostumbrado a bregar con las cosas extrañas y presuntamente inexplicadas que te puedas imaginar, por lo que creo que sé discernir cuando se trata de una engañifa o un fraude... como lo suelen ser la inmensa mayoría de los casos que manejo. Pero entre medias, muy de tarde en tarde, puede surgir alguno que te hace dudar de su presunta falsedad, por más que paradójicamente estos últimos suelen ser descartados por el programa con la excusa de que no acostumbran a tener la suficiente garra para los *magufos* del ramo, incapaces de asimilar nada que les resulte demasiado sofisticado. Por desgracia la realidad -suspiró- suele ser mucho más prosaica y aburrida que los disparates.

-¿No me irás a decir que el accidente que te he contado te huele a verdadero?

-Por el momento ni me huele ni me deja de oler, ya que no lo he podido estudiar con detenimiento. No me malinterpretes, me fío de tu sensatez y de tu criterio, pero necesito aplicarle mis propios filtros. Necesitaría, de momento, visitar personalmente el lugar.

-Eso es fácil -respondí aliviado-, pero no me explica tu turbación. Te has quedado absorto...

-Discúlpame -esbozó una sonrisa-, pero es que me ha recordado un caso hasta cierto punto similar sobre el que he estado investigando... por mi cuenta, ya que el cretino de mi jefe me dijo que me olvidara de él porque no lo encontraba *televisivo* -escupió el adjetivo, lo que me indujo a pensar que quizá no estuviera tan a gusto en su trabajo como pretendía hacerme creer.

-Ahora el intrigado soy yo -confesé.

-Te cuento. Para ello debemos remontarnos a unos ochenta años atrás, recién terminada la Guerra Civil. Como supongo sabrás, Franco había convertido a España en un inmenso campo de concentración donde tenía encerrados a todos aquellos sospechosos de ser desafectos ¡qué ironía! a su persona. Nuestra ciudad permaneció en el bando republicano hasta el final de la guerra y se había significado por su oposición a los rebeldes, por lo que entró en ella a saco. Llegó a haber tantos detenidos que no cabían literalmente ni en el antiguo penal ni en las prisiones provisionales que se habilitaron a toda prisa, lo que creó un serio problema logístico.

»La solución que buscaron fue la de trasladar parte de los presos a otros lugares donde sí disponían de espacio, por lo que organizaron varios trenes penitenciarios que los fuero

repartiendo por diferentes penales del país. Según he podido averiguar todos ellos llegaron a su destino... excepto uno.

-No es de extrañar -le interrumpí-. Al terminar la guerra los ferrocarriles españoles eran una auténtica ruina, con el material rodante y las infraestructuras destrozados o en un deplorable estado de conservación.

-Exacto, ésta fue la razón por la que el nuevo estado los nacionalizó en 1941 fusionándolos en Renfe. Pero cuando decía que un tren no llegó a su destino no me refería a que sufriera una interrupción o un percance por el camino, sino a que desapareció sin dejar el menor rastro junto con todos sus ocupantes.

Me quedé con el vaso de cerveza a mitad de camino de la boca, paralizado sin saber qué hacer. Finalmente opté por dejarlo sobre la mesa.

-¿Quieres decir que...?

-Exacto, ya entonces hubo un tren fantasma o presuntamente fantasma, aunque en principio no parecen existir motivos para relacionarlo con el tuyo... en principio -recalcó.

-Cuéntame los detalles.

-En realidad no es mucho lo que se sabe, al menos según los documentos oficiales de la época que he podido consultar. El tren partió de aquí camino de una ciudad del noroeste, y su rastro se sigue perfectamente hasta que pasó sin parar por una pequeña estación rural. Entre ésta y la siguiente tenía que atravesar un túnel y cruzar un pantano por un viaducto tras el cual, describiendo una pronunciada curva, llegaba a otra estación similar... por la que nunca pasó. Simplemente, se esfumó en algún punto entre ambas.

-¿Cómo puede desaparecer un tren completo sin dejar el menor rastro? -me sorprendí.

-Lo mismo pensaron los responsables del traslado. Dada la naturaleza de sus *pasajeros* -recalcó con sorna- el trayecto estaba muy controlado. Los prisioneros estaban esposados e iban custodiados por un nutrido pelotón de guardias civiles. En todas las estaciones de la línea había retenes de la Benemérita, y los jefes de estación tenían órdenes de comunicar por teléfono el momento exacto del paso del convoy.

-Dices que no apareció...

-En efecto. Inmediatamente se organizó un rastreo de la vía en el tramo comprendido entre las dos estaciones pensando que pudiera haber sufrido una avería, algo nada extraño dado su precario estado de conservación, o incluso un accidente. El tren tenía su buena docena de vagones además de la locomotora y el ténder, por lo que no era precisamente pequeño ni podía pasar desapercibido. Pero no lo encontraron ni en los tramos en los que la

vía discurría a cielo abierto, ni en el túnel; lo que sí descubrieron fue que había cedido parte de la plataforma del viaducto a mitad del pantano, justo donde éste tenía mayor profundidad.

-Luego se trató de un accidente.

-Era lo más probable, ya que el estado de conservación del puente también era precario. Cabe suponer que cediera alguna de las vigas por el peso de la locomotora, y que ésta cayera al vacío arrastrando a los vagones, siendo tragados por las aguas ya que el pantano se encontraba casi al límite de su capacidad.

-Entonces, ¿dónde está el misterio? Por lo que yo sé en aquellos años hubo bastantes accidentes, recuerda el de Torre del Bierzo.

-En principio, para mí, y supongo que para cualquiera con dos dedos de frente, la explicación estaba clara: el tren yacía en el fondo del pantano con todos sus ocupantes atrapados en su interior. Pero para las *lumbreras* del nuevo régimen la cosa no estuvo tan clara, ya que ante todo urgía buscar un culpable para no tener que cargar con el mochuelo, la España de entonces funcionaba como si fuera un cuartel. Así pues, lo primero que se le ocurrió fue una posible emboscada del maquis, a quien siempre cargaban la responsabilidad de cualquier percance cuadrara o dejara de cuadrar. Según algún iluminado, y por mucho que te sorprenda esto es lo que figura en el informe que redactó un inspector, militar por supuesto, los guerrilleros habrían tendido supuestamente una emboscada al tren con objeto de liberar a los prisioneros, haciéndole detenerse en mitad del túnel para asaltarlo; lo que no se molestó en explicar es como un grupo de desharrapados hambrientos, precariamente armados, pudo enfrentarse con éxito a un pelotón entero de la Guardia Civil. Obviando este *pequeño* detalle, habrían liberado a sus camaradas y llevado al tren hasta la mitad del viaducto para precipitarlo al vacío con los guardias, vivos o muertos, en su interior, aunque no veo la razón por la que tuvieran que haberse tomado estas molestias una vez logrado su objetivo, cuando lo más sensato habría sido largarse lo antes posible dejando abandonado el tren.

-Noto cierto tono irónico en tu comentario -me chanceé.

-¡Hombre, tú dirás! Aparte de que no hay necesidad de buscar explicaciones extrañas cuando los trenes y las vías de la época eran pura chatarra, da la casualidad de que entonces no existía en la zona más maquis que el imaginado por las calenturientas mentes de los prebostes franquistas.

-Aceptando que fuera un simple accidente no veo qué pueda tener esto de misterioso, salvo que la censura franquista lo silenciara tal como acostumbraba a hacer. Y no recuerdo haber leído nada acerca de este accidente -objeté-, a diferencia de otros que ocurrieron en

esa época y también fueron silenciados. No obstante siempre se acababa filtrando algo, resultaba de todo punto imposible ocultarlo por completo.

-Lo silenciaron, por supuesto; pero contaban con circunstancias favorables. No era un tren regular, y los desgraciados prisioneros que amarrados como estaban serían los primeros en ahogarse no contaban. Los guardias civiles estaban sujetos a la jurisdicción militar y bastaría con una mención acerca de que habían fallecido en acto de servicio, entonces no se andaban con demasiados miramientos. En cuanto al maquinista, el fogonero y los demás empleados ferroviarios, supongo que se concedería una pensión a las viudas advirtiéndoles que, en caso de hablar, les sería retirada. Los jefes de estación serían amenazados de despido y la prensa estaba completamente amordazada, por lo que resultó más sencillo que en los otros casos. Se reparó discretamente el puente y asunto resuelto.

-No has respondido a mi pregunta.

-Aguarda y no seas tan impaciente, aún no he terminado. Algunos años después, entre 1944 y 1945, España padeció una de las sequías más graves de su historia reciente, tanto es así que Franco la bautizó como *pertinaz*. Los ríos se secaron, los pantanos se vaciaron y, con independencia de los trastornos de todo tipo que provocó en una España que todavía no se había recuperado de la Guerra Civil, a alguien que conocía la zona y sabía del accidente se le ocurrió que podría ser el momento adecuado para buscar el tren perdido, ya que conforme a sus cálculos el nivel del pantano habría bajado lo suficiente como para que sobresaliera del agua al menos alguna parte del mismo. Pero evitó informar a ninguna autoridad competente por si acaso pudieran prohibírselo, obrando exclusivamente por su cuenta.

-¿Y...?

-Para sorpresa suya no apareció el menor vestigio. Y como puedes suponer algo tendría que haber quedado, al menos la locomotora y la estructura metálica de los vagones.

-Quizá pudo haber sido arrastrado por la corriente, o quedó sepultado en el cieno.

-¿Con lo que pesaba? Imposible. Eso sin contar con que en un pantano las aguas se remansan, sobre todo las más profundas, y de haber sido así habría quedado atascado en la presa. Además, el lecho hubiera tenido que colmatarse varios metros para cubrirlo por completo, recuerda que sólo habían pasado unos pocos años desde el accidente. Simplemente, el tren no estaba allí.

-¿Pues dónde, si no?

-Ahora es donde nos internamos en el campo de lo misterioso. Y no me mires así, no estoy sugiriendo que lo abducieran los extraterrestres o que lo tragara un agujero negro. Estoy hablando completamente en serio.

-¿Cómo te enteraste de la última búsqueda si quien la hizo no comunicó nada a las autoridades?

-Porque lo dejó por escrito aunque a buen recaudo, y uno de sus familiares me proporcionó una copia cuando estuve investigando en el caso. Él había fallecido hacía ya tiempo.

-Es raro que no saltara a la luz una vez muerto Franco...

-Pues sí, pero mucha gente que padeció la Guerra Civil y la represión franquista tenía tan arraigado el miedo en el cuerpo que incluso muchos años después seguían mostrándose reacios a hablar de cualquier cosa relacionada con éstas. Supongo que tuve la suerte de ser el primero en llegar en el momento oportuno, aunque de poco me sirvió porque mi jefe me dijo que no le interesaba. Así pues, seguí investigando por mi cuenta.

-Supongo que encontrarías más datos, porque con lo que me has contado hasta ahora, aunque interesante y enigmático, pocos cabos se pueden atar con mi tren fantasma.

-Por supuesto, de no ser así ni siquiera te lo hubiera insinuado. Claro que hay más. Bastante más.

El muy puñetero había conseguido ponerme sobre ascuas... en un tema que yo siempre había considerado desdeñable.

-¿Otros trenes fantasmas? -inquirí.

-O siempre el mismo, a saber. El caso es que me había picado la curiosidad y, escocido como estaba por el desdén de mi jefe, me puse a husmear en los archivos que han ido acumulando durante años los documentalistas del programa; un inmenso acúmulo de todo tipo de *magufadas*, desde la famosa biblioteca de Charles Fort hasta informes militares sobre avistamientos de ovnis o presuntas apariciones marianas... hay de todo, y de aquí es de donde saca mi jefe, bueno, sacamos sus colaboradores, el material. Por fortuna está todo digitalizado y catalogado, no quiero pensar el trabajo con el que tuvieron que cargar los pobres becarios que organizaron el marasmo.

-¿Qué encontraste?

-Para mi sorpresa, localicé media docena de referencias a misteriosos trenes fantasmas que aparecían y desaparecían donde no deberían estar. Y aunque no existe una manera clara de comprobar si se trata del mismo fenómeno, sí encontré una serie de concomitancias que parecen indicar que efectivamente era así.

Juan hizo una pausa pelín teatral, comió una patata frita -la terraza en la que estábamos no se estiraba demasiado con las tapas-, apuró su caña de cerveza y continuó.

-Como era de temer, en casi todos los avistamientos las referencias eran ambiguas, tal como ocurrió en tu caso; pero hubo una excepción. A principios de los años sesenta el maquinista de un talgo vio venir hacia él un tren arrastrado por una locomotora de vapor. El talgo discurría por una vía única, por lo que el choque era inevitable. El maquinista se apresuró a accionar el freno de emergencia aun a sabiendas de que sería inútil, ya que no había distancia suficiente entre los dos trenes y, aunque él lograra frenar, no había manera de saber si también lo haría el otro. Por fortuna, antes de que llegara a hacerlo el tren fantasma se desvaneció dejando expedita la vía.

»Al término de su viaje el maquinista redactó un informe. No sólo describió con todo detalle el incidente sino que, como aficionado que era a las locomotoras de vapor, ya entonces en retirada, fue capaz de identificar el modelo de que se trataba. Y, como pude comprobar, coincidía con la que llevaba el tren que desapareció en el pantano. Por supuesto no le hicieron el menor caso, ya que ninguna locomotora de vapor circulaba en ese momento por la vía del talgo y menos aún en dirección contraria, pero gracias a la acendrada costumbre burocrática de archivarlo todo el informe quedó arrumbado durante muchos años en algún perdido archivo hasta que fue localizado y copiado por algún rastreador del programa.

-Interesante... -dije yo llamando al camarero para que nos pusiera otra ronda, puesto que también me había bebido la cerveza. ¿Y los demás casos?

-Como ya te he dicho, ninguno era tan preciso. Sin embargo, sí pude encontrar correlaciones curiosas. Por ejemplo, todo ellos están fechados en años posteriores a la desaparición del tren, la mayoría en las dos décadas posteriores. Otro punto en común es que siempre aparecían en vías que ya existían en la posguerra, y no me refiero al tendido sino a las propias vías, cuyos raíles y traviesas no habían sido renovados desde entonces, nunca en una vía nueva o renovada. Las apariciones siempre eran fugaces, apenas unos segundos, y al parecer el tren fantasma surgía de la nada y se desvanecía de la misma manera tras recorrer apenas unos centenares de metros. Salvo en el caso del talgo, con el que estuvo a punto de chocar, y ahora con el atropello que viste, nunca causó el menor incidente. Y quizá lo más importante de todo, a diferencia de la naturaleza etérea e inmaterial que se suele atribuir a los fantasmas, este tren se mostraba siempre muy sólido y tangible, así le pareció al maquinista del talgo y así se deduce de que fuera capaz de despedazar al mendigo.

-Inquietante... pero sigo sin encontrarle una posible explicación lógica -añadí dándole un buen trago a la nueva caña.

-Yo tampoco -confesó-. Aunque todos los indicios, y tu relato lo ha acentuado todavía más, conducen a la conclusión de que todas estas apariciones estaban relacionadas con el tren desaparecido, sigue escapándoseme entre los dedos. Por supuesto que se me han

ocurrido multitud de ideas, pero las he desechado por su falta de rigor. No quiero relatos baratos de ciencia ficción o de terror.

-Vamos a hacer una cosa -le dije al tiempo que me levantaba y llamaba al camarero para pagarle la cuenta-. Te propongo dar un paseo para ver si se nos aclaran las ideas, puede que emulando a los discípulos de Aristóteles consigamos encontrar algo de luz en mitad de la oscuridad.

Juan estuvo de acuerdo, por lo que nos pusimos a vagar sin rumbo por las calles secundarias, más tranquilas que las principales.

-No soy experto en el tema -comenté tras un rato en el que ambos caminamos en silencio, absortos en nuestras propias reflexiones-, y desde luego no pretendo desviarme en ápice de los postulados digamos científicos... aunque bien es cierto que la ciencia no sabe todo e incluso a veces se equivoca.

-¿Qué insinúas?

-Bien, en una ocasión leí algo acerca de universos paralelos o algo así. No era un artículo científico, pero sí de divulgación y me pareció serio, nada tenía que ver con las tonterías que a veces aparecen publicadas en los periódicos. Afirmaba que estos universos paralelos, aunque contiguos, serían estancos y sin comunicación entre ellos, algo parecido a las hojas de un libro. Pero añadía que quizá de forma esporádica podrían aparecer cortocircuitos puntuales, de manera que se produjera un intercambio de materia o energía entre ellos. Sería algo momentáneo y excepcional, pero suficiente para crear trastornos en uno o en los dos universos afectados, puesto que probablemente se regirían por leyes físicas distintas.

-Como especulación no está mal -concedió-, pero si bien el tren pudo haber sido tragado por un agujero interdimensional justo cuando atravesaba el viaducto, lo que explicaría la rotura de éste, cabe suponer que no resistiría el paso al otro universo y acabara destrozado por éste. Así pue, nos chafa las repeticiones. A no ser que...

Le miré de hito en hito, puesto que se había quedado callado con una expresión de profunda concentración marcada en el rostro, la cual trocó en una amplia sonrisa instantes después.

-Resonancia.

-¿Qué? -aunque conocía el significado físico de la palabra, no veía la relación que pudiera tener con lo que estábamos discutiendo.

-Resonancia -repitió-. La onda principal y los armónicos. El salto de uno a otro universo no sería limpio, sino que produjo un movimiento oscilatorio que hizo derivar al

tren de un lado a otro. Conforme a las leyes físicas lo normal sería que se fuera atenuando hasta desaparecer, tras lo cual el objeto atrapado se quedaría definitivamente en un universo o en el otro... ¡Tengo que calcular los intervalos de tiempo transcurridos entre las sucesivas apariciones! ¡Esto quizá nos dé una pista!

-Tranquilo, hombre, tampoco corre tanta prisa. Pero sí puede resultar una buena idea, aunque... -ahora el que se interrumpió fui yo- si las propiedades físicas de los dos universos fueran muy diferentes, resultaría prácticamente imposible determinar el efecto conjunto de su interacción. Además...

-¿Además, qué? -me interpeló impaciente.

-No lo veo claro. En primer lugar, no tenemos ni idea de lo que podría pasarle a un objeto de nuestro universo que se viera arrastrado a otro atravesando algo parecido a una rotura interdimensional, aunque cabe suponer que no sería nada bueno. Resulta difícil entender que el tren pudiera retornar, aparentemente intacto, no una sino varias veces. Aunque no tenemos manera de saber si sus ocupantes seguían estando vivos, el tren parecía estar entero y la locomotora funcionaba como si nada hubiera pasado.

-Quizá sus apariciones en el otro universo fueran tan fugaces que no le dio tiempo a sufrir las consecuencias de su entorno, por muy hostil que pudiera ser éste.

-Sí, ésta podría ser una buena hipótesis... -agüé su entusiasmo- de no mediar la circunstancia de que el tren habría estado dando saltos como loco, de un lugar a otro, durante casi ochenta años, sin que siquiera tengamos certeza de que ésta vaya a ser su última aparición.

Juan se paró en mitad de la acera y estuvo reflexionando durante unos segundos convertido en una esfinge. Un vecino que paseaba con el perro y se vio obligado a esquivarnos bajándose a la calzada, nos miró con ademán irritado.

-Dado que hemos asumido que las leyes físicas podrían ser diferentes a ambos lados de la barrera, nada nos impide pensar que el tiempo discurra también de manera distinta -respondió en tono suave-. Lo que allí fuera apenas un fugaz instante aquí podría equivaler a varios años, sobre todo teniendo en cuenta que el agujero de la interfase de separación entre los dos universos podría estar sometido a un régimen caótico en lo que a las propiedades físicas se refiere, por lo que cualquier hipótesis podría resultar factible.

-Olvidas el desplazamiento espacial -objeté haciendo de abogado del diablo-. El tren apareció siempre en lugares distintos.

-¡Pero no tan alejados! -exclamó a gritos, lo que motivó que el vecino con el que nos habíamos cruzado se diera la vuelta desde la otra esquina para mirarnos de nuevo-. Tendré también que calcularlo, pero apenas son algunos cientos de kilómetros de separación. Otro

efecto de la distorsión provocada por la interfase, espacial en este caso, aunque conviene no olvidar tampoco que el tren siempre aparecía en vías antiguas procedentes de la época en la que desapareció. Esto no puede ser una casualidad.

-Me temo que estamos divagando demasiado -exclamé al tiempo que soltaba una carcajada-. ¡Y eso que pretendíamos ceñirnos estrictamente a la metodología científica! No sé tú, pero me parece que yo ya he tenido bastante ración por hoy.

-Y yo -gruñó disgustado-. Pero en cuanto llegue a casa, pienso ponerme a hacer diagramas espaciales y temporales de las apariciones. Tiene que haber una relación entre todo esto.

-Pues yo pienso acostarme y dormir de un tirón -repliqué bostezando-. Mañana será otro día.

Estábamos a punto de despedirnos cuando descubrí con sorpresa a donde nos habían conducido nuestros pasos sin que ninguno de los dos nos hubiéramos percatado de ello.

-¡Vaya! -exclamé jocoso-. Esto tampoco puede deberse a la casualidad.

Porque sin pretenderlo habíamos acabado justo al lado del polígono abandonado culpable de mis últimos dolores de cabeza.

-¿Quieres echarle un vistazo? -le ofrecí- Estamos apenas a cien o doscientos metros de la vía donde apareció el tren fantasma, y tú me dijiste que te gustaría visitarlo.

Él accedió, internándonos por la calle que yo había recorrido, tan sólo unos días atrás, en unas circunstancias muy diferentes. Aunque se trataba de un lugar poco recomendable para visitar de noche, aunque estaba avanzada la tarde todavía quedaba suficiente luz ya que nos encontrábamos en verano, por lo que la fauna nocturna que lo habitaba todavía tardaría un buen rato en aparecer por allí.

-Ahí la tienes -exclamé mostrándole el inicio de la vía. Él observó en silencio los viejos raíles y las carcomidas traviesas de madera, y luego fijó la mirada en el muro que separaba su extremo amputado de la línea férrea que, todavía en uso, discurría al otro lado. Miró de nuevo al suelo y, agachándose, recogió un objeto que guardó en su bolsillo antes de que pudiera ver de qué se trataba.

-La vía discurre entre los edificios durante casi medio kilómetro -le expliqué- y vuelve a quedar cortada en las proximidades de la avenida bajo la que discurre el túnel del tren de cercanías. Tras esa curva fue donde tuvo lugar el atropello. ¿Quieres verlo?

Él denegó con la cabeza, lo que me resultó un alivio; pese a mi aplomo, y aunque sabía que había sido limpiado, no me apetecía volver a pasar por el lugar donde habían quedado desperdigados los restos del infortunado mendigo.

Retrocedimos sobre nuestros pasos sin cruzar palabra alguna. Una vez en la avenida se despidió de mí al tiempo que me alargaba un objeto que no pude distinguir bien, tras lo cual partió en dirección opuesta a la que yo tenía que tomar para volver a mi domicilio.

Me sorprendió su brusquedad, pero como empezaba a estar harto de tan rocambolesca historia me encogí de hombros y me dispuse a olvidar nuestra conversación al menos por unas horas.

Pero no pude. Cogí el objeto que me había dado y lo miré con detenimiento. Parecía una piedra de color oscuro, pero su superficie era extremadamente rugosa e irregular y pesaba demasiado poco. No obstante, me resultaba familiar. De momento me quedé desconcertado intentando recordar su naturaleza, hasta que finalmente me volvió el recuerdo a la mente. Era un trozo de escoria, parecido a los que de niño recogía entre las vías cuando las locomotoras de vapor comenzaban ya a agonizar.

Instintivamente me lo acerqué a la nariz. Para mi sorpresa, todavía conservaba un ligero olor a carbón quemado.

Han pasado varios meses desde entonces y todavía no he vuelto a ver a Juan, aunque por amigos comunes he sabido que abandonó el programa de televisión. Siempre me digo que le tengo que llamar para charlar un rato, pero finalmente nunca lo hago, y tampoco me llama él.

En cuanto a mí, aunque he intentado convencerme de que todo lo que hablamos se limitó a ser fue un ejercicio intelectual sin la menor trascendencia, tengo claro que cada vez que tenga que cruzar una vía, y por razones de mi trabajo tarde o temprano tendré que hacerlo, pondré mucho cuidado en mirar a un lado y a otro... aunque me conste que lleva abandonada mucho tiempo.

PESADILLA

La pesadilla se fue tan rápidamente como había llegado, pero sus consecuencias efecto persistieron manteniéndole aterrorizado. Había sido escalofriante, y lo peor de todo era que había quedado tan vívidamente marcada en su memoria que, por más que lo intentaba, no conseguía olvidarla. Al contrario, seguía torturándole tan vivamente como cuando había estado inmerso en ella.

Por esta razón no se atrevía a relajarse, sabedor de que volvería a vivirla en cuanto bajara la guardia. Se resistió con todas sus fuerzas, aferrándose desesperadamente a la vigilia como único medio con el que contaba para evitarlo. Pero su cuerpo, más débil que su mente, acabó cediendo arrastrándole a la vorágine donde le aguardaba paciente el doloroso espanto.

Y entonces, sin poderlo evitar, despertó de nuevo.